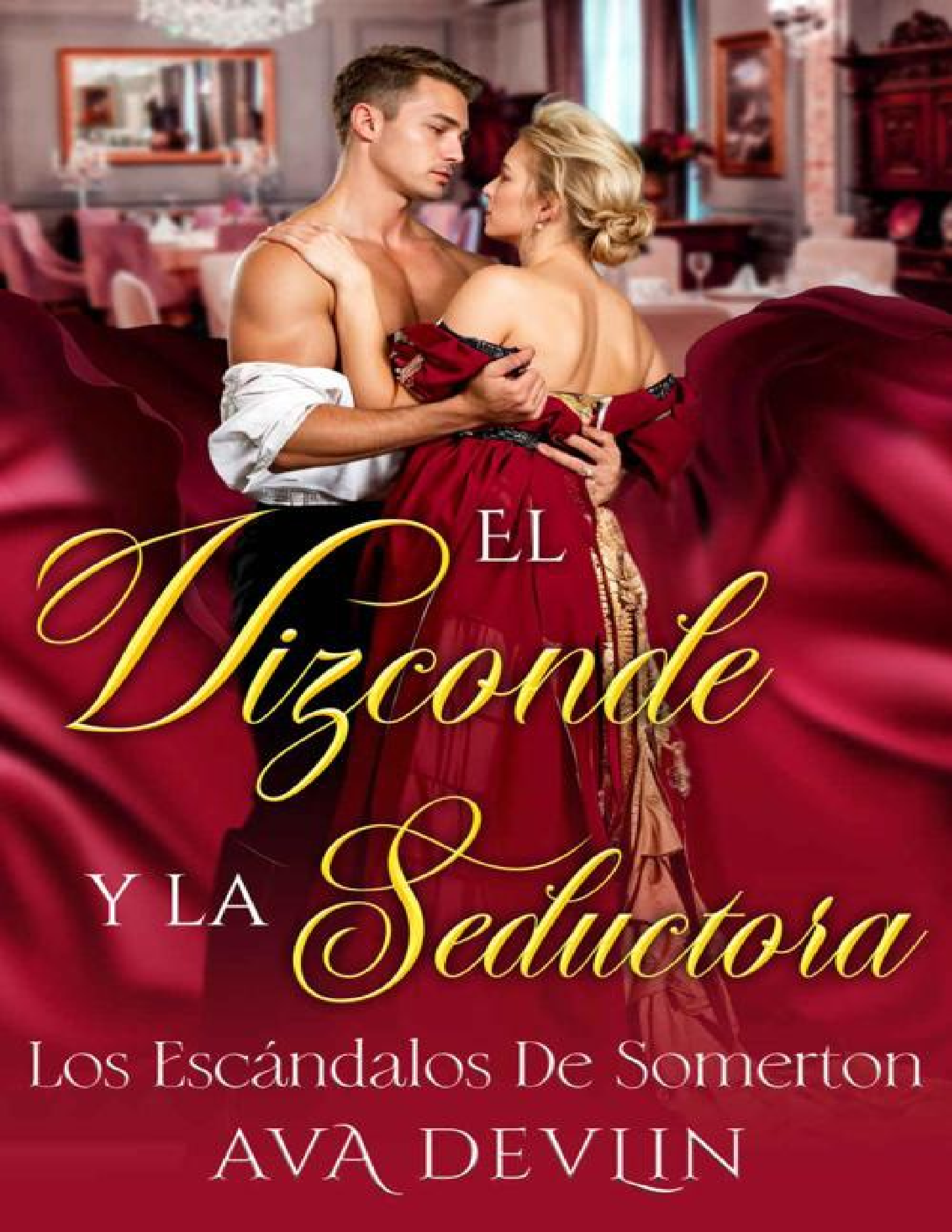




EL
Dizconde
Y LA *Seductora*

Los Escándalos De Somerton
AVA DEVLIN

El Vizconde y la Seductora

Los Escándalos de Somerton - Libro 1

Ava Devlin

Contenido

[El Vizconde y la Seductora](#)

[Copyright](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

Copyright

Copyright © 2019 por Ava Devlin

Todos los derechos reservados. Este libro ni ninguna parte del mismo puede reproducirse ni utilizarse de ninguna forma sin el permiso expreso y por escrito del editor, salvo en el caso de citas breves en reseñas literarias.

Impreso en los Estados Unidos de América.

Primera Edición, 2019

¡Descubre el escándalo que lo inició todo! La dulce y apasionante novela precuela La soñadora y la debutante revela los secretos que desataron los Los Escándalos de Somerton. El libro está disponible exclusivamente a través de mi lista de correo.

¡Ve al final del libro y obtén tu copia hoy mismo!

Capítulo Uno

Rose d'Aubrey tenía dolor de cabeza.

¿Se estaban volviendo peores desde que llegaron a Londres? Era difícil de decir. Se inclinó hacia adelante para colocar su taza de té en su plato y presionó dos delicados dedos en la pulsación de su sien, esperando que los llantos de su prima disminuyeran en volumen en un futuro muy cercano.

Casi había sido una mañana tranquila.

La última helada que había estado azotando toda Gran Bretaña finalmente parecía ceder ante el alegre brillo de la primavera. Cuando el sol se había alzado sobre Mayfair, los sonidos de los pájaros cantando y el susurro de las hojas recién brotadas dieron la bienvenida al día.

Quizás había sido ingenuo pensar que una Temporada lejos de su madre, llevada a Londres con su tío, tía y prima, sería un respiro de necesidades y demandas constantes y dramatismos.

Respiró hondo mientras Gloriana se dejaba caer en la chaise opuesta a ella, en un lío de rizos desordenados y mejillas manchadas de lágrimas, y reconoció en silencio que sí, debería haberlo sabido mejor.

Había sido idea de su madre, este arreglo. ¿Qué mejor manera para que Rose se recuperara de su infortunio y se reintegrara en el mundo de las solteras elegibles que acompañar a una hermosa debutante en su primera Temporada?

Rose pensaba que era una estrategia bastante mala. Después de todo, ¿no parecería aún más vieja y marchita al lado de la juvenil Gloriana? ¿No parecerían sus cabellos rubio oscuro enredados y apagados junto al halo de glorioso platino de su prima? ¿No parecería su rostro familiar aún más pasado de moda al lado de una nueva belleza de la Sociedad?

Pero mamá había insistido, y Rose había aprendido hace tiempo que discutir con su madre era un asunto que debía reservarse para los temas más serios. Además, mamá había argumentado que los costos de Londres consumían un poco más de su dote año tras año.

El pensamiento de su dote aumentó el dolor en su sien. Esta vez, su mueca no tenía nada que ver con la discusión que la rodeaba.

Quizás si cerraba los ojos por solo un momento, podría transportarse mentalmente del caos del salón y los sollozos e indignación de su prima, que se desvanecerían para ser reemplazados por ese dulce canto de los pájaros que había escuchado al levantarse esa mañana.

Lamentablemente, no había magia, y mucho menos en poder de Rose, que pudiera sobrepasar uno de los ataques de tragedia de Gloriana, y el pulso en su cabeza aumentó su ritmo a medida que el meollo de la cuestión volvía a enfocarse con claridad.

—¿Por qué no me dijiste que estaba prometida? —exigió—. ¿Qué tipo de crueldad llevaría a un hombre a hacer esto a su única hija?

Sir Reginald Blakely, el tío favorito de Rose y el padre más indulgente de Inglaterra, hinchó el pecho mientras corría tras su hija, con la cara roja y sin aliento. —Fue mi error, Gloriana —explicó—. Cuando Somers, es decir, el difunto Lord Somers, Somers el viejo, mencionó la posibilidad de un compromiso, lo tomé en el mejor de los casos como una noción vaga y en el peor como un vestigio de su ginebra. ¡Nunca se volvió a mencionar! ¡El chico ni siquiera había salido de Eton en ese momento! Seguramente, aunque sea repentino, ¿estás complacida con la perspectiva de convertirte en vizcondesa? ¿No quiere toda chica que este asunto del matrimonio

se resuelva lo antes posible?

Gloriana resopló, levantando el mentón para desafiar a su padre mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

El té se había enfriado hace tiempo, pero Rose alcanzó su taza de todos modos. El whisky habría sido mejor. Incluso el vino a esa temprana hora sonaba tentador, pero por ahora, el té tendría que bastar.

—Lo que me complacía, papá —escupió Gloriana—, era la perspectiva de encontrar romance entre la alta sociedad en mi primera Temporada. Y ahora, sin siquiera haber bailado mi primer vals, voy a ser empaquetada y enviada a... a Yorkshire, de todos los lugares, con un hombre que nunca he conocido. ¡Uno que tiene una reputación de ser un completo ogro!

Sir Reginald parpadeó en pura asombro ante las lamentaciones de su hija. Se volvió hacia Rose con las manos abiertas en una súplica de ayuda. —Pensé que el chico era bastante apuesto.

—Lo es —confirmó Rose, dejando de lado su taza de té vacía. Se levantó de su lugar con un suspiro y se acercó al lado de su prima.

Nadie podía negar que el recién nombrado Vizconde Somers era atractivo. Rose misma había considerado alguna vez iniciar un coqueteo con el hombre, en aquel entonces, cuando tal cosa era digna de consideración. Incluso lo había llamado amigo durante un tiempo. Dios mío, pero eso fue hace casi cinco años.

Sacudió la cabeza para deshacerse del pensamiento. No era el momento de recordar las locuras de su primera Temporada.

—Se refiere al comportamiento del hombre, tío, no a su rostro. Tiene una reputación bastante temible entre las mamás y las debutantes. La mayoría asumía que nunca se casaría.

Gloriana se lanzó sobre el regazo de Rose, con sus rizos angelicales cayendo para ocultar su rostro manchado de lágrimas mientras se convulsionaba con un nuevo ataque de sollozos.

Rose pasó sus dedos suavemente por los rizos de su prima y elevó la mirada hacia su tío con una buena dosis de compasión. —¿No podría posponerse la boda hasta el final de la Temporada? Gloriana podría tener su degustación de la sociedad y anunciar el compromiso en verano. ¿Por qué hay tanta prisa?

—No lo sé con certeza —admitió Blakely, pasando una mano nerviosa por los escasos mechones de cabello rubio que brotaban de su cuero cabelludo—. Somers insistió en que fuera un asunto inmediato, una oferta hoy y el matrimonio con una licencia especial a más tardar al final de la semana. No pensé que fuera apropiado discutir cuando un compromiso tan beneficioso estaba en la mesa. ¡Ciertamente no pensé que habría tanto alboroto!

—¡Oh, papá! —gimió Gloriana, su reproche amortiguado por las faldas de Rose. Se incorporó y lo miró con rabia, con sus delicadas manos cerradas en puños sobre la muselina cuidadosamente planchada de Rose—. ¡Ni siquiera me darías tiempo para comprar un vestido de novia!

—Seguramente puedes hablar con él —dijo Rose con calma, apartando las garras de Gloriana de su vestido con un firme tirón seguido de una palmadita comprensiva—. Puede que no sea un tipo sentimental, pero cualquier tonto entiende lo importante que es el día de la boda de una mujer.

Sir Reginald parecía desear estar en cualquier otro lugar, tal vez luchando contra tigres en la India o esquivando fuego de artillería en el frente francés. —Es solo que él ya ha ido por la licencia —dijo miserable—. El tiempo fue un factor clave en nuestro acuerdo. Hicimos un pacto. Rose tomó una respiración reconfortante, mirando entre su tío y su prima, incapaz de escapar de sus dos sabores distintos de miseria.

—Bueno, debe haber una solución —decidió, eligiendo centrarse en Gloriana—. Cuando él haga la oferta, simplemente tendrás que apelar a su sentido de la razón. No se suele apresurar una cosa

así, y si nada más, Lord Somers es un hombre que ha construido su reputación haciendo las cosas de la manera correcta.

—¿Yo? —Gloriana se rio despectivamente—. No pienso verlo. Me niego. Si no puede hablarme, no puede proponérmelo. ¿No es así, Rosie?

Rose abrió la boca para responder, pero fue interrumpida por las puertas que se abrían de golpe y una repentina explosión de encajes y satén.

Entró su tía, atravesando el umbral con no menos de una docena de vestidos en los brazos. Usó su cadera para cerrar la puerta detrás de ella y arrojó su botín sobre el sofá con una sonrisa de emoción que parecía no percatarse de la situación.

—He reducido a dos los vestidos de Devon y este de durazno que acabamos de recibir de la costurera —anunció Polly Blakely, sin aliento por el esfuerzo mientras giraba para mirar a su sobrina—. Vas a ser la más radiante... digo —se detuvo, absorbiendo las expresiones sombrías a su alrededor. Su rostro jubiloso se descompuso mientras sus ojos iban de Gloriana a su sobrina y luego a su esposo—. ¿Qué demonios pasa aquí?

—Mamá —dijo Gloriana, enderezando los hombros con un esnob—. Todo esto está mal.

La tía Polly entrecerró los ojos hacia su hija, erguida en toda su esbeltez y plantando las manos en las caderas—. ¿Mal? —repitió fríamente.

—Parece que Gloriana esperaba tener su primera Temporada antes de establecerse, querida —explicó Sir Reginald con un encogimiento de hombros derrotado. Se hundió de nuevo en su sillón, aparentemente con la idea de que la llegada de su esposa lo había liberado de sus deberes en esta batalla.

De hecho, ella parecía dispuesta a aceptar el encargo. Arrugó su rostro en la mirada más severa que pudo y permitió que su voz subiera a octavas sin precedentes—. ¡Lo que está mal es terminar sola y viviendo con nosotros el resto de tus días! ¿Quieres ser solterona, Glory? ¿Ese es tu objetivo?

¿Quieres acabar como Rose? —quedó sin decir.

La tía Polly nunca sería tan cruel, pero flotaba en el aire de todos modos.

Gloriana se encogió un poco, su tez palideciendo mientras sus ojos iban de su madre a su prima.

—No, mamá, pero...

—¿Pero? ¿Pero? ¿Pero vas a rechazar la oportunidad de ser vizcondesa? ¿Despreciar a uno de los solteros más elegibles de Londres? ¡No lo harás!

Esa última palabra resonó por toda la habitación, habiendo terminado con un chillido de la voz más aguda de Polly.

Gloriana levantó el mentón, pero no parecía poder encontrar una respuesta. Rose no se atrevió a moverse, no fuera a ser que alterara los sorprendentemente efectivos mandatos de su normalmente jovial tía.

—¡Sube inmediatamente y lávate la cara, niña increíblemente ingrata! —replicó.

—Está bien —dijo Gloriana, su voz suave, pero sus ojos duros. Se levantó lentamente y caminó hacia la puerta del salón con los hombros hacia atrás, y sus rizos rubios rebotando con cada paso decidido.

Rose pensó que parecía una romántica damisela, caminando por la tabla de un barco pirata, lista para caer a su perdición.

Se dio la vuelta justo cuando llegó a la puerta, y con un puchero de su labio inferior, extendió el brazo y derribó toda la pila de vestidos de su perchero en el sofá al suelo. La puerta pareció cerrarse de golpe. Gloriana desapareció detrás de ella en un torbellino de faldas de lino, el golpe de la madera resonó como un signo de puntuación en su dramática salida mientras el crujido de

tul y seda se desmoronaba miserablemente en un montón.
Tanto su tía como su tío volvieron sus ojos hacia Rose, con expectación escrita en sus rostros.
Rose d'Aubrey suspiró. Tenía un terrible dolor de cabeza.

Capítulo Dos

Había sido una mañana infernal.

No, pensó Gideon Somers, apretando la mandíbula, había sido una semana infernal.

Se forzó a no caminar de un lado a otro, enfocando su mirada en el destello de la luz del sol reflejada en sus botas pulidas. La sala de estar aún olía a jugo de limón y cera fresca. La casa de la ciudad debía haber sido ventilada y acondicionada para la Temporada. Poco sabían ellos que los Blakely habían llegado justo a tiempo para ser arrastrados sin saberlo al mencionado infierno. Ahí estaba él en una situación perfectamente ridícula cuando todo debería haber estado finalmente encaminándose hacia algo sensato y bueno. Toda la Temporada estaba arruinada. Todo su arduo trabajo se desmoronaría en polvo mientras lidiaba con este nuevo horror.

Maldito Alex por estar en el continente cuando debería haber estado aquí trabajando en sus estudios en Oxford. Maldito su padre por estar muerto en lugar de estar aquí para manejar esto. Maldita su madre por estar eternamente ausente. Y, sobre todo, maldita Heloise y esa carta irresponsable, inconcebible y que sacudió su mundo.

Si su hermana tuviera el buen sentido de cualquier otra chica respetable de su edad, estaría aquí en Londres con él, riendo a carcajadas ante la perspectiva de su primera Temporada. Se lanzaría a sus brazos mientras él le presentaba la suscripción a Almack's que había conseguido a un alto precio después del desastre que su padre había hecho con el nombre de los Somers. Estaría radiante y resplandeciente, lista para perseguir su futuro como una joven de la alta sociedad.

Pero no. No, no la más pequeña de la familia. No la niña salvaje de lengua afilada a la que sus padres habían consentido hasta perder el control. Lo mejor había sido que la enviaran de vuelta a Somerton antes de que llegara la carta, antes de que su cuerpo comenzara a cambiar y revelara su desgracia. Estúpida, estúpida chica.

El corazón de Gideon se encogió al imaginar la escritura frenética de su hermana y las lágrimas que habían corrido la tinta. Por más enojado que estuviera, su alma dolía al ver las lágrimas secas de Heloise. Maldita Heloise. Y maldito quienquiera que le hubiera hecho esto.

El ruido de pasos fuera del salón le hizo levantar la cabeza, preparando su cuerpo para la actuación que estaba obligado a interpretar. La licencia matrimonial en el bolsillo de su abrigo parecía irradiar calor. Ojalá hubiera dejado aquel maldito papel en el coche.

Llevaba ya casi veinte minutos en la sala de los Blakely, conducido allí por un mayordomo de aspecto apresurado, sin que le ofrecieran siquiera un vaso de agua mientras esperaba. Intentó sacudirse la irritación por haberlo dejado allí a solas, recordándose que una mujer a punto de recibir una propuesta probablemente deseaba arreglarse para la ocasión. No debía descargar su frustración en esa chica, que no sabía nada de Heloise ni de su maldad.

Aunque, por supuesto, Gloriana Blakely podría aparecer envuelta en arpillera mohosa y con manchas de lepra, y aun así él tendría que proponerle matrimonio. La joven ni siquiera había tenido su debut, y por lo tanto, era un completo misterio. No había escuchado ni el más mínimo rumor sobre ella, ya fuera diosa o duende. Y para su desgracia, los encantos o los horrores de su persona ya no importaban. Era demasiado tarde para eso.

Aun así, una sonrisa irónica se dibujó en su rostro. Qué ironía que uno de los negocios borrachos de su padre pudiera, al final, salvarlos a todos.

Paseaba junto a la ventana, observando a los despreocupados transeúntes que se preparaban para

las fiestas y los lujosos bailes que traerían los próximos meses. Hacía lo posible por no resentirlos mientras disfrutaban los primeros rayos cálidos tras un invierno helado. Estaba seguro de que en Yorkshire no había ni rastro de aquel sol, y que las grises piedras de Somerton esperaban su regreso con fría indiferencia.

El clic de la puerta al cerrarse fue tan silencioso que no lo notó. No fue hasta que el mayordomo carraspeó que Gideon comprendió que el temido momento había llegado al fin. ¿Podía tomarse su tiempo para girarse? ¿Podría fingir por un instante más estar perdido en la escena más allá de la ventana, para demorar ese momento unos segundos más?

El mayordomo aclaró la garganta con una molestia sorprendentemente evidente. —Lord Somers —anunció, con voz un poco más alta de lo necesario—, permítame presentarle a la señorita Rose d'Aubrey.

Y ahí estaba. Si el mismo diablo hubiera apostado por cuánta presión podía soportar un hombre en tan poco tiempo, ese límite finalmente se había alcanzado. La espalda de Gideon se tensó, su cuerpo quedó momentáneamente inmóvil, de cara a la ventana.

No había otro nombre en el mundo que pudiera haberlo sorprendido más en lugar de aquel que esperaba escuchar. Fuera lo que fuese lo que había hecho para ofender al universo, estaba claro que aún no había terminado de atormentarlo.

De todas las mujeres de Inglaterra, ¿por qué tenía que ser ella? ¿Qué hacía allí? ¿Qué capricho del destino la había llevado a esa casa, a ese cuarto, en ese preciso momento?

Quizás era una coincidencia. Quizás había otra familia d'Aubrey en el campo. Rose era un nombre bastante común, después de todo. ¿Podía ser posible!

—¿Lord Somers? —dijo una voz, y su corazón se hundió.

No, no había duda alguna. Rose d'Aubrey estaba allí, no la novia misteriosa que esperaba. Inspiró hondo y se dio la vuelta, esperando que su expresión reflejara una indiferencia convincente.

—Señorita d'Aubrey —respondió con una sonrisa rígida y una reverencia aún más tensa.

Ella hizo una ligera reverencia en respuesta. —Es un placer verlo de nuevo —dijo suavemente, sin demasiado entusiasmo.

Gideon se permitió un breve instante para observarla. La última vez que la había visto, ella estaba del brazo de un hombre que él despreciaba. Había sonreído radiante aquella noche, con su espeso cabello dorado recogido en un pañuelo de satén azul que él mismo había ayudado a escoger. Ella había mantenido la cabeza alta, indiferente a los rumores sobre las conquistas de Henry, que se murmuraban detrás de los abanicos en el salón de baile. Ella había resplandecido bajo la luz de las velas.

Parpadeó, tratando de disipar esa imagen y regresar al resplandor matinal y la expresión inquisitiva de la mujer frente a él. Seguía hecha de oro, pensó. Años después y tras la tragedia, aún brillaba bajo el sol.

—Debo disculparme por mi sorpresa —logró responder al fin, complacido al notar que su voz no revelaba el malestar que sentía. ¡Parecía incluso cordial!—. ¿Es usted cercana a la familia Blakely?

Ella curvó los labios en una sonrisa ladeada, con sus grandes ojos dorados llenos de diversión. —Podría decirse que sí. Sir Reginald es hermano de mi madre. Supongo que eso significa que pronto seremos primos.

Esta vez no pudo evitar mostrar su horror. Imágenes se agolparon en su mente: Rose d'Aubrey en la cena de Navidad, dándole un casto beso en la mejilla; Rose bailando en su boda, mientras él permanecía atrapado al lado de una mujer sin expresión en su vestido blanco; Rose siempre en la

periferia de su vida. ¿Primos?

¿Qué pecado había cometido para merecer aquello?

—Vamos, no será tan terrible —bromeó ella, entrando en la sala con la confianza de una consumada socialité. Olía a canela, con un toque floral en los bordes. El suave lila de su vestido relucía bajo la luz del sol mientras se instalaba frente a la ventana, esperando con una sonrisa que él tomara asiento.

—Piense en esto —continuó, sacudiendo sus rizos—: Sus hijos ya tendrán una tía solterona lista para consentirlos sin medida.

A pesar suyo, la imagen de aquella mujer como una tía indulgente lo hizo parpadear, divertido. Vaya, no había cambiado nada.

Llevaba una cinta plateada enredada en su cabello color miel, y la ligera salpicadura de pecas en el puente de su nariz seguía siendo la más encantadora que él hubiera visto jamás. Estaba seguro de que conocía su rostro de memoria, pero verla allí, frente a él, era otra cosa completamente distinta.

—Mi querida señorita d'Aubrey, nadie es menos solterona que usted —aseguró con sinceridad, mientras observaba cómo el sol enmarcaba su figura en el sofá—. De hecho, me temo que debo protestar por encontrarnos sin compañía. Usted sigue siendo una joven con una reputación que proteger, y aún no somos primos.

Ella arqueó las cejas, con esa risa discreta y mundana que siempre parecía acompañarla. —Oh, Hastings está más que dispuesto a atravesarlo con una de nuestras espadas decorativas si intenta comprometerme. ¿Verdad, Hastings?

—Como usted diga, señorita d'Aubrey —respondió el mayordomo con tono impasible. De alguna manera, Gideon no había notado que el hombre había estado junto a la puerta todo ese tiempo.

Gideon se ruborizó y le hizo un leve gesto con la cabeza al envejecido mayordomo. —No hay nada que temer, se lo aseguro.

—No, ya lo sé —replicó ella en voz baja, inclinando la cabeza con una sonrisa enigmática. Sus ojos recorrieron su rostro, tal vez haciendo el mismo ejercicio de reconocer lo que había cambiado en todos esos años.

Su comentario quedó suspendido entre ambos, casi como un reproche. Ella permanecía tan serena y compuesta, mientras su corazón retumbaba bajo su traje impecablemente almidonado. ¿Cómo podría él mantenerse enfocado en la ingrata tarea que se había propuesto, teniendo ante sí a la única mujer que alguna vez lo había puesto en semejante estado?

Intentó encontrar algo, cualquier cosa, que pudiera romper el silencio. De lo contrario, pasarían el resto del día allí sentados: él, luchando por recuperar la compostura; y Rose, observándolo con tranquila y regia calma mientras se ahogaba en su propia torpeza.

—Debo disculparme por no haberle enviado mis condolencias formales por la pérdida de su prometido —soltó de golpe—. Tiene toda mi simpatía por su pérdida.

Idiota.

—Oh —dijo ella, claramente sorprendida—. Gracias.

Vaciló un momento, mirando por la ventana.

—¿Puedo preguntar a cuál de mis pobres y difuntos prometidos se refiere? —dijo al fin, bajando las pestañas antes de volver a posar esos ojos sobre Gideon—. Sé que no había mucho afecto entre usted y Henry, y no creo que llegase a conocer a mi señor Sheridan.

Pudo ver las sombras en su mirada al pronunciar aquello, y no pudo evitar compartir el escalofrío que le trajo la fría realidad de su desdicha. Idiota, volvió a susurrar su mente.

Ella seguramente conocía los chistes que se hacían a sus espaldas y el manto de superstición que ahora la rodeaba. En el club, algunos hombres la habían apodado “la debutante más letal de Gran Bretaña”, entre risotadas estruendosas. “La prometida fatal”, había dicho otro, dando un golpe certero al taco mientras sonreía, satisfecho de su ingenio. La sociedad podía ser implacable.

Y allí estaba él, recordándose.

¿Por qué siempre decía la cosa más equivocada cada vez que tenía oportunidad de hablar con ella? Eso tampoco había cambiado.

—Es cierto que no fui el mayor defensor de Henry St. Claire, pero no le deseaba ningún mal —dijo con cautela, procurando ser lo más honesto posible. No había deseado el mal del bastardo mujeriego, pero sí respiró aliviado cuando escuchó quién había perdido aquel duelo en particular.

—Y no, aunque nunca tuve el placer de conocer a su señor Sheridan —continuó con fluidez—, tengo entendido que era un hombre honorable y que vivía pendiente de usted. La pérdida de un hombre que sabía valorar lo que tenía a su lado es una verdadera tragedia, y por ello lo siento mucho.

—Gracias, Gideon —respondió ella, con una voz baja y pensativa—. Eso... eso significa mucho para mí.

Él sabía que era el momento adecuado para sonreír o, quizá, tomar su mano delicadamente doblada y darle un apretón amistoso, pero aún se sentía atrapado en su propia cabeza. ¿Cómo, en nombre de Dios, iba a abordar el tema de Gloriana Blakely ahora?

—Me temo que en la casa de los Blakely ha caído una gripe bastante contagiosa —anunció Rose, aliviándolo de ese peso—. He tenido la fortuna de llegar tarde desde Devon y conservar mi salud, pero mi pobre prima no puede recibirlo hoy, así que estoy aquí en su lugar.

Gideon arqueó las cejas.

—Sir Reginald parecía bastante saludable cuando hablé con él anoche. Eufórico, de hecho.

Rose asintió solemnemente.

—Sí, la gripe atacó con una ferocidad súbita. Solo espero que no me alcance a mí también.

—Me temo que es de suma importancia que hable con la señorita Blakely —insistió Gideon—. ¿Podría tal vez hablar con ella a través de una pantalla? ¿O enviarle una carta?

—Mi querido Lord Somers —suspiró Rose, llevándose una mano al corazón—. Si desea cortejar a mi prima, debe saber que tiene los ideales románticos en alta estima. Proponerle matrimonio mientras sufre la humillante y poco favorecedora gripe destruiría su visión de un futuro feliz. Así que, me temo que tendrá que esperar a que se recupere para hacerle una oferta exitosa.

Ideales románticos, nada menos. Gideon hizo todo lo posible por no mostrar desaprobación, pero lo último que necesitaba era una jovencita con ideas sacadas de novelas románticas. Lo esencial era ser pragmático. Y el tiempo era crucial.

—¿Qué puede decirme de la señorita Blakely? —preguntó, aunque no estaba seguro de querer saber la respuesta.

¿Había imaginado un destello de molestia en el hermoso rostro de Rose? Desapareció tan rápido que no podía estar seguro. Ella respondió con lo que sonaba a sincero afecto.

—Gloriana es un encanto, en verdad. Es asombrosamente hermosa, de ese tipo de belleza que hace que los transeúntes se detengan. Toca tres instrumentos, lee griego antiguo y se formó en el mejor internado de Inglaterra, el de la señora Arlington. Puede que sea mi prima, pero es mucho más refinada que yo y tiene todas las ventajas de ser hija de un caballero consagrado. Le aseguro que será una excelente vizcondesa y le dará muchos hijos hermosos. No tengo duda de que la amará tanto como yo. Sería imposible no hacerlo.

—Hijos. Sí —repitió Gideon distraídamente.

Heloise también había asistido al internado de la señora Arlington. A pesar de su prestigio, claramente no era un método infalible para formar a la dama perfecta, como demostraba la situación actual de su hermana.

Se levantó de repente, incapaz de soportar estar en esa casa un minuto más.

Rose se incorporó de inmediato, sorprendida por lo repentino del movimiento.

—¿Se va tan pronto?

—Ha sido un placer verla de nuevo, señorita d'Aubrey —dijo, evitando el contacto visual mientras buscaba su sombrero y la ruta más rápida de salida—. Lamentablemente, debo retirarme. Tengo muchos preparativos que hacer, con la esperanza de que su prima acepte mi oferta.

Ella suspiró y dio un paso adelante, impidiendo que él la esquivara.

—Por favor, llámame Rose. Después de todo, somos viejos amigos.

—Rose —repitió él, y aunque le provocó un nudo en la garganta, logró esbozar una sonrisa tensa.

—Estoy segura de que Gloriana estará encantada de convertirse en tu prometida —le aseguró Rose, aunque algo en la firmeza de sus palabras le hizo dudar—. Y no querrás contagiarte de gripe. Debes irte, y yo te enviaré una tarjeta cuando la familia vuelva a recibir visitas.

Gideon tomó su mano y presionó suavemente sus labios contra la piel increíblemente suave.

—Espero con ansias nuestro próximo encuentro —dijo, sin poder ocultar cierta aspereza en su voz—. Gracias por recibirme.

—Ha sido un placer —respondió ella con una sonrisa cortés, justo cuando Hastings, el mayordomo, avanzaba para acompañarlo a la salida.

Gideon ya estaba de vuelta en la calle, subiendo a su carruaje, antes de que Rose pudiera moverse de su lugar frente al diván.

Si se hubiera dignado a echar un último vistazo a través de las cortinas abiertas hacia el salón de la casa Blakely, habría visto cómo ella se dejaba caer sobre sus manos y se desplomaba en el suelo en un mar de seda lila.

Capítulo Tres

—No puedes seguir enojada conmigo para siempre —bufó Gloriana, tomando el brazo de su prima mientras giraban en Regent Street, donde el resplandor brillante de la tarde teñía la concurrida calle con una ligera bruma anaranjada.

Rose no estaba de acuerdo. Pensaba que, con suficiente esfuerzo, podría mantener un resentimiento más allá de la muerte y llevarlo hasta la próxima vida. Pero, en realidad, no estaba enojada con Gloriana. Simplemente estaba absorta en sus pensamientos y creía que su prima merecía un poco de inquietud después de lo que le había hecho pasar a todos esa mañana.

La había puesto en una situación horrible, obligándola a mentir de esa manera, tras haberla sometido a todo aquel espectáculo teatral. Era absurdo que estuvieran saliendo juntas de casa después de semejante escándalo, pero las reservas ya estaban hechas, y Rose no iba a permitir que los dramas familiares interrumpieran las pocas cosas que le daban alegría.

Y eso que había pensado que este año no habría dramas, al menos sin su madre presente.

El compromiso sorpresa ya habría sido bastante malo por sí solo, pero que implicara a alguien con quien tenía historia lo hacía peor.

Volver a ver a Gideon Somers había despertado varios recuerdos que pensaba guardados para siempre. Recuerdos que había sepultado cuidadosamente, sin intención de desenterrarlos. No era él quien le provocaba las asociaciones negativas, sino todo lo que había rodeado ese primer año. No quería que lo revivieran, y mucho menos que lo arrojaran sobre ella en una mañana que había comenzado tranquila.

Habían pasado pocos años, pero él se veía mucho mayor, más cansado. No es que tuviera canas o arrugas profundas en el rostro; el cambio era más sutil, más profundo. Era su postura, casi defensiva, como si estuviera siempre preparado para una batalla. Supuso que se debía a la pérdida de su padre y al hecho de haber asumido la responsabilidad del condado tan joven y de forma tan repentina.

Aun así, recordaba una época en la que no era conocido por ser de mármol, cuando no era tan rígido y serio. Seguía siendo lo suficientemente apuesto como para que Gloriana pudiera ablandarse al verlo, y su sobriedad tal vez le vendría bien a la muchacha, que quizás por fin escucharía un "no" de vez en cuando.

Se preguntaba si alguna vez llegaría un momento en que él no le recordara esa primera Temporada y todo el asombro que la acompañó. Ese año habían formado un pequeño grupo, inseparables en cada baile, intercambiando turnos en las danzas y alimentando la emoción mutua. Recordaba cómo se arrugaban sus ojos cuando sonreía y se preguntaba cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que se permitió hacerlo.

Debería ser algo feliz recordar aquellos momentos de alegría inocente. Pero Rose sabía bien cómo había terminado todo, y recordar la alegría significaba contrastar la realidad actual con una época en la que aún tenía esperanzas en su propio futuro, cuando pensaba que podría hacer una vida para sí misma.

Recordar la alegría no debería doler tanto.

—Rosie, por favor —la voz insistente de Gloriana interrumpió sus pensamientos, con un tono quejumbroso—. Si vas a estar molesta con alguien, debería ser con Papá. ¡Él fue quien nos lanzó esto desde las entrañas de la nada!

—¿Desde las entrañas de la nada? —repitió Rose, sintiendo que una sonrisa amenazaba con curvarse en las comisuras de sus labios—. ¿Qué significa eso?

—Iba a decir desde las entrañas de... —Gloriana lanzó una mirada furtiva a su alrededor y susurró— bueno, desde las entrañas del infierno. —Frunció el ceño ante el jadeo teatral de Rose—. Pero, claro, me di cuenta a tiempo de que no era algo apropiado para decir en plena calle, con tanta gente alrededor. ¿Tienes que burlarte de mí?

—Jamás —se rio Rose—. Guardaré mi burla en las entrañas de la nada.

Gloriana chasqueó la lengua, pero no pudo ocultar su satisfacción por haber sacado una respuesta de su prima. —Gracias por lo que hiciste, por cierto —dijo, enlazando su brazo con el de Rose—. Me alegra que fueras tú y no Papá o Mamá quienes se encargaran del asunto.

—De nada. Sin embargo, tendrás que enfrentarte a él eventualmente. Creo que aceptará esperar hasta el final de la Temporada si apelas a su sentido del decoro.

Gloriana se detuvo un momento, mirando un escaparate de sombreros. Sin apartar la vista del vidrio, dijo con calma:

—No me casaré con él al final de la Temporada, Rosie. No me casaré con él en absoluto. Nunca. Rose suspiró, sintiendo que la leve jaqueca de la mañana volvía a instalarse en su sien mientras luchaba contra el impulso de sacudir a su prima.

—¿Por qué no? ¡Ni siquiera lo has conocido! Tiene título, es rico y decente. ¡Sería un buen partido para cualquier mujer!

—¿Tiene ese horrible cabello naranja como su hermana? —preguntó Gloriana, ignorándola mientras se acercaba al siguiente escaparate, inclinando la cabeza ante la vista de turbantes adornados con plumas.

—Ni siquiera sabía que tenía una hermana —respondió Rose, sin dejar de mirarla mientras la seguía con paso firme. Adoptó la postura más severa de la tía Polly, con las manos en las caderas, y se colocó entre su prima y el escaparate para exigir su atención—. Su cabello es más bien castaño rojizo, si eso te agrada. Es un hombre muy apuesto, Gloriana, de verdad. Tiene unos ojos verdes preciosos y la sonrisa más encantadora.

El labio de Gloriana se curvó en una mueca de desagrado mientras miraba su delicado reflejo en el cristal, sobre el hombro de Rose.

—He oído que nunca sonríe. En cualquier caso, ni un reino entero ni el príncipe más bello del mundo me tentarían a tener a Heloise Somers como hermana. No quiero volver a ver a esa arpía despreciable en mi vida.

—¿Heloise Somers? —repitió Rose—. ¿No será la "*Heloise infernal*" de tus cartas? ¿La chica de la escuela de señoritas?

—La misma —confirmó Gloriana, con un destello helado en sus ojos azules.

—Ah —murmuró Rose, recordando el disgusto que desprendían las cartas que había recibido sobre esa chica. Tomó a Gloriana del codo y la guio de regreso a su camino, esperando que el tema fuera más manejable desde la comodidad de su destino, una casa de té situada sobre una zapatería en un edificio de estilo isabelino restaurado.

Había estado emocionada por llevar finalmente a su prima a ese lugar, después de años describiendo el interior pintoresco, la clientela elegante y los mejores pastelitos del mundo en sus cartas. Ojalá hubieran elegido otro día para ir.

Caminaron en silencio, envueltas en el bullicio de la ciudad. Rose se preguntó si señalar que la hermana menor de Somers eventualmente se casaría y se marcharía podría hacer cambiar de opinión a su prima.

Aunque, si esa Heloise era tan fea y cruel como le habían hecho creer, quizás se quedaría soltera

toda la vida.

—Lo que le dije a Papá también es verdad —dijo Gloriana cuando llegaron a la fachada de la casa de té.

Giró hacia Rose y tomó sus manos enguantadas con fervor. Su rostro de porcelana brillaba con una belleza casi etérea.

—Me prometieron mi propio debut en Londres, con bailes, coqueteos y la emoción de ser cortejada. Es todo lo que he esperado en mi vida.

—Temo que has idealizado algo que no existe —dijo Rose con suavidad—. La Temporada puede ser emocionante, pero si no terminas cómodamente casada, el frío final te condena a una vida en soledad.

Gloriana apretó los labios, negándose a admitir en ese momento que Rose hablaba por experiencia. —Por favor, entiende —continuó—. Nada en esta propuesta me interesa. Para lord Somers, podría ser cualquier chica de la calle. De repente, quiere una esposa sin haberla visto nunca, y yo no deseo ser una esposa por obligación, intercambiable. ¿Acaso no merezco la oportunidad de buscar el amor?

Rose suspiró, inclinando la cabeza en señal de derrota momentánea, aunque dentro de ella una voz gritaba que Gloriana debía aprender que la seguridad era mucho más valiosa que el enamoramiento, que jamás conocería la independencia siendo hija en lugar de esposa.

Esa era una conversación que quizá debían reservar para un momento menos tenso.

Un soplo de viento giró a su alrededor, desarreglando el sombrero de Gloriana y obligándola a inclinarse para acomodarlo. Ese instante fue suficiente para complicar la situación un poco más, enredando el nudo justo más allá del punto de salvación.

—Bueno —dijo Rose lo más tranquilamente posible mientras su prima volvía a colocarse el caprichoso gorro—, al menos el problema de no haberse visto ya no será un inconveniente.

Gloriana frunció el ceño, desconcertada, mientras Rose cuadraba los hombros y adoptaba un tono ligeramente oficial.

—Me temo que el vizconde Somers también ha decidido dar un paseo por Regent Street esta tarde y ahora nos ha visto, querida.

—¡Qué! —jadeó Gloriana, su exclamación perdiéndose en otra ráfaga de viento mientras extendía la mano para agarrar la de Rose.

Rose se estremeció ante el firme apretón de los dedos de su prima, esperando al menos disfrutar de un breve momento de entumecimiento antes de que cundiera el pánico. No había más remedio que observar por encima del hombro de Gloriana cómo Gideon advertía su presencia y llamaba la atención de su compañero, un hombre corpulento de edad similar, acompañado por un perro con correa. Los hombres, aparentemente de mutuo acuerdo, decidieron cruzar la concurrida intersección para saludar a las damas.

—Pues maldita sea hasta los confines de la nada —suspiró Rose—. Sé cortés, por favor.

Capítulo Cuatro

Gideon parpadeó, alejando la niebla de sus pensamientos, y asintió con la cabeza para agradecer a la camarera cuando les dejó dos jarras de cerveza en la diminuta mesa de madera donde estaban sentados.

—Nunca pensé que lograría que aceptaras tomar algo aquí conmigo —comentó Sheldon Bywater, sexto marqués de Moorvale, con su característico acento escocés mientras rascaba distraídamente las orejas de su perro favorito—. ¿Fue alguna de esas rubias dulzonas la que ablandó tu moral?

Gideon hizo una mueca y alzó su vaso para evitar responder. Se esforzó por no atragantarse ante el sabor agrio de la cerveza mientras descendía por su garganta, pero lo logró por pura determinación para evitar más provocaciones de su viejo amigo.

No era un gran bebedor, por principio, y ciertamente habría elegido otro lugar si le hubieran dado la opción.

—No entiendo por qué mantienes una membresía en White's si detestas tanto ese lugar —dijo, dejando el vaso primorosamente sobre la mesa gastada.

Sheldon soltó una carcajada, estirando la mano hacia su propia jarra.

—Principalmente, para molestar a los otros socios. Además, no me dejan traer a Echo para una copa, ¿o sí?

La perra, al escuchar su nombre, levantó la cabeza y emitió un profundo auuu en respuesta, demostrando que su nombre le hacía justicia. Echo olfateó el aire y volvió a apoyar la cabeza entre sus patas, con los ojos entrecerrados mientras el fuego crepitaba detrás de ellos.

Era cierto que Sheldon y su amada sabueso parecían mucho más naturales en un lugar como ese, donde su figura descomunal y su actitud ruda se mezclaban con el ambiente tan naturalmente como las jarras de cerveza y los taburetes dispares junto a la barra. No era el tipo de sitio al que Gideon habría entrado por su cuenta. Imaginaba que debía parecer tan fuera de lugar allí como Sheldon lo parecía en el club de caballeros, donde su melena negra y rebelde y su constante sombra de barba contrastaban con la decoración inmaculada, y donde solía quejarse de no caber en las “sillitas delicadas”.

Por un momento, Gideon se preguntó si su propia figura, más esbelta, se vería envuelta por las sillas rústicas en las que ahora se sentaban. ¿Parecería un niño pequeño frente a su gigantesco amigo? La idea lo divirtió.

El pub que Sheldon estaba tan entusiasmado por presentarle era una choza rústica en las afueras del centro de Londres, un sitio ancestral según declaraba con orgullo el cartel que colgaba en la entrada: The Garter and Rose. El fuego de la gran chimenea central era prácticamente la única fuente de luz del lugar, ya que las lámparas en las paredes estaban cubiertas por una capa indefinible de grasa. Sin embargo, tenía que admitir que el ambiente era más relajado que en el club, y al menos allí podía hablar libremente sin ser oído por los entrometidos miembros de la alta sociedad.

Los demás clientes parecían indiferentes a los dos forasteros elegantemente vestidos, cada uno bebiendo a su ritmo o disfrutando con sus compañeros como si fuera parte de su rutina diaria.

Gideon echó un vistazo a su cochero, el joven Callum Laughlin, que había sido arrastrado a una partida de cartas con unos caballeros curtidos cerca de la barra. Frunció el ceño, pensando que esa era justo la clase de experiencia que no quería para su futuro ayuda de cámara, e imaginó cómo reaccionaría la madre de Callum, ama de llaves en Somerton, si supiera en qué lío se había

metido su hijo.

—El chico está bien. Déjalo en paz —tronó Sheldon, relamiéndose con satisfacción y dejando su jarra medio vacía sobre la mesa—. Ahora, dime, ¿qué señorita fue la que no solo te trajo a beber conmigo, sino también a un establecimiento como este?

Gideon suspiró, apartando por un momento la preocupación por Callum para centrarse en su propia situación.

—Las dos, si quieres la verdad.

—¡Oh! —rio Sheldon—. Eso es lo que quiero escuchar. Quiero cada detalle, especialmente sobre esa sirena de labios provocativos.

—Esa —dijo Gideon con gravedad— es mi prometida, Gloriana Blakely. Esta misma mañana obtuve una licencia especial del arzobispo de Canterbury para casarnos antes de que termine la semana.

—Pamplinas —bufó Sheldon, alzando su vaso para otro trago—. Esa preciosidad no te reconocía ni por asomo. Fue la mayor de ellas quien nos presentó a todos. De hecho, creo que tu prometida me ha tomado más cariño a mí que a ti.

—Sí, no fue el encuentro ideal —admitió Gideon, llevándose con desgana otro sorbo de la amarga bebida.

Era cierto que Gloriana Blakely había batido las pestañas con bastante entusiasmo hacia Sheldon, aunque él tenía la impresión de que lo hacía más para enviarle un mensaje que como un intento genuino de seducción. Lo sorprendente era lo rápido que había recuperado fuerzas después de haber estado postrada con gripe esa misma mañana.

No había sido exactamente lo que él esperaba, aunque su padre había sido sincero al alabar su belleza. Era hermosa, sin duda, casi una absurda adherencia a todos los estándares de belleza de la sociedad de moda, con cabellos rubio hielo y ojos azules puros. Tenía el mismo rostro en forma de corazón que su prima, pero era más pequeña y su figura era más elegantemente estilizada en lugar de ceder a las exuberantes curvas que Rose llevaba tan bien.

Cualquier otro hombre habría estado fuera de sí de alegría al ver a la chica, pero todo lo que Gideon podía hacer era recordarse a sí mismo que no debía mirar a su prima, que parecía estar retorciéndose de incomodidad durante todo el espectáculo.

—Me temo que es solo un compromiso en la medida en que nuestros padres estuvieron involucrados. La dama aún no ha aceptado una oferta directamente de mí, aunque intenté hacer una esta mañana.

Sheldon se sorprendió. —¿Por qué te irías a sacar una licencia de matrimonio para una chica que nunca has conocido, que quizás ni siquiera acepte casarse contigo?

—Su padre me aseguró que era amable. — Y ciertamente lo era. Gideon tomó otro gran trago de su cerveza. Cuanto más bebía, menos ofensiva le sabía, aunque descubrió que, con el calor en su estómago, no podía ocultar del todo el amargor que se colaba en su tono. —Y después de todo, ¿no son los padres los que las hijas imitan? Esa ha sido mi experiencia.

Sheldon se rió, levantando el dedo para llamar a la camarera por otra ronda. —¿La pequeña Heloise sigue pisoteando la propiedad?

—No es tan pequeña ya, de hecho —dijo Gideon—. Pero sí, esa es parte de por qué quería conocerte. Me temo que la familia Somers está una vez más envuelta en un escandaloso asunto, y no he tenido éxito contactando a mi hermano. Debe regresar a Somerton de inmediato. No hay discusión. La última vez que supe, estaba contigo.

—Ah —dijo Sheldon, su expresión tornándose seria—. No he visto a Alex en más de un año. Estuvimos en Venecia juntos para el Carnaval, pero el muchacho se enredó con dos morenas en

una góndola y se fue flotando, sin ser visto de nuevo. Tuve que regresar a Hawk Hill poco después para gestionar a los constructores, pero dejó una nota diciendo que sus nuevos amigos lo habían llevado a Sicilia para mostrarle el volcán y que no esperara su regreso.

—Cristo —gruñó Gideon, apretando los dientes ante la idea de su hermano paseando por Italia con cortesanas enmascaradas en lugar de comenzar el nuevo semestre... ¿cuál era ahora? ¿Su cuarto año en Oxford? ¿Quinto? Ni siquiera estaba seguro de que el derrochador hubiera terminado un semestre completo. —Entonces no hay forma de localizarlo, ¿verdad?

—No a través de mí —dijo Sheldon, disculpándose, mientras le pasaba una nueva jarra de cerveza de la bandeja de la camarera—. Estoy seguro de que estará molesto por perderse tu boda. Quizás eso le enseñe a tener en cuenta su paradero en el futuro.

Hubo un breve silencio mientras Gideon se recostaba en su silla, forzando otro trago de cerveza mientras contemplaba la serena y vacía expresión en la cabeza de alce montada sobre la pared opuesta. Nada estaba saliendo según lo planeado.

—Me temo que también tendré que perderme la boda —continuó Sheldon, atrayendo nuevamente la atención de Gideon—. Me llamaron directamente desde casa para reportarme a la corona por deber. Parece que tengo un nuevo grupo de novatos esperándome, con destino a Francia.

—¿Vas a volver a la guerra? —frunció el ceño Gideon—. Seguramente ya has servido lo suficiente, y tienes un hogar que mantener.

—Eh —se encogió de hombros Sheldon—. Las cosas tienen sentido para mí allá afuera, y de todos modos solo estoy entorpeciendo las renovaciones. Volveré de Francia a un castillo que no se está derrumbando sobre sí mismo y con una nueva pluma en mi gorra para presumir ante las chicas. No supongo que pueda convencerte para que me acompañes en lugar de casarte.

Gideon sonrió. —Tentador, pero no. Me temo que necesito regresar a Somerton con la mayor rapidez posible, preferiblemente con una novia a mi lado. Aunque tienes razón, fue una tontería asegurar una licencia antes de asegurar una prometida.

La verdad era que no se le había ocurrido que la señorita Blakely pudiera rechazar su oferta. Tenía en su tonta cabeza que cada chica en Londres solo buscaba casarse lo más rápido posible, y después de todo, él era un vizconde, aunque su nombre no tuviera el peso que solía tener. Se detuvo a sí mismo antes de maldecir mentalmente a cada miembro individual de su árbol genealógico otra vez, pues había estado haciéndolo casi sin parar ese día.

—Bueno, si esta dice que no, no debería ser muy difícil sacar una flor silvestre de entre bastidores —dijo Sheldon—. Aunque no se me ocurre qué problema tienes que requiera una esposa para solucionarlo.

—Sheldon, no creo que borrar un nombre de la licencia y escribir uno nuevo arriba sea estrictamente legal —dijo Gideon con un afectuoso movimiento de cabeza—. Si la señorita Blakely rechaza mi oferta, puede que me quede sin suerte.

—¡Olvídate de la licencia, entonces! Lleva a una chica a Escocia y asegúrate de hacerlo. No tiene que ser Gretna Green, mientras estés al otro lado de la frontera. Tu propiedad está justo al lado de la mía de todos modos. Incluso puedes quedarte en el castillo si te apetece... ah, conoce a la dama antes de volver caminando a Yorkshire. — Los ojos de Sheldon brillaban de alegría mientras evaluaba a su amigo. —¿Quizás la otra joven que conocimos hoy?

Gideon estaba seguro de que era la cerveza, pero podía sentir que se sonrojaba. En lugar de responder, puso firmemente su jarra a un lado y decidió cambiar a agua.

Sheldon echó la cabeza hacia atrás y estalló en carcajadas. —Sí, eso es justo lo que necesitas. Vuelve a tomar esa cerveza. ¡No eres un vicario! Además, te he dicho durante años que

abstenerte de todas las cosas buenas de la vida te convertirá en un viejo canoso antes de tiempo.

¿Las cosas buenas de la vida?

Gideon pensó en la luz del sol creando un halo rosado en el cabello de Rose d'Aubrey mientras hacía con tanto cuidado las incómodas presentaciones entre ellos en Regent Street. Pensó en la forma en que el color brillaba en sus mejillas cuando lo había felicitado por la rápida recuperación de su prima de su enfermedad.

Algo dentro de él estuvo de acuerdo con su amigo audaz y temerario. Quizás debería entregarse a un poco de mal juicio, solo esta vez.

—Tomaré otra —dijo, y vació la cerveza de su vaso.

Capítulo Cinco

—¿Ya te ha respondido? —chirrió Gloriana, levantando nuevamente los brazos para que la modista continuara drapeando la tela alrededor de su delicada figura. —¡Rosie!

—¿Hmm? —Rose miró hacia arriba desde su bloc de dibujos, parpadeando mientras su vista pasaba de sus garabatos de carbón al mundo real—. Lo siento, cariño, no te oí.

Gloriana entrecerró los ojos de manera juguetona. —¿Estás dibujándome en ropa interior? ¡Qué escandaloso!

—Por supuesto —se rio Rose, cubriendo su trabajo en progreso, el rostro de un hombre que se parecía sospechosamente a Gideon Somers—. Cuando lleguen mis acuarelas de Devon, me aseguraré de añadirle un vestido encima.

Glory hizo una mueca, sacando su pequeña y rosada lengua hacia su prima como había hecho cuando eran niñas. —Te preguntaba si recibiste una respuesta. ¿De la invitación que te pedí que enviaras?

—¿A tu futuro esposo prospectivo? —respondió Rose. —Sí, la recibí. Pero debes darte cuenta de que posponer el encuentro no lo hará desaparecer. Aún tendrás que enfrentarlo en algún momento.

—Oh, no me importa *él* —se burló Gloriana, moviendo la mano—. Me refiero al otro tipo, al grande con la barba. El escocés.

Rose soltó una risa sorprendida. —No sabía que habías tomado en serio la idea de invitarlo. Sin embargo, creo que fue incluido por deseo de tu madre de llevar a la mayor cantidad de gente de la alta sociedad posible a la pista de baile esta noche. —Inclinó la cabeza, considerando a su prima—. No te interesas realmente en ese gigante, ¿verdad? ¡Es el doble de tu tamaño!

—No realmente, no —sonrió Gloriana, echando un vistazo al espejo mientras la modista probaba dos rollos de tela turquesa contra el dorado de su falda interior—. Simplemente me gusta la idea de tener un hombre imponente como uno de mis pretendientes. ¿Qué piensas?

—El brocado —decidió Rose—. Y no necesitas pretendientes cuando ya tienes una oferta de un vizconde.

Gloriana hizo un resoplido irritado y le dio la espalda a Rose para que las medidas pudieran continuar. Levantó su cortina de filosos rizos platinados y la sostuvo ajustada a su cuero cabelludo mientras la modista tiraba y fijaba la tela alrededor de sus pálidos hombros.

Solo el ver eso hizo que la parte posterior del cuello de Rose picara por el repentino calor de la primavera. Su propia melena era mucho más pesada que la de su prima, con ondas y rizos indómitos que brotaban por su cuenta en lugar de seguir el cuidadoso giro de un rizador. No era tan malo en invierno, pero en los meses más cálidos, sus opciones siempre oscilaban entre recoger toda la masa de su cabello en su cabeza y lidiar con los músculos adoloridos durante la noche, o permitir que una parte descansara sobre su cuello y hombros, como una capa de visón fuera de temporada.

Hoy, mientras se preparaban para el baile de presentación de Gloriana, había podido mantenerse en un estado de medio vestido, con toda la inconvenientemente pesada masa de su cabello suelto en una trenza y arrojada sobre su hombro. Una vez, en su segunda o tercera temporada, le había sugerido a su madre que podría cortarlo como muchas damas nobles a la moda, a una longitud estilosa justo por encima de los hombros.

Sus oídos aún resonaban con la reacción que había obtenido de *esa* sugerencia.

Con la atención de Gloriana ahora centrada en la modista, su mente quedó libre para volver al bloc de dibujos en su regazo. No estaba segura de cuándo había comenzado a delinear las líneas de su rostro, pero de alguna manera, durante el transcurso de las últimas horas, Gideon Somers había encontrado su camino hacia la página.

Frunció el ceño, difuminando las líneas que había dibujado alrededor de su boca con el borde de su nudillo. Se sintió satisfecha con cómo había capturado la mayor parte de su rostro: la intensidad en sus ojos en forma de capucha y la larga y recta forma de su nariz. Simplemente había oscurecido el carbón alrededor de su línea del cabello en lugar de intentar replicar la severa perfección de su peinado. Solo su boca era lo que no lograba plasmar con acierto.

Podía verlo en su mente con relativa facilidad, pero siempre era el Gideon de su primera temporada el que venía a su mente. El cuidadoso y serio Gideon, que se había dejado llevar a regañadientes por algunas bromas y desventuras inofensivas, cuya apariencia de cuidadosa perfección que había construido como una armadura se quebraba ocasionalmente para mostrar al joven que había debajo.

Sonrió para sí misma, recordando la vez que se habían escapado de sus chaperonas en Crawley Manor y se habían dado el gusto de disfrutar de una botella de ginebra robada en los jardines de Lady Crawley. La rechoncha Miranda Brewbaker se había emborrachado tanto que había tenido hipo el resto de la noche.

Esa noche había habido alrededor de media docena de ellos, todos unidos como ladrones durante esa temporada. Su madre estaba convencida de que todos se arruinarían mutuamente y acabarían siendo un clan de parias.

Rose se dio cuenta de que no había visto a los demás en años. Todos estaban casados ahora, supuso. O muertos, pensó, recordando a Henry. Era extraño, pero no podía recordar su rostro en absoluto.

Cerró los ojos, intentando evocarlo, pero solo podía recordarlo desde la distancia, como si su compromiso hubiera sido una historia que había leído en un libro y no algo que había vivido. Él había sido apuesto, por supuesto. Todos sabían eso. Demasiado apuesto para su propio bien, al final.

Miró de nuevo el boceto de Gideon en su regazo y suspiró. Si volver a verlo una vez había resucitado tanto dolor oculto, ¿cómo sería tenerlo en la familia? Especialmente desde que ya había renunciado a toda esperanza de casarse con él. No sabía si podría soportar toda una vida recordando la esperanza que alguna vez había tenido para el futuro mientras vivía lo opuesto.

¿Por qué no podía plasmar bien sus labios? El primer intento había sido demasiado delgado, el segundo demasiado serio... todo lo que probaba simplemente se veía mal.

—Un hombre sin boca —interrumpió la voz de Gloriana desde arriba, haciendo que Rose chillara de alarma, con su cuerpo entero saltando de la silla en la que había estado encorvada.

Gloriana sonrió triunfante y le arrebató el bloc de papel a su prima, sosteniéndolo a la luz. — ¡Santo cielo, es el vizconde! ¿No? Ahora, si pudieras modificar a su hermana de la misma manera, podría considerar su oferta. Heloise estaría mucho mejor sin su boca.

—Devuélveme eso —siseó Rose, levantándose de un salto y quitándole el bloc de dibujos—. Me asustaste.

—Lo sé. He estado hablando contigo durante mucho tiempo y no has oído una palabra de lo que he dicho. —Gloriana le rodeó la cintura a Rose y señaló a su doncella, que había entrado en la habitación y ahora estaba charlando con la modista—. Mira, Tilly trajo ese vestido que mamá quería que probaras.

—Ya tengo un vestido para esta noche —protestó Rose—. Solo quiero unas horas más de tranquilidad antes del baile.

—¿Por qué? ¿Para que puedas hacer más dibujos del hombre al que tengo que rechazar? —Gloriana disparó, levantando los ojos al cielo—. ¿Piensas empapelar mi alcoba hasta que ceda y lo acepte?

—¿Funcionaría eso?

—No. —Gloriana tomó el bloc de dibujos de las manos de Rose y lo lanzó sobre la silla. Se giró y agarró a su prima por los hombros, arreglando su rostro angelical en lo que casi pasaba por serio—. Si quieres tanto observar su rostro, tú cástate con él. Yo desde luego no lo haré. Y hablar de eso está arruinando mi emoción por el único baile de debut que tendré en esta vida. ¡Mi baile de debut, Rosie! Sabes cuánto significa esto para mí.

Rose asintió, presionando su frente contra la de Gloriana—. Sí, por supuesto que lo sé —susurró, genuinamente un poco avergonzada. Era fácil olvidar cómo su prima había soñado con esta noche a lo largo de los años, a la luz de su dilema actual. Era justo que quisiera disfrutarlo sin recordar el desafortunado secreto de su padre.

—Bien —resopló Gloriana, enderezándose y asintiendo hacia la modista—. Ahora, por favor, levanta la cabeza y prueba el estúpido vestido.

Rose gimió, resistiendo la urgencia de enterrar su rostro entre las manos—. Ya te he dicho que, por mucho que sueltes las costuras, nunca voy a caber en uno de tus vestidos sin parecer una salchicha. Estoy demasiado... —hizo un gesto a su cuerpo, indefensa, sin saber qué palabra usar.

—¿Femenina? —sugirió Gloriana con malhumor, con el labio inferior puchero.

Rose puso los ojos en blanco—. Sí, digamos femenina. Deja de hacer pucheros, criatura absurda. Tienes la figura perfecta. Eres como una ninfa de la luna, delicadamente construida para la altura de la moda. Te garantizo que serás la envidia de cada mujer en Londres esta noche.

—Sí, sí, pero se me prometió un par de pechos al llegar a la adultez —insistió Gloriana con ligereza, llevando a su prima hacia el vestidor, donde la modista esperaba con un montón de alfileres y una cinta métrica como si fuera un general armado para la batalla—. Si se puede romper la promesa de los pechos, también se puede romper un compromiso al que nunca accedí. Ahora sube ahí y dejemos que te hagamos hermosa.

Los cálidos acordes iniciales del cuarteto de cuerda mientras afinaban sus instrumentos le erizaron la piel a Rose. Podía sentir las vibraciones bajo sus dedos de los pies mientras las primeras notas llegaban a través del techo del primer piso y se deslizaban entre las vigas bajo sus pies.

Reconoció, tal vez un poco a regañadientes, que su reflejo en el espejo del tocador lucía mucho más atractivo que como se vería en uno de sus propios vestidos. La seda de un profundo ciruela hacía que su piel brillara y acentuaba los matices dorados en su cabello y ojos. No se había sentido tan bonita en mucho tiempo.

Su abundante cabello rubio miel había sido recogido sobre un hombro, cayendo en una cascada de rizos escalonados hasta su cintura. Había tenido un par perfecto de guantes negros de red en sus cosas que combinaban con los tonos oscuros de su vestido prestado. Consideró su escasa colección de joyas y optó por un par de pendientes de perlas que, en verdad, estaban hechos de pasta pulida, no de gemas preciosas. No importaba, brillaban de forma encantadora en sus oídos de todos modos.

El corsé del vestido no era del todo ajustado al punto de convertirla en un envoltorio de salchicha, pero sentía que su escote no necesitaba adorno para atraer más atención a su curvatura,

por lo que solo las perlas de pasta estarían bien.

Dudó un momento, con la mano flotando sobre la cálida madera de caoba y los ojos parpadeando entre el espejo y la llama de la lámpara de aceite a su lado. Respiró hondo y extendió la mano sobre el tocador para alcanzar el pequeño frasco de perfume que había comprado justo afuera de Covent Garden cuando llegaron.

Su madre tenía sentidos delicados y había prohibido tales cosas en su hogar desde que Rose tenía memoria. Ni siquiera se permitían flores frescas en la repisa ni un gato cazador de ratones en la cocina por miedo a comprometer su salud, pero este año, por primera vez en su vida, estaba libre de las reglas de su madre.

Era algo tan pequeño, pero mientras pasaba el aplicador de fragancia a lo largo de su delgado cuello y hacia su escote, una suave vibración de rebelión zumbaba dentro de ella.

Sumergió el pequeño gotero de cristal en el frasco nuevamente y aplicó el delicioso aroma detrás de sus orejas y en sus muñecas, dejando que el aroma girara a su alrededor mientras sus ojos se cerraban suavemente. Canela y vainilla, había dicho el vendedor, insistiendo en que estas dos fragancias, mezcladas en perfecta armonía, complementaban su coloración tanto como un sombrero o vestido apropiados.

El grito de un violín corriendo escalas le levantó la piel de gallina en los brazos, llamándola a salir al piso del baile. Sus ojos se abrieron de nuevo y sonrió, considerando su reflejo. Siempre había pequeñas alegrías en cada vida, pensó, incluso en aquellas que no salían como se planeaba. Y casi como respuesta a un pensamiento como ese, la puerta de su dormitorio se abrió de golpe y Gloriana irrumpió, un torbellino de lágrimas y gasa plateada.

—¿Qué ha pasado? —dijo Rose automáticamente, girándose en su silla para recibir este nuevo episodio de teatralidad.

Gloriana no podía lanzarse sobre el mobiliario con su fervor habitual, vestida como estaba. En cambio, se sostuvo en alto, con los puños apretados a los lados mientras luchaba por parpadear y borrar la represa de lágrimas en sus ojos.

—Ay, Rosie —susurró Gloriana, con la voz ahogada por el peso de su emoción—. Papá ha hecho lo más horrible... lo más imperdonable... —Se interrumpió, alzando una mano enguantada hacia sus labios mientras un reguero de lágrimas escapaba de las comisuras de sus ojos.

Rose se levantó y sacó un pañuelo del cajón del tocador, acercándose a su prima con él extendido frente a ella.

—¿Qué ha hecho tío Reg? —preguntó con sincera sorpresa. Después del escándalo de la semana pasada, ¿qué podría haber hecho para superar eso?

—Se ha puesto de parte de mamá —logró decir Gloriana, arrebatando el pañuelo y llevandoselo a los ojos—. Si rechazo al vizconde Somers esta noche, nos llevarán de regreso a Devonshire mañana mismo, y no tendré mi primera Temporada.

—Ah —Rose asintió, mordiéndose la lengua para no dar la razón a sus tíos. Por más que un argumento lógico pudiera hacer entrar en razón a Gloriana, sabía que este no era el momento. En cambio, dio unas palmaditas suaves en el brazo de su prima, que lloraba amargamente en el pañuelo.

Se le ocurrió, casi como un pensamiento fugaz, que habría sido bueno que le informaran si su propia Temporada también iba a interrumpirse por esta situación. Al fin y al cabo, supuso que solo estaba allí como acompañante improvisada para Gloriana, y no podía guardarle rencor por eso.

—¿Por qué debo ser castigada tan severamente por esperar algo que he anhelado toda mi vida?

—se lamentó Gloriana—. Esta noche debería estar llena de alegría, y en cambio, enfrente dos

opciones horribles.

Rose cerró los ojos e intentó alejar el dolor que comenzaba a instalarse en su sien.

—¿Y si hablo con Gideon? —sugirió.

—¿Quién? —gimió Gloriana.

—El vizconde Somers —corrigió Rose—. Tal vez pueda convencerlo de que este asalto tan poco convencional de expectativas hacia ti está ocurriendo demasiado rápido.

—No —sollozó Gloriana—. Papá dijo que, si hacía algo así, él lo sabría, y que tendría que esperar la propuesta desde nuestra casa de campo, pues ya no habría necesidad de seguir en Londres buscando otro pretendiente antes de la boda.

Rose reconoció en silencio que su tío era más astuto de lo que había imaginado. Inspiró profundamente y apoyó sus manos enguantadas en los delicados hombros de su prima.

—Glory, esta es tu presentación en sociedad. Tienes que recomponerte, o mañana estarás muy enfadada contigo misma.

Gloriana sacudió la cabeza, los hombros hundiéndose bajo las manos de Rose.

—¿Qué sentido tiene? No soy una auténtica debutante si ya estoy prometida.

—Pero nadie lo sabe aún —dijo Rose con suavidad—, ¿verdad? Puedes coquetear y bailar cuanto quieras esta noche, y guardar ese recuerdo como un tesoro para siempre.

—No es suficiente —respondió Gloriana, su miseria teñida de una rabia contenida—. No es justo.

—Déjame hablar con Gid... con Lord Somers —insistió Rose—. Glory, dame una oportunidad para arreglar esto. No tienes que lamentarte hasta que todo esté decidido. No sacrifiques la alegría de esta noche que has soñado desde niña por algo inesperado. ¿Te imaginas lo desdichada que estaría yo si hubiera hecho lo mismo?

Gloriana parpadeó, esbozando un tímido sollozo de esperanza que pareció aplacar su tristeza.

—Vamos, limpiémonos esas lágrimas —dijo Rose, guiándola rápidamente hacia el taburete del tocador antes de que pudiera pensarlo demasiado—. La sensación de Londres no puede presentarse con los ojos hinchados y la cara llena de lágrimas.

Gloriana se sentó, alzando los hombros con desgana mientras observaba su reflejo de ojos enrojecidos. Parpadeó hacia Rose con sus grandes ojos azules, y de pronto, la magnitud de sus esperanzas juveniles pareció llenar toda la habitación.

—¿Lo arreglarás por mí, Rosie? —preguntó en voz baja, como si volviera a ser una niña pequeña pidiendo a su prima mayor que le arreglara una muñeca rota.

—Lo haré —prometió Rose, deseando que fuera cierto.

Capítulo Seis

La luz anaranjada y rosada del atardecer llegaba cada vez más tarde. Gideon observaba el último resplandor del sol con la ansiedad subiendo desde su estómago hasta su pecho. Le parecía un error llegar a su primer baile en años antes de la caída de la noche.

Cuanto más había tenido que esperar para ejecutar su maldito plan, más dudaba de su sensatez. Había reaccionado con impulso ante la carta de Heloise, cayendo en un estado de pura reactividad, completando tarea tras tarea según lo que su mente, presa del pánico, consideraba necesario.

Ahora era demasiado tarde para deshacer lo hecho. Ya se había reunido con el arzobispo. Ya había hablado con el padre de la joven. Dar marcha atrás solo mancharía aún más el nombre de los Somers, cuando todo lo que siempre había querido era restaurarlo a un lugar de honor.

—¿Todo en orden, mi lord? —preguntó Callum desde el asiento del conductor, probablemente preocupado por el tiempo que llevaban detenidos en su destino.

Gideon suspiró y se obligó a abrir la puerta del carruaje, bajando al camino de grava, donde reinaba una atmósfera de emoción mientras los invitados avanzaban a su alrededor hacia la casa que albergaba un baile de presentación.

El baile de presentación de su futura esposa, se recordó a sí mismo, reprimiendo un gemido.

—No debería tardar más de una o dos horas —le dijo a su cochero, ignorando el brillo en los ojos oscuros del joven al contemplar la elegancia londinense a su alrededor—. Trata de no apostar demasiado con los otros conductores.

Callum le dedicó una sonrisa torcida que no le inspiró ninguna confianza.

—Sí, señor.

Gideon negó con la cabeza y se volvió hacia la casa, esforzándose por prepararse para lo que venía. Al menos podía contar con su reputación de mantener una expresión impenetrable, así que sabía que ninguna de las chismosas matronas de la sociedad lograría leer la angustia en su rostro. Se había atado y desatado el corbatín cuatro veces antes de salir esa noche. Había examinado su reflejo desde todos los ángulos posibles. Se veía tan bien como podía esperarse, y qué absurdo era preocuparse por ello en esta situación, cuando en el fondo esperaba que la joven lo rechazara. Otra parte de él le recordó con severidad que ese deseo era egoísta.

Sus botas pulidas crujieron sobre la grava del sendero, mezclándose con los alegres sonidos de una cuadrilla que resonaba desde el interior. El resplandor de las antorchas frente a la casa irradiaba una bienvenida cálida contra la luz menguante del crepúsculo. Tal atmósfera debería inspirar alegría y esperanza para la noche que se avecinaba, sin importar quién fueras ni lo que te esperara en las próximas horas.

—¡Somers! —retumbó una voz escocesa desde el interior—. ¡Llegas tarde!

Sheldon Bywater se veía francamente extraño con un frac de gala, por más que estuviera perfectamente ajustado a su musculoso cuerpo. Entró al vestíbulo a grandes zancadas para recibir a su amigo, estrechándole la mano con un entusiasmo desmedido.

—¡Por Dios, pensé que estaría solo en este nido de víboras!

Gideon parpadeó, sorprendido, sin poder evitar que su amigo lo arrastrara hacia la reunión con un brazo sobre sus hombros. Se dio cuenta de la expresión de desaprobación que fruncía el rostro de su posible futura suegra al evitar saludarla, aunque contra su voluntad.

—Allí está —anunció Sheldon, señalando hacia la pista de baile—. La futura señora.

Los ojos de Gideon se posaron de inmediato en Rose d'Aubrey, que giraba al ritmo alegre de la música, con su lujoso vestido de seda color ciruela desplegándose alrededor de sus piernas. Su respiración se entrecortó al verla sonreír radiantemente al encontrarse con su pareja de baile en el centro de la formación. Su piel brillaba bajo la caída elegante de su peinado como oro y plata convertidos en carne cálida y suave. Dios, cómo deseaba tocar esa piel.

—¿Con quién está bailando? —murmuró Sheldon—. ¿Tal vez tienes competencia?

—Es su tío —respondió Gideon distraído, observando cómo Sir Reginald Blakely hacía girar a su sobrina con una sonrisa alegre. Para un caballero de su edad, se movía con una elegancia sorprendente, claramente disfrutando los pasos de la danza.

—Demasiado joven para ser su tío —comentó Sheldon, sacando a Gideon de su ensueño de golpe.

Avergonzado, Gideon escaneó nuevamente la pista para buscar a Gloriana, quien, en efecto, estaba bailando con un hombre demasiado joven para ser su tío. La debutante vestía blanco y plata, con zafiros reluciendo en sus orejas. Era una joven encantadora, aunque delicada, como una obra de arte a la que se debe tocar con cuidado para no romperla.

—Ah, me equivoqué —dijo torpemente—. Creo que es el hijo de Lord Greendale.

—¿De verdad? —Sheldon sonrió, arrebatando de repente una copa de licor de una bandeja que llevaba una doncella, provocando que la joven soltase un pequeño grito—. Por extraña coincidencia, parece que la otra muchacha también está bailando con su tío.

—Quisiera una de esas —le dijo Gideon a la doncella, girando para evitar la mirada de su amigo—. Disculpe los modales de mi amigo. No suele salir mucho de las Highlands.

Ella le ofreció la bandeja, lanzando una mirada de curiosidad cautelosa hacia Sheldon. Este le guiñó un ojo, haciendo que la joven se diera la vuelta rápidamente para regresar a las cocinas.

—Tendré que buscarla más tarde —comentó Sheldon con añoranza—. Y ofrecerle mis disculpas en persona.

La canción llegó a su fin, y los bailarines y espectadores estallaron en aplausos alegres. Gideon llevó la copa a sus labios, esperando que la expresión “coraje líquido” fuera acertada. Gloriana y Rose se unieron, tomándose de las manos; la primera parloteaba emocionada mientras la segunda la observaba con afecto.

Sheldon dejó su copa vacía en una mesa cercana y asintió con determinación.

—Es nuestro turno entonces —dijo, y antes de que Gideon pudiera pensarlo dos veces, se encontró cruzando el salón junto a su amigo en dirección a la mujer a la que debía proponer matrimonio.

Las damas se volvieron hacia ellos con expresiones indescifrables, aunque Gideon pudo notar con certeza que ninguna parecía emocionada de verlo. Sin embargo, ambas sonrieron y realizaron pequeñas reverencias de saludo al acercarse los caballeros.

—Señorita Blakely —dijo Gideon con una rígida inclinación de cabeza—. Señorita d'Aubrey. Se ven encantadoras esta noche. Recuerdan a mi amigo, el marqués de Moorvale.

—Por supuesto —respondió Gloriana con entusiasmo, sus brillantes ojos azules resplandeciendo y sus mejillas enrojecidas por la cuadrilla—. De hecho, creo que el marqués ha solicitado mi mano para el próximo baile. ¡Un vals!

—¿Ah, sí? —rió Sheldon, ofreciendo su brazo a la joven, mientras Rose lanzaba una mirada de reproche a su prima—. Entonces, supongo que debemos tomar nuestros lugares.

Gideon los observó impotente mientras la pareja se dirigía a la pista de baile justo a tiempo para que la orquesta comenzara las primeras notas.

—Gideon —dijo Rose en voz baja, colocando una mano enguantada en su codo—. Debo hablar contigo. Urgentemente.

El sonido de su nombre en sus labios le calentó la sangre, y se volvió para encontrar sus ojos fijos en los suyos, con una seriedad sombría dibujada en su rostro.

Esos ojos eran tan parecidos a los de su prima. La misma forma y esas pestañas pálidas y delicadas, pero cálidos y dorados donde los de Miss Blakely eran de un azul frío. Debía cuidarse de no caer en la calidez de esos ojos, se advirtió.

—Por supuesto. ¿Nos sentamos?

Rose miró hacia las sillas alineadas junto a la pared, ocupadas como siempre por algunas jovencitas tímidas y serias acompañantes. Bajó la voz y se acercó un poco más a él, haciendo que ese delicioso aroma a canela lo envolviera.

—Creo que será mejor que hablemos en privado —dijo, inclinando ligeramente el rostro para encontrar su mirada—. ¿Recuerdas el camino al salón?

—Sí, claro, pero...

Ella apretó su brazo a través del chaqué, con una expresión severa.

—No discutas conmigo, Gideon. Solo ve. Te encontraré allí enseguida.

Con eso, se giró y se deslizó entre la multitud, lanzándole una última mirada significativa por encima del hombro.

Gideon echó un vistazo a los bailarines, notando que tanto Sheldon como Miss Blakely seguían ajenos a lo que acababa de suceder, girando con la música. Una mirada rápida alrededor, mientras terminaba su bebida, le confirmó que nadie más parecía prestar atención a su presencia, y tampoco los padres de las Blakely estaban a la vista.

Sabía que escaparse para momentos privados no era algo inusual. Tal vez él fuera el único miembro de la Sociedad que nunca había encontrado a alguien en algún rincón oculto tras un poco de sigilo.

Sacudió esos pensamientos de su mente mientras avanzaba hacia el vestíbulo. Por el amor de Dios, ella no lo estaba invitando a un encuentro furtivo en el salón. Esa imagen en su mente solo lo llevaría por un camino peligroso. Exhaló bruscamente, intentando borrar las fantasías de hundir los dedos en ese cabello dorado bajo el sol y aspirar el aroma a canela con los labios en su cuello.

Cogió una lámpara de aceite de una de las mesas del vestíbulo y la llevó consigo, sosteniéndola a un lado mientras entraba al salón, que parecía completamente diferente sin la luz del sol atravesando sus ventanas.

Debía controlarse. No había tenido pensamientos indebidos en años. No desde... bueno, desde la última vez que la había visto, supuso. Por todos los santos del cielo, ¿por qué la novia desabrida que había encontrado tenía que ser pariente de esta mujer en particular?

Dejó la lámpara sobre una mesa y ajustó la llama, proyectando una luz parpadeante por toda la estancia. No sabía si debía sentarse o quedarse de pie, ni cuánto tardaría Rose en llegar. El pensamiento ridículo de que había cerrado un círculo, aguardando en esa misma habitación por un destino incierto, lo hizo estremecer.

No pudo evitar revisar los rincones oscuros de la sala para asegurarse de que el mayordomo, con su aire de cansancio eterno, no estuviera al acecho. Caminó hasta las estanterías y, en un arrebato infantil, echó un vistazo tras las pesadas cortinas, solo para estar seguro.

—Oh, nunca me escondería detrás de las cortinas —dijo la voz de Rose desde la habitación, haciéndolo pegar un respingo que culminó en un grito poco digno.

Ella rió tras su mano mientras giraba la llave en la puerta, asegurándose de que no los

interrumpieran.

—¿Ves? Solo tengo que aparecer donde se espera que esté para asustar a un hombre.

Gideon se irguió, esperando que su postura recuperara un aire de decoro.

—Señorita d'Aubrey —comenzó, dando un paso hacia ella.

—Oh, por Dios, Gideon —bufó Rose, caminando hacia el mismo sofá donde había estado sentada días atrás y dejándose caer sobre él de una manera del todo impropia—. Sabes bien cómo me llamo. Puedes usar mi nombre sin miedo.

Él se quedó congelado, observando cómo la nube de seda color ciruela se desplegaba a su alrededor mientras presionaba los dedos en el puente de su nariz.

—Todo este asunto me ha causado un dolor de cabeza permanente, ¿sabes? Merecería algún reconocimiento por no haber desarrollado una adicción al láudano en la última semana —dijo ella, mirándolo por entre los dedos—. ¡Bueno, siéntate!

Su cuerpo obedeció automáticamente, cruzando la habitación para acomodarse formalmente en el mismo asiento de la vez anterior. Un extraño oleaje de vergüenza lo invadió al ver lo relajada que estaba Rose, como si fueran niños sin las normas de la sociedad pesando sobre ellos. Intentó imitar esa comodidad casual, pero no logró más que moverse incómodamente en su lugar.

—Lamento escuchar que has estado bajo tanta presión —dijo al fin, odiando la frialdad de su propia voz—. Imagino que organizar un baile de debut mientras toda la familia sufre la gripe es una tarea ardua.

Rose dejó escapar una risa entre dientes, recostándose con un brazo sobre el respaldo del sofá.

—Nadie tuvo gripe —dijo, dejando que su cabello caído sobre el torso brillara como una lámina dorada—. El tío Reginald irrumpió una mañana y le dijo a Gloriana que el debut que había esperado desde que aprendió a hablar ya no ocurriría, porque siempre había estado prometida. Y, aún mejor, debía casarse al final de la semana con un hombre al que jamás había visto, cuya única reputación pública era que no baila, no coquetea y nunca se divierte en absoluto. Una boda súbita y obligatoria solo confirma esos rumores. Ah, y por cierto, es el hermano de su mayor rival.

—¿Rival? —repitió Gideon, sintiendo cómo un hormigueo de incredulidad recorría sus dedos. ¡Maldita sea esa muchacha!

—Me imagino que habla de tu hermana, Heloise —dijo él, complacido de que su voz no delatara la tormenta emocional bajo su fachada educada.

—La misma —respondió Rose con una leve sonrisa—. Al parecer, esas dos se dedicaron a atormentarse mutuamente en el internado. Jamás imaginé que la joven de las cartas de mi prima era tu hermana. ¡No puedo imaginarte emparentado con alguien tan... tan...!

Rose se interrumpió, decidiendo que era mejor no escoger palabra alguna.

—Bueno, Miss Blakely es libre de rechazar la propuesta —dijo él con firmeza—. Después de todo, ya no vivimos en una sociedad feudal donde los padres puedan forzar a sus hijas.

—¿De verdad? —rió Rose, con los ojos brillando bajo la luz de la lámpara—. Gloriana tiene dos opciones: aceptar tu propuesta esta noche o volver mañana a Devonshire para esperar, en penitencia, otro año más por sus malas decisiones.

El sonido de las campanas de la casa resonó como un presagio.

—¿Y si retiro mi oferta? —preguntó Gideon en un susurro.

—Tío Reg pensará que Gloriana lo planeó de algún modo. Y, en verdad, supongo que lo hizo, a través de mí. —Suspiró, incorporándose en el asiento y estirando los brazos sobre su cabeza, aparentemente ajena a cómo esa postura resaltaba sus encantos.

A Gideon se le secó la garganta mientras su mente oscilaba entre la reacción primitiva ante la

impactante escena y la fría realidad de la situación que había provocado. Intentaba idear soluciones, solo para descartarlas de inmediato, pero no podía apartar los ojos de Rose. Ella frunció el ceño, cruzando la mirada con él desde el otro extremo de la habitación.

—No sé qué solución pueda haber —dijo—. Incluso si extendieras tu absurda fecha límite hasta el final de la Temporada, ella aún estaría obligada a casarse contigo.

—De todos modos, no puedo esperar hasta el final de la Temporada. Debo regresar a Somerton de inmediato. Ya debería haberme marchado.

—Así que ni siquiera podrá disfrutar de la Temporada como una nueva vizcondesa. No volverás a casa con una esposa feliz. —Inclinó la cabeza, sus ojos dorados clavándose en él—. Supongo que no me contarás de qué se trata todo esto. Nunca has sido impulsivo.

Él vaciló, dándose cuenta de cuánto deseaba contarle la verdad. Sería una tontería hacerlo. Rose d'Aubrey no era una chismosa, pero sería una traición revelar algo así a quien no fuera de su familia. En su lugar, dijo:

—Desgraciadamente, hay otro escándalo rondando la puerta de la casa Somers. Esperaba que una esposa amortiguara el golpe, ya que nuestro nombre ha sufrido bastante en los últimos años.

—Lamento oír eso —respondió ella, apareciendo una arruga entre sus cejas, justo donde antes había indicado que tenía dolor de cabeza—. Pero, Gideon, un hombre como tú no debería tener problemas para encontrar esposa. Eres todo lo que sueña una señorita.

Gideon esbozó una sonrisa a pesar de sí mismo ante la flagrante falsedad de esa afirmación.

—Creo que me acabas de describir como una especie de bestia.

Ella se ruborizó, avergonzada.

—Bueno, quizá solo alguien tan hermosa como mi prima se atrevería a rechazar algo que no fuera perfección principesca. Creo que podrías entrar al salón de baile y encontrar a varias damas dispuestas a ocupar el lugar de mi prima a tu lado.

—Eso es justo lo que dijo Moorvale —asintió, mirando al techo—. Me sugirió que tomara a una de las tímidas señoritas de las sombras y huyera a toda prisa hacia Escocia para formalizarlo.

Rose meditó sobre la idea, golpeando su falda con los dedos.

—Podría funcionar —admitió tras un momento—. Si desapareces en una fuga, Gloriana quedará libre de cualquier culpa ante sus padres. De hecho, se convertiría en la víctima de un abandono secreto, y pasarían los próximos meses tratando de compensarla.

—¿Y qué? —bufó él—. ¿Debería pasarme la próxima hora eligiendo a quién secuestrar, sumando otro escándalo a mi nombre, y confiar en que la apuesta salga bien?

Ella arqueó las cejas.

—¿Acaso no fue Gloriana una apuesta? No sabías nada de ella.

Gideon soltó un gruñido, abandonando finalmente su rigidez formal al dejar caer la cabeza entre las manos. Era cierto: había sido una desconocida, pero los papeles estaban firmados y, en el calor del momento, cualquier cuerpo cálido habría servido. Al mirar a Rose, comprendió lo terrible que habría sido pasar las horas posteriores a la ceremonia explicando ese nuevo escándalo a su esposa y pidiéndole que lo ayudara a manejarlo.

—Tranquilo —dijo Rose, aunque su tono estaba lejos de ser compasivo—. Hay muchas rosas inglesas encantadoras en el salón esta noche. Fugarse no es tan escandaloso. De hecho, diría que para buena parte de la sociedad es algo romántico y atrevido.

Gideon se pasó las manos por la cara, sintiendo que quizá él también estaba desarrollando un dolor de cabeza.

—Supongo que no podría convencerte a ti para que tomes esa posición, ¿verdad? —preguntó con sequedad.

Rose parpadeó, sorprendida. Esa sorpresa pronto se convirtió en reproche.

—Imagino que estás bromeando —dijo—, lo cual es bastante cruel, considerando mi futuro sombrío como solterona. Gideon, sinceramente, cualquier mujer aquí te aceptaría. Si me hicieras una propuesta como esa en serio, claro que diría que sí.

Se quedaron mirándose en silencio durante un momento, el corazón de Gideon latiendo con tanta fuerza que creyó que se le escaparía del pecho.

—Debes de haber olvidado que nunca bromeo —dijo él con un tono que no dejaba lugar a dudas—. Rose d'Aubrey, ¿te gustaría fugarte conmigo esta noche?

Rose soltó una carcajada alegre, como si se sacudiera para asegurarse de que el momento era real.

—Por supuesto —respondió, levantándose—. Me encantaría.

Capítulo Siete

Una locura. Esto era una completa locura.

Rose seguía esperando que sus manos temblasen, que su cabeza diera vueltas y que su cuerpo se estremeciera. Pero allí estaba, doblando sus pertenencias con determinación y apilándolas en su valija lo más rápido que podía.

La carta que había escrito a su tío descansaba sobre el tocador vacío, con polvo esparcido sobre las líneas irregulares de su explicación, deliberadamente vaga. Odiaba pensar que su tío podría sentirse herido por esta traición, creyendo que le había robado el futuro a su querida prima. Sin embargo, explicar la situación de otro modo solo serviría para incriminar a Gloriana, y por una vez, Gloriana no tenía nada que ver con este embrollo.

Echó un último vistazo a la habitación, divisando su cuaderno de bocetos olvidado en el asiento de la ventana. Al acercarse, pensó, de forma absurda, que se había olvidado de estudiar los labios de Gideon y encontrar el matiz que su memoria no lograba captar. Al mirar al hombre sin boca que había dibujado en la página, sintió un extraño estremecimiento al darse cuenta de que pronto tendría acceso sin restricciones a esos labios... como su esposa.

Esposa.

Vizcondesa.

¿Esto era real?

No había tiempo para crisis existenciales. Si no se iba antes de que terminara el baile, sería demasiado tarde. Tiró el cuaderno dentro de la valija y la cerró de golpe, echando una rápida mirada al espejo del tocador.

Hubiera querido cambiarse a algo más práctico, pero tendría que hacerlo en el camino. Con una mano recogió las amplias faldas de seda color ciruela y con la otra sostuvo la valija, apagó la lámpara y salió sigilosamente por la puerta.

Gideon había dicho que les tomaría tres o cuatro días llegar a la frontera. Solo necesitaba llevar lo esencial; cualquier otra cosa podría enviarse o comprarse una vez allí. No se permitió pensar en cómo sería recibida la solicitud de que enviaran sus pertenencias más tarde. Esas preocupaciones solo la harían tropezar mientras se apresuraba hacia la salida de servicio, esquivando a algunos empleados con la esperanza de que su velocidad disipara cualquier sospecha.

Las habitaciones del piso inferior estaban casi vacías, ya que todo el personal estaba ocupado en el baile. Afortunadamente, habían dejado las luces encendidas, permitiéndole encontrar su camino hacia la salida. Si alguien andaba cerca, seguramente habría oído el susurro de sus faldas al pasar apresurada.

Salió por la puerta de la cocina y dejó escapar un suspiro de alivio al sentir el aire fresco de la noche. Pero su alivio se convirtió en un grito ahogado cuando una figura enorme surgió de la oscuridad hacia ella.

—¡Buenas noches, muchacha! —retumbó una voz grave. Luego, en un tono más suave y algo apenado, añadió—: Perdón, no quería asustarla.

Rose había soltado la valija en su sobresalto y se llevó una mano al cuello, pero al escucharlo hablar, la punzada de miedo comenzó a disiparse. Gideon debía haber enviado al marqués para encontrarse con ella.

Parpadeó, intentando distinguir su rostro en la oscuridad, y vio que una de las doncellas de la casa se alejaba sigilosamente hacia un lado, sujetando su delantal hecho un lío. El gigante esbozó una sonrisa amplia, con los dientes blancos brillando en la noche.

—¿Va hacia los establos? —preguntó casualmente, agachándose para recoger la valija—. Permítame escoltarla.

Sin otra opción aparente, Rose se apresuró a seguirle el paso, con los ojos todavía atentos, asegurándose de que no los viera nadie. ¿Siempre había brillado la luna con tanta intensidad? Estaba segura de que cualquiera podría verlos desde cualquier ventana de la casa.

—No sabe cuánto me alegra ver que usted y Somers se escapen —comentó con ligereza—. Su prima es encantadora, pero demasiado socialité. Habrían sido una pareja terrible.

—¿Oh? ¿Y qué le hace pensar que yo soy una opción mejor?

El marqués pareció considerarlo mientras llegaban al patio de los establos, donde los carruajes aguardaban a los invitados que salían del baile. Entrecerró los ojos para localizar su destino y luego la guio entre los caballos.

—Es más bien intuición —respondió—. Aunque tengo la impresión de que es más sensata. Menos brillo y ostentación, y con mucho menos interés en descifrar los misterios de la alta sociedad.

—No sé si me está elogiando o insultando, Lord Moorvale —comentó ella con una pizca de diversión—, pero espero que tenga razón.

—La tengo la mayoría de las veces —respondió él alegremente—. Solo prométame que cuidará bien de ese hombre. Carga con el peso del mundo más a menudo de lo que debería.

—No tema, tengo mucha experiencia compartiendo las cargas de mi familia.

El marqués le dirigió una mirada curiosa mientras abría la puerta de un carruaje. Dentro, un cochero anciano dormía plácidamente, con la perra de Moorvale tumbada sobre su pecho. Al abrir la puerta, el viejo gruñó, molesto, y la perra soltó un ladrido entusiasta, saltando directamente hacia el césped.

—Ah, Echo, pequeña sinvergüenza —dijo el marqués, rascando la cabeza de la perra, que respondió con un somnoliento aullido al oír su nombre—. Uno no puede dejarte sola ni un minuto sin que encuentres con quién acurrucarte.

El cochero se incorporó con un amplio bostezo.

—Volvió temprano —gruñó al marqués con sorprendente familiaridad, y luego se volvió hacia Rose con la misma expresión de aburrido desdén—. ¿Y esta quién es?

—Es Lady Somers —respondió Moorvale sin inmutarse—, o pronto lo será. Necesito que lleve a la dama y a su prometido hasta la frontera para que puedan ocuparse de sus nupcias.

Rose se quedó petrificada al escuchar el título Lady Somers. De otro modo, habría protestado diciendo que ese no era el plan que Gideon le había explicado antes de separarse. En lugar de eso, oyó su propia voz responder: —Un placer conocerlo.

El hombre saltó del carruaje y le echó una mirada evaluadora de arriba abajo mientras se sacudía los pelos de perro de la ropa.

—Mi hija es partera —dijo con un marcado acento escocés—. Si necesita ayuda de ese tipo.

A Rose se le cayó la mandíbula, pero el marqués soltó una carcajada y le dio una palmada amistosa en la espalda.

—Tal vez en unos meses, ¿eh, muchacha?

Por suerte, no tuvo que responder, ya que Gideon se acercaba acompañado de un joven que parecía tener la misma edad que Gloriana, sosteniendo un mapa.

Rose lo observó, admirada por lo poco que los eventos de la noche parecían haberlo afectado.

Caminaba hacia ellos con la misma elegancia y control de siempre, como un caballero refinado que daba un paseo casual.

—¡Ahí estás! —exclamó al llegar—. Pensé que habrías recapacitado.

—Todavía no —respondió ella débilmente.

—Moorvale, ¿pero qué demonios? —Gideon se volvió hacia su amigo—. Tenemos que irnos lo antes posible.

—Sí, lo sé —respondió Moorvale sin inmutarse—. El joven Callum es buen conductor, pero Graham podría hacer el camino a Escocia con los ojos cerrados. Y, sin ofender, mis caballos son más rápidos y mejores.

—¿Sugieres que tome tu coche y tu conductor? —repitió Gideon, visiblemente confundido—. ¿Y qué hago con los míos?

—Yo me encargaré, por supuesto. El muchacho y yo recogeremos tus cosas y él las llevará una vez que yo haya iniciado mi encargo.

Gideon miró a Rose, y sus ojos verdes, fríos, captaron un destello de luz de luna al encontrarse con los de ella. Para su sorpresa, se dio cuenta de que él buscaba su opinión.

—Parece razonable —dijo ella, mirando los rostros de aquellos extraños—. Sea cual sea el conductor, tenemos que partir ya.

—Tiene razón —convino Moorvale, arrojando la valija de Rose al carruaje—. No se entretengan. Yo me encargo de los detalles, y el muchacho podría aprender algo bajo mi mando.

Los ojos oscuros del joven se abrieron de par en par, y dio un paso decidido al separarse de su amo.

—Estaré bien —dijo, como si ese fuera el punto clave de la decisión—. Sé cómo regresar a Somerton.

Gideon cerró los ojos un momento, respiró hondo y asintió.

—Está bien entonces —decidió, ofreciéndole la mano a Rose—. ¿Por qué no hacer otra elección audaz esta noche? ¿Rumbo a Escocia a toda velocidad, querida?

Rose sintió que una sonrisa curvaba sus labios, tomando nota del modo en que Gideon probaba un término cariñoso. Colocó su mano enguantada en la suya, más grande, y la calidez de su piel traspasó la fina malla de los guantes.

Inspiró el aire fresco de la noche, y la brisa le erizó la piel desnuda de los brazos mientras la seda ciruela de su falda se agitaba contra sus piernas. Realmente era un momento de aventura, en el que estaba al borde de lo desconocido. Un paso adelante, y todo lo que conocía y había planeado para su futuro cambiaría. Solo un paso adelante.

—Adelante —respondió, y dio ese paso.

Capítulo Ocho

Viajaron en silencio hasta que las luces del centro de Londres empezaron a desvanecerse y, en los anillos exteriores de la ciudad, apenas quedaban una o dos casas iluminadas por legua.

El vaivén del carruaje era más suave de lo que Rose había anticipado, casi como si la meciesen para dormir como a un bebé. Se descubrió evitando la mirada de Gideon, aunque no podía explicar por qué. Nunca había tenido problemas para mirar a los ojos a ninguno de sus dos antiguos prometidos.

Tal vez porque aquellos matrimonios no eran tan inminentes, pensó. Aunque Henry había dejado muy claro, de forma gráfica, las cosas que esperaba en su lecho nupcial. Se sonrojó al recordar lo que él le había murmurado con voz arrastrada y ebria cuando la fecha de la boda se acercaba cada vez más. A pesar de saber lo lascivo que era en realidad, a menudo recordaba aquellas palabras en su cama solitaria y permitía que encendieran una chispa en su interior.

Su segundo prometido, el señor Sheridan, era un hombre mayor que había sido tan casto en su comportamiento con ella que pensó que las fantasías borrachas de Henry serían lo más cerca que estaría de la verdadera intimidad. Si no hubiese muerto de un paro cardíaco antes de consumar el matrimonio, sospechaba que su unión habría sido solo de nombre.

Se estremeció y lanzó una mirada furtiva a Gideon. Él miraba por la ventana, y desde ese perfil Rose pudo apreciar que, tal como le había dicho a Gloriana, era un hombre atractivo. Siempre estaba impecable, como si cualquier indicio de imperfección fuese inaceptable, y esa perfección en su presentación lo hacía parecer impenetrable a pesar de su rostro apuesto.

Sus ojos descendieron hacia las manos de él, descansando sobre sus rodillas. Eran tan elegantes como el resto de su figura, con una manicura impecable y un anillo de sello con una gema en su dedo índice. ¿Serían frías esas manos sobre su piel desnuda en el lecho nupcial? ¿Sus labios serían secos y formales? ¿O habría, tal vez, una llama escondida en Gideon Somers que se revelaría en la intimidad de su alcoba?

Pensó en el boceto que llevaba en su valija, el del hombre sin boca. No había dudado, apenas unas horas antes, en decidir que estudiaría los labios de él la próxima vez que se vieran. Y, sin embargo, ahora, la mera idea de levantar la vista para examinar esos labios la hacía sentir que toda su ropa le quedaba demasiado ajustada, demasiado opresiva.

Deseaba quitarse los alfileres del cabello y dejarlo suelto. Los pendientes de perlas falsas que llevaba se balanceaban al ritmo del carruaje, y cada pequeño ajuste que hacía en su postura le recordaba que seguía fuertemente ceñida con un corsé para poder caber en el vestido de Gloriana.

Miró sus manos y empezó a quitarse los guantes de red negros. Al menos una parte de su cuerpo debería poder respirar. Hizo una bola con los guantes en sus manos y estiró los dedos, disfrutando del aire fresco sobre la piel recién liberada, solo para levantar la vista y encontrarse con que Gideon la estaba observando.

Un cosquilleo de consciencia se extendió por su cuerpo. ¿Por qué había huido con un hombre que guardaba tan bien sus cartas? ¿Nunca sabría qué pensaba en realidad? ¿Sería un matrimonio con un hombre frío mejor que vivir como solterona?

Pensó en la posibilidad de vivir con su madre durante las próximas décadas y decidió que sí, cualquier cosa sería mejor que eso.

—Graham dice que no tomará más de tres días llegar a la frontera —dijo él, rompiendo el silencio como un dardo en el pecho—, aunque sospecho que será más cerca de cuatro.

Rose asintió, buscando desesperadamente algo que decir.

—¿Graham es su nombre o su apellido? —preguntó, absurdamente.

Gideon alzó las cejas. —La verdad, no estoy del todo seguro. Supongo que con alguien como él eso no importa demasiado.

Ella asintió, maldiciendo los nervios repentinos que la habían invadido. Lo siguiente sería empezar a hablar del clima.

—Es probable que no lleguemos a una posada lo bastante lejos de la ciudad hasta la madrugada —continuó él, su expresión mostrando ahora una curiosidad evidente—. Me temo que tendremos que dormir mayormente en el carruaje esta noche.

—No seremos perseguidos, si eso es lo que te preocupa —respondió Rose, ajustándose en el asiento. Pero las ballenas del corsé le presionaban las costillas sin importar cómo se acomodara, y la frustración de su incomodidad se mezclaba con la tensión del momento.

—¡Uf, este maldito vestido! —estalló, girándose en un intento de aliviar la presión—. No podré dormir con esto puesto. Me pincha cada vez que me muevo.

Gideon pareció a punto de reírse; su expresión pétrea se suavizó apenas un poco.

—Supongo que fue mala idea empezar un viaje así con ropa de gala —dijo—. Al menos tú tienes algo para cambiarte. O yo llevo frac toda la semana, o tendré que comprar ropa a alguien en cuanto hagamos una parada.

Rose parpadeó, considerando esto.

—Tampoco he traído una tenacilla para peinarme. Estaré hecha un desastre el día de nuestra boda.

Gideon se reclinó, entrelazando los dedos sobre su abdomen, y dejó que su mirada recorriera el rostro de ella.

—¿Tú? —dijo suavemente—. Lo dudo.

Ella sintió cómo sus mejillas se encendían, y el agradecimiento cortés que debería haber salido de sus labios se quedó atascado en su garganta.

Gideon no apartó la vista de su rostro, un atrevimiento que ella nunca habría esperado de él. Si Gideon Somers hubiera coqueteado así en los salones de baile de Londres, habría conquistado los corazones de muchas jóvenes.

Rose se mordió el labio y desvió la mirada hacia la ventana. Se consideraba una mujer adaptable, pero nunca había estado realmente a solas con un hombre como él, y no sabía qué hacer a continuación.

—Si deseas cambiarte por uno de los vestidos que has traído —dijo él con voz suave y constante—, apartaré la mirada.

Ella convocó la versión más segura de sí misma, la que había sido hace apenas unas horas, y dibujó una sonrisa juguetona que no correspondía en absoluto con las emociones que sentía.

—No puedo quitarme este vestido sola, Gideon. Tendrías que ayudarme.

—Ah —respondió él, inmóvil, su rostro convertido en una máscara inescrutable—. Me temo que no tengo experiencia como doncella. ¿Qué tendría que hacer?

Rose soltó una carcajada sorprendida y sacudió la cabeza. —¿De verdad?

—De verdad —respondió, moviéndose finalmente. Se inclinó hacia adelante con los codos sobre los muslos, sus ojos brillando en la tenue luz de la carreta—. Confieso que los misterios de la vestimenta femenina han despertado de repente mi interés.

¿Se lo imaginaba ella, o su voz sonaba más grave de lo habitual? ¿Había un destello de

depredador en esos fríos ojos verdes?

No importaba. Aunque Gideon Somers fuera un seductor notorio, y no lo era, el deseo de liberarse de ese vestido habría superado su buen juicio.

—Bueno, el vestido se puede quitar por la cabeza, pero con cuidado —dijo—. No es mío, y debo devolverlo a Gloriana sin daños. Quizás si me siento en una esquina y tú en la otra, podamos tirarlo en un solo movimiento.

—¿Y qué hay debajo? —preguntó en voz baja.

Ella se estremeció, una intensa conciencia corriendo por sus extremidades—. Corsés. Si logramos quitar mi vestido, te pediré que los desabroches. Debajo de los corsés está mi chemisier. Puedo poner uno de mis vestidos de viaje sobre el chemisier y estar lo suficientemente cómoda para descansar, apostaría.

Él asintió, señalando a la esquina diagonal a su asiento junto a la ventana.

—¿Comenzamos, entonces?

Ella dudó, con las manos enterradas en sus faldas.

—¿Y tú qué? ¿Vas a dormir con un cravat almidonado y una chaqueta de cola?

—Tenía esa intención, sí —respondió, de nuevo con ese matiz de calidez en su tono al que no estaba acostumbrada—. Pero ahora veo la sabiduría en tener un poco más de libertad de movimiento.

¿Siguió imaginando cosas, o él casi sonrió? Buen señor, de repente parecía muy atractivo, tan intocable y divertido allí en la esquina de esta carreta.

Se llevó una mano al cuello y comenzó a desdoblar su cravat, con la destreza de sus dedos elegantes dándole a ella la más extraña sensación de anticipación. Ver su cuello expuesto mientras apartaba la rígida tela blanca era absurdamente erótico, aunque el cuello de un hombre no era una vista extraña.

Se inclinó hacia adelante para deshacerse de las colas de su chaqueta, y ella se dio cuenta de que contenía la respiración. Se movía con tal fluidez, con tal despreocupación, que se preguntó si estaba siendo tonta, si estaba poniendo un peso innecesario en este intercambio, cuando en realidad solo se trataba de estar lo suficientemente cómoda para descansar.

Dobló la chaqueta y el cravat en pequeños rectángulos ordenados a su lado y suspiró, como si se hubiera liberado de una gran carga. Mantuvo el chaleco puesto, pero sin el cravat, la camiseta de seda que llevaba se descolgaba por el hueco de su clavícula, revelando un atisbo de vello en el pecho. A la luz de la luna, los rizos en su pecho no parecían tener el mismo tono castaño brillante que su cabello, sino más bien un color dorado mate.

Rose reaccionó para evitar ser sorprendida mirando, levantándose lo más que pudo en la carreta en movimiento, apoyando una mano sobre el techo mientras reunía las capas de seda ciruela alrededor de sus caderas. Una vez que sostuvo todo a la altura de la cintura, se dejó caer de nuevo en el asiento con la falda reunida a su alrededor en un charco.

Evitó su mirada mientras se inclinaba hacia adelante, trabajando el tejido recogido en la parte trasera de su vestido sobre sus hombros.

—¿Listo? —preguntó.

—Con tu permiso —respondió, y pudo oírlo acercarse más a ella.

Cerró los ojos y levantó los brazos, permitiéndole trabajar la seda sobre su cabeza. Se quejó en protesta cuando el escote se enganchó en algunos de los alfileres de su cabello, pero él fue gentil y calmado, y en breve estuvo libre de su prisión de ciruela.

No había pasado mucho tiempo desde que el vestido fue arrancado que ya estaba siendo cuidadosamente alisado y doblado en otro de los rectángulos perfectamente elaborados de

Gideon.

Rose le dio la espalda, con el corazón acelerado, y comenzó a quitarse los alfileres más afilados del cuero cabelludo, dejando que los pesados rizos cayeran sobre sus hombros. Sintió que el asiento se hundía detrás de ella mientras él se movía a su lado de la carreta y rápidamente apartaba su cabello para poder aflojar los lazos cruzados de su corsé.

—Hay un lazo donde está anclado el nudo —le dijo—. Suéltalo y toda la armazón podría aflojarse.

—Hmm —dijo, tirando del nudo con cuidado hasta que cedió.

Ella pudo sentir el calor de su aliento agitando la parte posterior de su cuello, y a medida que los corsés se aflojaban, el roce de sus yemas a través del delgado muslín de su chemisier. Mordió su labio para evitar hacer ruido, pero su piel se erizó, un escalofrío la recorrió que no tenía nada que ver con el aire fresco de la noche. Sabía que sus pezones ahora sobresalían a través de la tela de su chemisier susurrante a medida que su cuerpo respondía a su toque. Sabía que si se giraba, él podría ver claramente esta vergonzosa exhibición a través de su ropa interior.

Debería haber sacado un vestido de repuesto de su maleta antes de que esto comenzara, se dio cuenta. Era demasiado tarde ahora.

Si él iba a ser su marido, quizás era mejor que viera su cuerpo todo erizado como piel de gallina ahora en lugar de después. Descubrió, para su genuina sorpresa, que esta idea le angustiaba. Quería presentar una piel suave y sin imperfecciones a Gideon. Quería ser observada solo en su mejor versión.

El corsé liberó su agarre de hierro alrededor de sus costillas, interrumpiendo su angustia con una oleada de alivio. Pudo inhalar su primer aliento verdaderamente profundo en horas, lo que hizo con exuberante gratitud, tres veces seguidas.

Se preparó para girarse y pedirle que sacara su maleta de debajo del asiento, pero en su lugar encontró una cálida manta de lana drapeada sobre sus hombros desde atrás. De dónde había salido, no lo sabía. Quizás era una de las mantas para caballos guardadas arriba. Cualquiera que fuera su origen, era suave y maravillosamente cálida.

La sostuvo, apretando las esquinas alrededor de sí misma mientras se giraba, con los ojos abiertos de par en par, para descubrir que Gideon ya había retrocedido a su asiento original, tan lejos de ella en la carreta como era posible. Su cabello suelto caía sobre sus mejillas mientras parpadeaba, tratando de alejar su sorpresa.

Se miraron en silencio por un momento antes de que ella lograra murmurar un tenuemente agradecido. —Gracias.

—De nada —respondió él, sus ojos aún fijos en su rostro de una manera inquietantemente intensa—. ¿Crees que podrás descansar ahora?

Ella asintió, esta vez una mentira educada surgió fácilmente en sus labios. —Por supuesto —dijo—. Dormiré como un bebé.

Capítulo Nueve

Gideon nunca había esperado tanto el amanecer. Sin embargo, esa mañana no había ninguno a la vista, ya que el fuerte repiqueteo de las gotas de lluvia comenzaba a salpicar las ventanas y el techo de la carreta. La vista afuera era un embrollo de niebla y bruma con borrones indistinguibles de verde y gris mientras trotaban.

No parecía preocuparle a su prometida, que estaba envuelta en un tartán de Moorvale como una mariposa en un capullo. No le gustaba pensar en la punzada de incomodidad posesiva que sentía al verla con los colores azul y dorado del clan ancestral de Sheldon. Se consideraba por encima de tales emociones absurdas y, ciertamente, en esta situación no había motivo para celos mezquinos.

Su cortina de rizos dorados como miel caía sobre la suave lana y sobre sus brazos mientras dormía, sus párpados se movían de vez en cuando. Al principio había parecido inquieta, tras aquel asunto con el desvestirse, pero había caído en un sueño en poco tiempo.

Él podría haber hecho lo mismo si no fuera tan malditamente paranoico de que sus sueños tomarían un giro embarazoso. Cada vez que comenzaba a cabecear, se despertaba de un salto, con el corazón retumbando, preocupado de haber hablado en sueños, dando voz a una serie de sueños que todos tenían a Rose en primer plano, desprovista del modesto beneficio de estar envuelta en un tartán.

Había sido lo suficientemente difícil tratar de ocultar su estado después de haber deshecho su corsé. Buen Dios, no podía haber creado nada más tentador. Después de que ese artilugio tan apretado se aflojara bajo sus dedos, la sensación de su piel cálida a través del tejido susurrante de su chemisier rozando sus nudillos, había dejado que sus atributos más prominentes se movieran de forma tentadora, sueltos sobre su pecho.

Si eso no fuera suficiente, la combinación de tejido translúcido y senos sin atar fue inmediatamente acompañada por ella llenando su voluptuoso cuerpo con varios profundos sorbos de aire, haciendo que su pecho subiera y bajara tan rápido que la hendidura entre sus senos se volvió visible desde su posición sobre su hombro.

Él había agarrado rápidamente la tela de tartán de arriba y la había lanzado sobre ella con tanta rapidez que, para recordarlo, estaba seguro de que había sido una especie de reacción instintiva en lugar de un acto de compasión meditado. De cualquier manera, tuvo que apresurarse de nuevo a su lado de la carreta para ocultar la evidente evidencia de su reacción a esta exhibición de su vista.

El hecho de que en unos días podría ver aún más de ella le hacía dar vueltas la cabeza. Era igualmente misericordioso y frustrante que ahora estuviera oculta tras la tela y el cabello.

Casi como si pudiera sentir la intensidad de sus pensamientos sobre ella, sus pestañas parpadearon, con un bostezo abriéndose paso a través de su cuerpo mientras se estiraba para frotarse el sueño de los ojos. El tartán se hundía alrededor de su cintura y le dio una sonrisa soñolienta mientras sus ojos parpadeaban y se ajustaban a la tenue luz de una mañana lluviosa.

Se dio otro estirón lánguido, arqueando la espalda contra el asiento de la carreta, probablemente completamente inconsciente del espectáculo que estaba creando mientras su cuerpo se tensaba contra el delgado tejido de su chemisier, y se incorporó con el cabello en un desorden salvaje alrededor de su rostro y brazos.

—Dormí, después de todo —suspiró, como si no hubiera esperado hacerlo, y luego—. ¿Está lloviendo?

Él asintió, la acción trajo a su mente que había un hombre montando arriba, expuesto a los elementos. Señor en los cielos, ¡no habían parado toda la noche!

Levantó la mano para golpear con fuerza el techo de la carreta, esperando que Graham pudiera escuchar el sonido sobre el chapoteo del agua y el barro. Cualquier distracción en este momento sería mejor que quedarse atrapado con Rose a la luz del día, con ella vistiendo tan, tan poco.

Ambos se sostuvieron en la pared de la carreta mientras esta se balanceaba para detenerse, presumiblemente desviándose hacia un bache en el camino. Rose tuvo que retirar la mano rápidamente cuando Graham abrió la puerta, entrecerrando los ojos al mirarlos a través de la lluvia que corría de la visera de su gorra.

—Buenos días —dijo Gideon, notando la expresión de labios delgados con la que el conductor los observaba en su estado de desnudez—. ¿Estamos cerca de un punto de descanso? Sería agradable parar y refrescar a los caballos y atender algunos detalles.

—Hay muchos pueblitos por esta zona —respondió Graham—. Denos media hora más, como máximo.

—Eso suena bien. Estoy seguro de que tú también podrías necesitar un descanso.

Graham se encogió de hombros, escupiendo un poco del agua de lluvia que le salpicaba la boca.

—Podría necesitar orinar antes de que sigamos, con su permiso, señora.

Rose levantó una mano como para indicar que no había necesidad de disculpas, y parpadeó con asombro cuando la puerta se cerró nuevamente.

Gideon pensó que él también podría necesitar aliviarse. Quizás estar de pie bajo la fría lluvia ayudaría a aclarar su mente.

—Qué hombrecito tan raro —dijo Rose, mordiéndose un poco los labios para no reír mientras se volvía hacia él—. Está completamente convencido de que estábamos en pleno acto de lujuria aquí dentro.

—Tal vez está en lo cierto —replicó Gideon secamente—. Nos hemos ocupado de desvestirte con bastante torpeza.

—Gideon Somers —susurró ella, envolviéndose en el tartán mientras la carreta comenzaba a moverse otra vez—. ¿Acaso estás intentando ser gracioso?

Él no pudo reprimir una media sonrisa, levantando la barbilla como si se sintiera ofendido—. Señora, creo que me conoce mejor que eso.

Había algo innegablemente cálido en la manera en que ella le sonrió en respuesta.

Se detuvieron casi exactamente a la hora que Graham había pronosticado, aunque se hacía evidente, al aumentar la intensidad y frecuencia de la lluvia, que el camino se estaba volviendo más traicionero. Dos veces las ruedas dieron saltos alarmantes al esquivar baches.

Rose había logrado colocarse un vestido amarillo como margarita sobre la cabeza, pero lamentaba el hecho de que solo había traído zapatillas para sus pies mientras escuchaban el salpicar de barro y agua afuera.

Gideon hizo una nota mental para comprarle un par de botas mientras atendía sus asuntos en ese pueblo y se preguntó si podría dormir un rato antes de reanudar el viaje. De todos modos, necesitarían tiempo para que Graham mismo descansara y los caballos fueran atendidos.

La posada parecía una construcción tambaleante, tan empapada bajo la lluvia que se preguntó si no se derrumbaría en cualquier momento.

Mientras Graham ayudaba a Rose a bajar de la carreta, le gritó por encima del sonido del agua—

¡Mi Meggie es una buena muchacha, por si cambia de opinión! ¡Es muy discreta!

Gideon ni siquiera tuvo tiempo de preguntarse qué podría significar eso, ya que Rose retiró rápidamente la mano y se apresuró a entrar al edificio, sosteniendo su falda a la altura de las rodillas. Él entrecerró los ojos hacia el conductor solo para verlo encogiéndose de hombros y llevándose la carreta hacia el establo.

Lo siguió al interior de la posada, notando de inmediato cuánto más cálido estaba adentro. Un fuego chisporroteaba en ambas esquinas del gran nivel inferior mientras la propietaria levantaba la vista de atender a otros viajeros en su desayuno.

—¡Buenos días! —exclamó animada—. ¡Ya los atiendo en un momento!

Rose apartó los rizos mojados de su rostro y retorció el cabello sobre su hombro, dándole un poco de orden. Había pequeñas gotas de agua en sus pestañas, brillando como diminutas gemas. Le dirigió una sonrisa tenue, sujetándose bien de esa cuerda de cabello.

—Gracias por llevar mi valija —dijo—. Aunque temo que aun así arrastré el dobladillo por el lodo.

—Puedo encargarme de eso, querida —dijo la propietaria, acercándose a ellos mientras metía un trapo en su delantal—. Podemos quitar el barro y secarlo junto al fuego, ¿hmm? Y parece que también querrás un baño caliente.

—Oh, eso sería encantador —suspiró Rose, volviendo esos ojos dorados hacia Gideon—. ¿Tenemos tiempo? Así Graham podría descansar un poco, ¿no?

—¿Quieren una cama para su sirviente también? —preguntó la propietaria, apoyando sus manos en sus generosas caderas. Les sonrió a los dos, fijándose sin disimulo en la vestimenta arrugada de Gideon—. ¿Van camino a Gretna Green, verdad?

Gideon se quedó helado, sintiéndose de repente como cuando su abuela lo sorprendía robando dulces. ¿Cómo lo sabía?

Fue Rose quien intervino con una ligera risa y una mano en su brazo, enroscando su mano en su mechón de cabello.

—Estamos casados desde hace tiempo, me temo. En realidad, la culpa es mía por olvidar pedir que trajeran el baúl de mi esposo a la carreta. Siempre olvido algún detalle u otro, pero él me soporta de todos modos. Quizás mientras yo me baño, usted podría ayudarlo a conseguir algo que ponerse para el resto de nuestro viaje.

La posadera entrecerró los ojos hacia Rose, con una expresión de escepticismo evidente en su rostro.

—Puedo hacerlo. Entonces, ¿van a compartir habitación, el señor y la señora...?

Hubo un pesado silencio, la obstinada mentira colgando entre los tres.

—D'Aubrey —respondió Rose, su voz aun manteniendo un sorprendente tono casual—. Solo necesitamos refrescarnos por unas horas y quizás comer algo. ¿No es así, cariño?

—Oh. Sí, por supuesto —intervino él, disfrutando la forma en que sus ojos brillaban ante su extremadamente frágil artimaña. Le gustaba tanto que se encontró deseando unirse a la farsa—. Menos mal que empaqué la bolsa de monedas, ¿eh? Siempre se olvida de algo.

Rose bajó la mirada al suelo, sus mejillas sonrojándose mientras contenía la risa. Gideon sintió un absurdo estallido de orgullo al complacerla.

—Por aquí, entonces —dijo la dueña con un buen humor y un giro de ojos. Hizo un gesto para que la siguieran y guio a la pareja por la escalera de madera crujiente.

Mientras seguía a las dos damas, Gideon pensó que quizás era capaz de ser divertido después de todo.

Capítulo Diez

¿Había algo tan lujoso como hundirse en una bañera de agua caliente y fragante mientras la lluvia golpeaba las ventanas afuera? Rose se hundió tan bajo como pudo, dejando que su cortina de cabello cayera sobre el borde de la tina de cobre, y dejó que las curvas del vapor la envolvieran. El golpeteo de las gotas de lluvia era apenas audible, pero podía escucharlo de todos modos, aliviando la tensión de sus cansados músculos.

Se encontró tarareando una melodía, salpicando sus dedos en el agua.

Desde que se había levantado esa mañana, había estado esperando que la ansiedad se apoderara de ella. Ciertamente, pensó, una vez que estuviera completamente despierta, la realidad de lo que había hecho le golpearía. Quizás cuando el carruaje se detuviera o pisara suelo firme, llegaría ese momento. Pero nunca llegó.

Incluso ahora, desnuda como un gorrión en una habitación sobre una taberna, con Gideon Somers roncando en las almohadas de lino detrás de una delgada puerta de madera, no llegó para ella. No había una oleada de preocupación o miedo, ningún momento repentino de horrorizada realización de la necedad de su decisión precipitada.

Era cierto que su familia se enojaría con ella. Sospechaba que su madre estaría más molesta por no haber estado involucrada en la decisión que por el hecho de que Rose se hubiera fugado como concepto. El tío Reg probablemente se sentiría traicionado, lo cual dolía. Quizás, con el tiempo, llegaría a darse cuenta de que era lo mejor.

Gloriana, por supuesto, estaría silenciosamente agradecida. Al menos debía estarlo. Rose sospechaba que podría darse cuenta de su error una vez que experimentara de verdad cuán competitiva era la vida matrimonial.

Se dio cuenta de que estas cosas le parecían triviales en ese momento. Iba a casarse con un buen hombre, uno que siempre había actuado con honor. Quizás incluso podría llamarlo amigo, después de todos estos años. Gideon era firme y confiable. Iba a ser un esposo maravilloso.

Por fin iba a ser la dueña de su propia vida.

La puerta opuesta a donde Gideon se había quedado dormido chirrió al abrirse y la Sra. Pettigrew, la casera, asomó la cabeza. —He traído toallas y algunas cosas para su joven —dijo—. ¿Puedo entrar?

—Por supuesto —respondió Rose, demasiado relajada para preocuparse por hundirse más en el agua. Con una madre como la suya, nunca había tenido mucho espacio para desarrollar un sentido agudo de modestia.

La Sra. Pettigrew sonrió con alegría y entró con una cesta de cosas en la cadera, que luego utilizó para empujar la puerta y cerrarla. Dejó la cesta en el suelo y echó un vistazo rápido a la habitación contigua antes de asegurarse de que la puerta entre ambas estuviera tan firmemente cerrada como la que daba al pasillo.

—¿Profundamente dormido, eh? —preguntó en voz baja, girándose para sonreírle a Rose. Su expresión cambió al ver la abundante cabellera que caía por el borde de la tina, sus ojos se abrieron y sus labios se separaron en sorpresa—. ¡Vaya, qué hermosa melena dorada tienes!

Rose se rio. —¡Eres bienvenida a ella! Tengo ganas de cortarla toda en cuanto llegemos a Yorkshire.

—Ah, no lo dices en serio. —La casera se apoyó en la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho

—. Conozco a muchas chicas que pagarían un buen precio por un cabello como ese.

—Lo digo en serio, de hecho. —Rose inclinó la cabeza para encontrar la mirada de la Sra. Pettigrew—. Hay muchas mujeres a la moda que llevan el cabello a la altura de los hombros estos días, y el mío es un gran y pesado estorbo. De hecho, si te interesa cortarlo por mí, puedes venderlo a alguna de estas chicas.

Las comisuras de los labios de la casera se movieron. —Podría hacerlo, y no te equivoques. Hay un peluquero en el pueblo que cantaría una dulce canción por él. Pero, ¿qué pensaría el señor d'Aubrey?

—¿El señor d'Aubrey? ¡Oh! ¿Gideon? —se rio, alcanzando la pastilla de jabón que descansaba en el borde de la tina—. Dudo que siquiera notara la diferencia.

—Apostaría a que sí lo haría. Mi señor Pettigrew siempre ha amado correr sus dedos por el largo de mi cabello. —Miró al vapor, suspirando suavemente.

Rose hizo un ruido no comprometedor, trabajando para hacer espuma con el jabón. No podía imaginar a Gideon corriendo sus dedos por su cabello. Esos dedos cálidos y hábiles que habían deshecho tan delicadamente las cuerdas de su corsé la noche anterior seguramente solo se enredarían y perderían entre su cortina de cabello, si es que siquiera tenía ganas de hacer algo así. ¿Tendría? Dudaba. No importaba cuán romántico pudiera parecer el escenario a una anciana nostálgica que les alquilaba una habitación, se habían escapado juntos para ser convenientes el uno para el otro. Aunque Gideon aún no había revelado qué tipo de escándalo necesitaba una esposa para apaciguar, Rose estaba segura de que una vida de libertad y seguridad la ponía bien adelante en su trato.

A menos que fuera un asesinato. Seguramente Gideon no había asesinado a nadie. Quizás a esa hermana suya, sin embargo...

—Hagamos esto —interrumpió la Sra. Pettigrew, cortando el viaje mental de Rose hacia los secretos lascivos de la Casa Somers—. Iré a buscar mis tijeras y un rizador y te lo arreglaremos frente al fuego de abajo. A cambio, tu joven tendrá acceso a cualquiera de las prendas que dejó mi hijo cuando se fue con su amante, y no les cobraré por la habitación y la comida durante la noche.

—¡Oh! Bueno, sí, ¿cómo puedo rechazar una oferta así! —Rose se sentó y se llevó una mano al cuero cabelludo, una explosión de energía nerviosa surgiendo en su pecho—. ¿Debo lavarlo ahora y peinarlo? No exagero sobre su peso.

—¡También traeré mis peines! —dijo la casera, con las mejillas sonrojadas de emoción—. ¡No tardaré!

Rose suspiró, levantando su cabello sobre su brazo y dejándolo caer en el agua—. Alguien lo apreciará más que yo —dijo en voz alta, tomando una bocanada de aire y sumergiéndose en el agua con el jabón apretado en su puño.

Los mechones rubios flotaban alrededor de ella como un monstruo marino de lino. Con las rodillas dobladas para encajar en la tina, no habría sido difícil que se envolviera alrededor de su cuerpo. Oh, cómo estaba lista para deshacerse de él.

¿Notaría Gideon el cambio? ¿Podría incluso sentirse decepcionado, como había sugerido la mujer mayor? Rose no podía imaginarlo. Mientras se presentara aceptable ante la mirada crítica de aquellos que determinaban el estatus de una persona, probablemente la encontraría satisfactoria.

Cuando conoció a Gideon, él había sido más suave de alguna manera, menos armado. Siempre había sido un tipo serio y nunca tan coqueto o exuberante como su primer prometido, Henry St. Claire. De hecho, era tan opuesto que no sorprendió a nadie cuando los dos hombres pasaron de

ser amistosos a evitarse abiertamente. Nunca supo qué había causado su ruptura, pero habiendo conocido a ambos hombres, no era difícil imaginar a Henry haciendo algo que Gideon considerara completamente inaceptable.

Salió del agua con un pequeño suspiro de aire y comenzó el largo proceso de hacer espuma en sus mechones por secciones, con sus dedos jabonosos tomando el ligero aroma del jabón casero que le habían dado.

No podía recordar ahora si la ruptura entre Henry y Gideon había sucedido antes o después de que el anciano Lord Somers hubiera muerto. Había sido un asunto triste, y las lenguas más maliciosas de la alta sociedad habían disfrutado al susurrar a sus espaldas sobre cómo el ebrio vizconde Somers se había quedado dormido en un banco del parque tras una noche de juego y simplemente se había congelado, siendo encontrado por niños de la calle y prostitutas a la mañana siguiente.

Que alguien pudiera reírse sobre un hombre con quien habían compartido cenas y conocido durante décadas muriendo de forma tan absurda debería haber sido impactante, pero así era la élite.

Henry no era mucho de chismes, pero tampoco era particularmente un baluarte de empatía. Había hecho varios comentarios crueles sobre su propia familia durante su breve compromiso que insistía eran bromas inofensivas, por lo que no le sorprendería si había dicho algo imperdonable a Gideon mientras estaba de luto.

Ah, Henry. Era indudablemente una tragedia que hubiera muerto joven, pero Rose no podía evitar sentirse un poco aliviada de no haber encontrado su vida ligada a la suya. Podría haber sido joven en ese momento, pero era lo suficientemente mayor para saber que no era para ella.

Cuando se enteró de que lo habían retado a un duelo por comprometer el honor de otra chica, se sintió traicionada, sí, pero no particularmente sorprendida. Y aunque había llorado por no haber sobrevivido a la prueba, nunca estuvo realmente segura de si había llorado por Henry o por la vida que estaba a punto de no existir más.

No se juzgaba demasiado severamente por ser joven y deslumbrada y haber caído por un hombre que conocía todas las maneras de hacer que una chica se desmayara. Incluso entonces sabía que Henry no sería un gran romántico y que probablemente tendría un séquito de amantes instaladas entre su mansión en el campo y la casa de la ciudad en Londres. Eso no le había molestado en ese momento. Incluso había pensado que quizás sería un alivio poder estar a sus anchas en una casa de campo mientras su marido se satisfacía en otro lugar.

Gideon no tenía amantes. De eso estaba completamente segura.

Echó un vistazo a la cesta de ropa de hombre hecha a mano que estaba contra la puerta que comunicaba con el dormitorio. Así que el señor d'Aubrey, pensó con una sonrisa.

Cuando volvió a sumergir la cabeza bajo el agua, los pensamientos de Henry parecieron deslizarse directamente de la cima de su cabeza. Los que quedaron fueron exprimidos junto con las burbujas de jabón. Quizás había un verdadero baúl de recuerdos desagradables encerrado en este legado de cabello, y pronto estaría completamente libre de él.

El señor Pettigrew, resultó ser un gran talento con el violín. Su música era agrídulce, con la armonía de las gotas de lluvia marcando el compás.

Su esposa charlaba mientras trabajaba, primero trenzando el cabello de Rose en una gruesa trenza, luego atando un lazo justo debajo de donde habían acordado cortarlo. Tal como había esperado que la angustia se apoderara de ella por su fuga, Rose aguardaba que el arrepentimiento y el miedo se acercaran a ella mientras su cabello era cortado, y, al igual que antes, nunca llegó.

Quizás todo había sucedido demasiado rápido, y el hecho de que la peinaran con las tenazas calientes tomó solo un momento, en lugar de las horas a las que Rose estaba acostumbrada. El cielo gris y la caída opaca de la lluvia crearon un reflejo en las ventanas de la posada tan bueno como cualquier cristal plateado, y se encontró incapaz de resistir la tentación de revisar su apariencia una y otra vez.

Se sintió como si le hubieran quitado a una persona entera de la espalda. Tuvo que resistir el impulso de mover la cabeza de un lado a otro y dejar que los rizos rebotaran sobre sus mejillas. ¡Qué delicioso sentimiento de liberación!

Graham, quien había entrado a disfrutar de un tazón caliente de potaje y un poco de vino caliente, la miraba entrecerrando los ojos durante todo el proceso, pero no estaba segura de si era una expresión de desdén o aprobación.

Cuando el trabajo estuvo hecho, pidió la misma comida que él estaba disfrutando y se unió a él en la robusta mesa de roble donde estaba sentado.

—Me habría imaginado que preferías la cerveza al vino —dijo alegremente.

Él frunció sus cejas grises y espesas y dio un gruñido. —Nunca, chica. El vino es como el amor; distinto, variado y eterno.

—¿Ah, sí? —se rio, asintiendo en agradecimiento mientras le traían su comida. —Siempre he pensado que solo era una de dos cosas: tinto o blanco.

Él sacudió la cabeza con pena. —Quizás naciste con una lengua inferior.

Ella probó el vino caliente, cerrando los ojos como si quisiera obtener algo de complejidad del sabor. Desgraciadamente, simplemente sabía a tinto. —Probablemente sí —admitió—. Y con un padre francés también.

—No sabía que su padre era francés —dijo una voz masculina desde detrás de ella.

Se volvió a tiempo para ver a un apuesto hombre del campo con despeinados cabellos rojos acercándose a su mesa. Parpadeó con asombro, incapaz de aceptar de inmediato las facciones severas de Gideon con su cabello esponjoso y sin peinar y su ropa económica. Incluso la forma en que se movía parecía menos formal de lo habitual al retirar una silla y sentarse.

¿Siempre habían sido tan verdes sus ojos? Su cabello parecía más claro, como cobre bruñido en rizos sueltos alrededor de su rostro. Por alguna razón, sintió que un rubor se acumulaba en sus mejillas al verlo así, como si Gideon sin la armadura de su formalidad estuviera casi a la altura de Gideon desnudo.

—Debo admitir que estoy hambriento. ¿Cuánto tiempo he dormido? —continuó, tan casual como podía ser, mirando hacia el cielo oscurecido, aún confuso por la lluvia. —El agua de la bañera todavía estaba caliente. Espero que no te moleste, pero aproveché.

—Solo un par de horas —dijo Rose, su voz saliendo un poco más que un susurro, atrayendo miradas curiosas de ambos hombres. Se aclaró la garganta, concentrándose en mojar su cuchara en la comida. —Sin embargo, he organizado para que nos quedemos durante la noche. Y quizás deberíamos hacerlo, hasta que pare de llover.

Graham se encogió de hombros. —A mí no me importa. Las carreteras estarán fangosas tanto ahora como después. Así es como va la primavera.

Sin embargo, Gideon estaba mirando a Rose, con una contemplación tranquila en su rostro. —Has cambiado tu cabello —dijo suavemente.

—Um, sí —logró decir, mirándolo con la esperanza de que su rostro no estuviera lleno de disgusto. Él se había dado cuenta, después de todo.

—Te queda bien —dijo, inclinando la cabeza mientras examinaba el efecto. —Es encantador. Despreocupado.

—Gracias —murmuró, apenas logrando una sonrisa antes de volver a su comida. ¿Despreocupado? ¿Realmente él la encontraba demasiado cargada antes? ¿De verdad pensaba que era encantador ahora, y por qué de repente le importaba tanto?

¿Por qué estaba actuando así? De repente se sintió como una niña torpe en compañía de su primer enamoramiento. Podía sentir esos ojos tan verdes sobre ella, el aura de curiosidad alrededor de la mesa.

—Mi padre era de Burdeos —dijo, aferrándose al tema menos sugerente disponible. —Huyó a Inglaterra durante la guerra y era bastante mayor cuando se casó con mi madre. Murió cuando aún era un bebé en brazos, pero como le decía al señor Graham aquí, parece que no heredé su fino paladar francés.

—¿Oh, no? —respondió Gideon, aceptando su propia comida de la Sra. Pettigrew. —¿Y Graham es un sommelier práctico, entonces?

—Podría haberlo sido —respondió Graham defensivamente—. Pero hay algo que decir sobre una chica que está feliz con las cosas baratas, ¿eh?

Rose suspiró en una indignación fingida. —¡Te haré saber que tengo un buen gusto en otros aspectos!

—Sí —asintió Graham, mirando entre ella y Gideon. —Creo que sí.

Capítulo Once

No debía mirarla. Gideon se lo recordó tantas veces a sí mismo que perdió la cuenta. Mientras comían algo parecido a un almuerzo, Graham sacó un juego de dados y propuso enseñarles a los dos su variación particular de Hazard.

Como iban escasos de dinero, Rose había pedido botones a la propietaria del establecimiento para usarlos en lugar de monedas. Ella aceptó encantada y, además, se sentó con ellos para unirse al juego. A medida que avanzaba, quedó claro que las dos mujeres eran mucho más despiadadas que los hombres, acumulando una cantidad impresionante de botones en sus respectivos montones.

Rose parecía insegura sobre su apariencia con el cabello más corto cuando él había bajado por primera vez, pero tal vez unos cuantos vasos de vino especiado le habían calmado los temores, ya que ahora parecía mucho más alegre y con las mejillas rosadas. Era un verdadero reto evitar mirarla con admiración ininterrumpida.

Quizás esa era la razón por la que estaba perdiendo tan mal en este juego. Suspiró mientras lanzaba otra mala jugada y veía cómo sus botones se deslizaban hacia el otro lado de la mesa.

Graham murmuraba cosas indistintas sobre las mujeres y los franceses cada vez que perdía una ronda.

Ella parecía angelical y libre, con delicados mechones de su cabello rubio dorado rozando las redondeadas mejillas. Nunca se había visto tan hermosa en los pulidos salones de baile de Londres como lo hacía eclipsada por la luz de la chimenea en esta posada de carretera. Era difícil aceptar que pronto sería su esposa. Porque, en la experiencia de Gideon, cualquier cosa que parecía demasiado buena para ser cierta, inevitablemente decepcionaba.

Quizás por eso aún no le había hablado de Heloise. Había ido a su hogar en busca de una esposa conveniente para cumplir un propósito y, en cambio, había encontrado a la mujer por la que había suspirado todos esos años atrás. Aquella a la que había evitado deliberadamente para mantener la cabeza fría tras la vergüenza de su familia.

No se hacía ilusiones de que ella hubiera aceptado por un gran afecto hacia él. Rose había estado al borde de convertirse en una solterona de por vida, y ambos lo sabían. Solo una desesperación por evitar esa vida haría que una mujer como ella aceptara la propuesta que él había hecho tan abruptamente, sin siquiera conocer la causa de su prisa.

Y ahora estaban allí, perdiendo una tarde lluviosa en algún rincón olvidado de Inglaterra jugando a los dados, quizás un poco más ebrios de lo que deberían.

El baño frío que se había dado al despertar le había dado unos momentos de claridad mental, pero esas cosas no duraban. Sabía que debería estar ansioso por retomar el camino, pero alguna

parte de él deseaba que pudieran quedarse allí, lanzando dados y hablando de nada, por el resto de sus vidas.

En ese momento, podía imaginar que eran aldeanos, tal vez un granjero y la hija robusta del herrero local, que habían encontrado camaradería y esparcimiento en la taberna del pueblo en una tarde de primavera lluviosa. Claro que, con esta línea de pensamiento, se encontró preguntándose si el granjero eventualmente llevaría a la hija del herrero al pajar, y volvió a desear un baño frío.

¿Cómo iba a sobrevivir la noche compartiendo una habitación con ella?

Cuando la posadera se disculpó para atender la cena de los pocos huéspedes y lugareños, Graham hizo lo propio, alegando que necesitaba revisar los caballos y asegurarse de que los estaban atendiendo adecuadamente.

Y ahora estaban solos, uno al lado del otro en la sólida mesa junto a la chimenea, ambos quizás un poco mareados.

Ella se inclinó hacia adelante en la mesa, apoyando la cabeza en su mano, y lo observó con una sonrisa perezosa en su preciosa boca. —Me sorprende, señor d'Aubrey —dijo, usando el nombre con el que la posadera lo había llamado varias veces.

—¿De verdad? —Estaba genuinamente sorprendido al escucharlo—. ¿Cómo la he sorprendido, señora d'Aubrey?

Arrugó la nariz, soltando el brazo que sostenía su cabeza para tomar otro sorbo de vino. —No me llames así. Así llamo a mi madre.

—¿Preferirías que te llamara Lady Somers? —preguntó suavemente, preguntándose si eso la complacería tanto como a él.

—Mmm, pronto —permitió—. Quizás esta noche solo llámame Rose.

—Rose —repitió, sintiendo con claridad el latido de su corazón al pronunciar su nombre de pila—. Es un nombre hermoso.

—¿Lo es? —sonrió con picardía. Su mano se deslizó por la mesa, sus dedos rozando los nudillos de él—. ¿Debería devolverte el cumplido?

Se quedó inmóvil, sintiendo cómo el calor se extendía desde su muñeca cuando ella acarició los dedos sobre el dorso de su mano. —Si quieres —dijo, sin saber qué otra respuesta dar. Nunca había sido objeto particular de cumplidos por parte de las mujeres, y menos de ella. ¿Qué habría de halagador en un hombre, después de todo?

Ella sonrió para sí misma, mirando su mano y luego levantando lentamente sus ojos dorados para encontrarse con los de él. —No te reconocí cuando bajaste antes. Pensé que eras un apuesto lugareño que había llegado a nuestra mesa por error.

Rio. No pudo evitarlo. Sintió cómo su rostro se iluminaba con una sonrisa y la diversión burbujeaba a la superficie, viendo cómo su expresión se volvía curiosa en respuesta. Nadie lo sorprendía tanto como Rose d'Aubrey.

—Gideon —dijo ella en un susurro, deslizando su mano bajo la de él para entrelazar sus dedos—. Creo que nunca te había oído reír.

—Oh, vamos —dijo, con la sonrisa aún en el rostro—. Eso no puede ser cierto.

—Lo es —insistió, inclinándose más cerca y usando su mano libre para trazar la curva de sus labios—. Tu boca... —murmuró, mientras lo observaba.

No pudo resistirlo un momento más. Sin pensar en las consecuencias, se inclinó sobre la mesa, hundiendo su mano en ese halo de suave cabello dorado, y acercó sus labios a los de ella.

Pudo saborear la sorpresa en sus labios, acentuada por el vino especiado que aún persistía allí. Ella se suavizó casi de inmediato, apretando sus manos entrelazadas mientras dejaba que esos bonitos ojos se cerraran suavemente.

La cabeza le daba vueltas de deseo y satisfacción, con la suavidad de sus rizos desliziéndose entre sus dedos mientras ella se inclinaba hacia él, permitiéndole saborearla así, en medio de toda esa gente extraña. Ansiaba profundizar el beso, deslizar su lengua entre sus labios y probarla más intensamente, pero no podía. No así, por mucho que lo deseara.

Se apartó a regañadientes, trazando la curva de su mejilla con el pulgar y fijando su mirada en la de ella. Había deseado hacer eso durante tanto tiempo, y no lograba descifrar la expresión en su rostro después de aquel momento.

Parecía como si toda la sala hubiera ralentizado su ritmo, como si cada ojo en el edificio estuviera sobre ellos. El fuego parecía más ruidoso, y las gotas de lluvia más insistentes.

Reunió toda la fuerza que tenía para recostarse de nuevo en su asiento, dejando que su mano cayera de su hermoso rostro, aunque mantuvo sus manos entrelazadas sobre la mesa.

—Quizás después de todo es usted un desconocido —dijo ella tras un momento, con una pequeña sonrisa juguetona asomando en las comisuras de sus recién besados labios—. Pero estoy disfrutando mucho de su compañía, señor d'Aubrey.

Capítulo Doce

La había besado. La había besado de verdad.

No sabía por qué estaba tan aturdida. No era solo el efecto del vino, o ya lo habría sentido antes de que él acercara su boca a la suya. Tampoco era que nunca hubiera besado a un hombre antes. Henry aprovechaba cada momento de privacidad para repartir su muy húmeda atención por toda su boca.

Esto había sido... esto había sido algo completamente diferente.

Si no estuviera un poco nublada por el alcohol, imaginaba que podría terminar ese boceto de él esta misma noche con facilidad. Ah, pero tal vez eso simplemente significaba que necesitaba algunos besos más para una investigación completa.

En lugar de decir algo seductor, le susurró: —Me besaste —como si él no lo supiera.

Él volvió a sonreír. Santo cielo, pero qué sonrisa. Gideon Somers era un hombre completamente diferente esta noche. Tal vez cuando llegaran a Somerton, podría hacer que toda su ropa elegante y de moda fuera quemada en el campo en favor de prendas locales. ¿No podía hacer eso la dama de la casa?

Sintió el impulso de arrastrarse hasta su regazo y exigir más besos de inmediato. Si tan solo no estuvieran rodeados de una maldita multitud de personas.

—Quizá debería hacerlo otra vez —decidió, mordiéndose el labio inferior mientras alzaba la mirada para encontrarse con la suya—. Pero en nuestra habitación, donde no tengamos un público tan entusiasta.

Él dudó, mirándola con lo que parecía ser un choque mudo. Se tomó un momento para tranquilizarse, alcanzando silenciosamente otro sorbo de vino.

—¿Bueno? —lo instó ella—. ¿Acaso no quieres? —Se dio cuenta de que sonaba un poco caprichosa. Quizás había más de Gloriana en ella de lo que había creído.

—Eso suena como una propuesta peligrosa —respondió él con calma, recostándose en su endeble silla de madera—. Más bien pensaba que sería mejor si durmiera esta noche en los establos con Graham, donde estarás a salvo de cualquier impulso de canalla.

—¿A salvo? —sonrió—. Como si todavía fuera una ingenua bajo el ala de mi madre. Gideon, ya hemos huido juntos. Mi supuesta virtud es cosa del pasado.

—Estás arrastrando un poco las palabras —dijo él con afecto, acercándose para apartarle un mechón de cabello de la frente—. Quizá al menos puedo llevarte a la cama de forma segura.

—¿Y arroparme como a una colegiala traviesa? —hizo un puchero. Sí, definitivamente estaba canalizando a su prima en ese momento. ¡Por Dios, pero ¿había actuado así alguna vez? Siempre pensó que Gloriana se menospreciaba al actuar como una niña mimada, ¡pero en realidad era bastante divertido!

—Eres lo más alejado de una colegiala que podría imaginar —le aseguró él, apartando su silla y poniéndose de pie, ofreciéndole una de esas elegantes manos—. Pero me temo que estoy muy comprometido con ser un caballero.

—Humpf —dijo, pero aceptó su mano de todos modos. Dejó que él la ayudara a ponerse de pie, y se apoyó en el impulso para tropezar contra su pecho, con los brazos descansando en sus hombros mientras sus cuerpos se acoplaban el uno al otro—. Oh, ¡diantres! —suspiró—. Qué torpe.

Sabía que la gente los estaba mirando. Sabía que era exactamente el tipo de cosa que lo hacía retorcerse de incomodidad también. Pero había algo que encendía una chispa de diversión en ella al ver cómo los clientes se daban codazos y asentían hacia la joven pareja. Le encantaba saber que se presentaban como un par de enamorados sin remedio, que habían huido juntos para casarse en contra de los deseos de sus padres.

Era una historia mucho más romántica que la realidad práctica. Además, estaba encontrando tanto que le gustaba del hasta ahora frígido Lord Somers, que quizá para cuando llegaran a Escocia, sería la chica enamorada y tonta que los aldeanos veían esta noche. Por el momento, sus hombros se sentían tan fuertes bajo la tosca tela de su ropa prestada.

Se acercó más, disfrutando de la calidez de su cuerpo contra el suyo, y se encontró acariciando la solapa de su camisa. Qué tentador se veía el hueco de su garganta en ese momento. Se humedeció los labios, preguntándose a qué sabría.

—Cristo —gruñó entre dientes—. Vamos, entonces.

Reprimió las ganas de reírse, permitiéndole guiarla de la mano hacia la escalera. La señora Pettigrew les lanzó un guiño al pasar y se rio por ella.

Hizo su mejor esfuerzo por no tropezar mientras intentaba seguir el ritmo, pero él estaba dando pasos sorprendentemente largos mientras la arrastraba, subiendo la escalera de madera y girando a la derecha hacia sus habitaciones.

—¡Gideon! —jadeó, tropezando hacia adelante en la habitación mientras él abría la puerta de un empujón y la cerraba de una patada.

—Rose —respondió cortésmente, luego la empujó contra la puerta que acababa de cerrar, presionando la totalidad de su cálido y fuerte cuerpo contra el de ella, suave y flexible, mientras inclinaba sus labios sobre los de ella nuevamente.

Esta vez, la sostuvo firmemente por las caderas contra la puerta de madera mientras sus pulgares hacían pequeños círculos de exploración. Esta vez, sintió sus dientes rozando sus labios y el destello de una lengua caliente y exigente reclamando acceso a la suya.

Una oleada de calor estalló en su vientre, trepando hasta sus pulmones y extendiéndose por sus brazos y piernas. No recordaba ni siquiera haber alzado sus brazos hasta sus hombros, pero ahora estaban aferrados a la parte posterior de su cuello, enredándose en esos suaves rizos cobrizos que caían tan encantadoramente sobre su frente esta noche. Se encontró abriendo la boca, no solo para aceptar las exigencias de su beso, sino para explorar también el sabor de él.

Cuando él gimió en su boca, sintió una ola de algo parecido al mareo invadiendo su cuerpo, aunque nunca se había sentido tan anclada en un lugar.

Todo su cuerpo ardía ahora. No había principio ni fin al calor que fluía a través de ella; la había envuelto por completo. El muslo de Gideon se deslizó entre sus piernas, sujetándola con más firmeza contra la áspera puerta de roble, y sus manos viajaron hacia arriba para explorar la curva de su cintura y la suavidad de su vientre a través de un vestido que no llevaba corsé para contenerla.

Sus manos se detuvieron justo debajo de sus pechos, y pudo oír cómo su respiración se quedaba atrapada en la garganta cuando el peso de ellos rozaba apenas las esquinas de sus inmóviles dedos.

Quizá nunca había deseado nada tanto en su vida como que Gideon Somers olvidara su firme dedicación a ser un caballero y la manoseara como un borracho lascivo arrinconando a una camarera.

Se separó del beso para buscar sus ojos, con la boca anhelante de más de él. Sentía la vacilación en él y quería disiparla de algún modo. En este momento, no tenía palabras, así que en lugar de

eso deshizo sus dedos de su cabello y deslizó sus manos lentamente por su garganta y hombros, siguiendo las firmes líneas de sus bíceps hasta donde sus manos descansaban sobre ella.

—Rose —dijo él con voz ronca, en lo que sonaba sospechosamente como el comienzo de una disculpa.

No quería eso. Cualquier cosa menos eso. Ella le sujetó las muñecas y las levantó más arriba, sobre los costados de sus pechos abundantes, mientras mantenía su mirada—. Quiero que me toques, Gideon. Tócame.

—Ah, demonios —murmuró él, sorprendiéndola lo suficiente como para que su boca quedara abierta cuando él se lanzó de nuevo a besarla y permitió que sus manos descendieran sobre sus pechos a través de su ropa. Los tomó firmemente, y ella se dio cuenta de repente de que lo que sentía presionando contra su cadera era una erección.

El hecho de que pudiera provocar que alguien tan reservado como Gideon Somers se excitara, que desatara un deseo primitivo en su parte más íntima, ahora palpitante contra su cuerpo... la hizo sentir mareada. La hizo preguntarse si era alguna belleza mítica o si todas las mujeres tenían este poder. Se preguntó cómo reaccionaría él si ella también lo tocara.

Quería hacerlo. Y lo haría, pero no por otro momento, mientras sujetaba sus muñecas y él comenzaba a amasar y pellizcar sus pechos, encontrando las puntas rígidas de sus pezones a través de la tela de su vestido sobrio. Le enviaba las sensaciones más increíbles, y la hacía desear nada más que deshacerse de su ropa para que él pudiera tocarlos como debía.

—Llévame a la cama —susurró contra su boca, arqueando la espalda mientras él rozaba sus pezones con los pulgares—. Quiero quitarme la ropa.

—Oh, Dios en el cielo —gimió él, apartándose de ella de repente. Se pasó las manos por el cabello, respirando profundamente mientras miraba cualquier parte de la habitación excepto a ella.

—¿No quieres que me quite la ropa? —preguntó con curiosidad—. Supongo que podría dejarme la camisola si eso es más adecuado. Nunca he hecho esto antes.

—¡No deberías estar haciéndolo ahora! —replicó él, al borde de la histeria. Era evidente por la tensión en su cuerpo y la obstinada protuberancia en sus pantalones que su mente y su cuerpo estaban en guerra—. ¡Aún no estamos casados, Rose! ¿Y si quedaras encinta?

—Gideon, no creo que a los chismosos del pueblo les importe que el bebé nazca dos días antes de nuestro aniversario de nueve meses, si llegara a eso —dijo ella con una risita—. Estamos casi casados. Solo tenemos que encontrar a algún herrero escocés para hacer una ceremonia de cinco minutos. Nada de importancia cambiará en esos cinco minutos.

Él parecía completamente desvalido, con los ojos desorbitados y respirando con dificultad. Vacilante, levantó la mirada para encontrarse con la de ella—. ¿No... no quieres esperar a tu noche de bodas? ¿Acaso no sueñan todas las chicas con su noche de bodas?

—Las dos últimas veces que esperé mi noche de bodas, el novio murió antes de poder decir sus votos —le recordó, dando un paso adelante para cerrar la distancia entre ellos—. No estoy sugiriendo que planees dejar este mundo en los próximos días, pero para estar segura, me contento con tener nuestra noche de bodas por adelantado. Además, ya estamos casados, ¿verdad, señor d'Aubrey?

—No me estás facilitando nada que vaya a dormir a los establos —dijo él, exasperado y con el conflicto tan claro como el día en esos hermosos ojos verdes.

Rose se encogió de hombros, tirando de la cinta debajo de sus pechos para aflojar el vestido que llevaba. Pasó junto a él hacia la cama, levantando el vestido sobre su cabeza y dejándolo caer sin ceremonias al suelo. Le siguieron unas cuantas horquillas y un par de zapatillas que se quitó de

una patada.

Gideon se quedó allí, a merced de sí mismo en la entrada de su habitación, con un rastro de migajas sugerentes que lo invitaban a avanzar. Solo esperaba que sucumbiera a la tentación, como ella lo había hecho.

Se debatió un momento antes de acomodarse en el borde de la cama, vistiendo nada más que su camisola. Se negó incluso a desempacar la bata de noche de su maleta. Dormiría así si era necesario. Atizó la llama de la lámpara de la mesilla un poco más baja, y trató de no contener la respiración esperando que él la siguiera.

Lo hizo, de hecho. Se quitó las botas en algún lugar del pasillo, y ella las escuchó caer al suelo mientras se acercaba a ella. Al aparecer en su campo de visión, se sacó la camisa por encima de la cabeza y la arrojó a un lado, revelando un torso ágil y tonificado con una capa de cabello dorado en el pecho.

Rose no se movió. En cambio, lo observó acercarse, sin saber bien qué esperar a continuación. Su cuerpo era magnífico a la tenue luz de la lámpara, con sombras y ángulos que lo hacían parecer algo así como un héroe griego, atrapado en alabastro.

Se acomodó en la esquina de la cama frente a ella con gran gravedad, como si hubiera encontrado todo su sentido en los pocos minutos que habían pasado entre la puerta y la cama.

—Podemos ir tan despacio como desees—dijo—. Y si quieres detenerte en cualquier momento, dímelo.

Esto le pareció curioso a Rose, aunque no se atrevió a mencionarlo en ese momento. Henry le había dicho más de una vez, en términos bastante explícitos, que una vez que un hombre comenzaba el acto de la pasión, no tenía control sobre sí mismo y era incapaz de detenerse o encontrar su sensatez hasta que alcanzara algún tipo de liberación. Aun así, no dudaba que Gideon se apartaría del placer más exquisito si insinuaba que de alguna manera estaba siendo inconsiderado o inapropiado.

—Entonces tú también debes decirlo—respondió, insegura de si esta era la respuesta correcta—. Si deseas detenerte.

Su rostro se iluminó nuevamente con esa sonrisa inusual y sardónica. Hizo que las comisuras de sus ojos se arrugaran y refinó el elegante ángulo de su mandíbula. Era asombrosamente atractivo cuando sonreía, pensó, y qué buena suerte para ella que no había sabido eso antes de decidir no probar suerte con las lindas jovencitas en el baile de su primo.

Incluso Gloriana podría haber cambiado de opinión si supiera que se veía así cuando sonreía. El pequeño sobresalto de celos que brotó en su pecho no merecía ser considerado.

—No tienes que preocuparte por eso—le aseguró, extendiéndose sobre el edredón para cubrir su mano con la suya.

—¿Oh, no? —bromeó ella, acercándose a él, permitiendo que sus piernas se rozaran—. Porque requiriste bastante convencimiento. Una chica podría pensar que no querías llevarla a la cama.

—Esa chica estaría muy, muy equivocada—dijo, inclinándose hacia adelante para acariciar su mejilla como había hecho abajo. Pasó sus dedos por el contorno de su mandíbula y tomó en cuenta lo que debía ser cada detalle de su rostro, posándose al fin en sus ojos—. Nunca he querido llevar a nadie a la cama tanto como a ti, Rose d'Aubrey.

Ella tragó, sintiendo de repente su garganta bastante seca.

—Bueno, tienes suerte—dijo, con su voz saliendo en un susurro. Se inclinó hacia adelante para deslizar sus manos sobre la piel desnuda de sus hombros, permitiendo que él atrapara sus labios mientras ella se inclinaba hacia él—. Ya estoy en tu cama—dijo, su voz más fuerte esta vez, y luego presionó sus labios contra los suyos.

Él la atrapó con suavidad, permitiéndole ser la que guiaba la interacción. Sus dedos se deslizaron por sus brazos desnudos, recorriendo su piel suave mientras ella descubría su sabor a su propio ritmo.

Descubrió que no podía replicar del todo la profundidad o el frenesí de su encuentro en la puerta. Quizás era por esta pose incómoda en la que estaban, sentados uno al lado del otro como si fuera una charla educada en un banco del parque. No, esto no funcionaría en absoluto.

Sin romper su beso, elevó sus piernas sobre el colchón y colocó una sobre las caderas de Gideon, inclinándose sobre él. Cara a cara, sería mucho más fácil regresar a cómo se habían sentido las cosas antes. Tomó el sonido ahogado que él hizo como reacción al cambio como una señal de que aprobaba, y acomodó su peso en su regazo.

Se encontró de inmediato con el recordatorio de su excitación, presionando contra la piel desnuda bajo su quimono. La golpeó con un sobresalto de conciencia eléctrica que así es como sus cuerpos estaban destinados a unirse, y el instinto de frotarse sobre él era tan primitivo que no estaba segura de poder resistirlo, incluso si hubiera querido.

Sus manos se deslizaron de sus brazos hacia su espalda, recogiendo el quimono en montones mientras lo subía sobre sus caderas en su avance hacia abajo. Cuando el dobladillo de la tela cedió y sus dedos hicieron contacto con la calidez de su piel desnuda, él gimió su nombre en su boca.

Levantó los brazos sobre su cabeza, separándose de su beso para permitirle retirar el último susurro de tela que la cubría sobre su cabeza. Lo hizo con una exasperante delicadeza, y ella tembló ante el susurro de la seda del tejido al revelarla ante él, centímetro a centímetro.

Su piel se erizó por el aire fresco y húmedo que entraba en la habitación por la ventana entreabierta. Había estado igual de desnuda solo horas antes frente a una mujer. Nunca había imaginado lo muy diferente que era ser miradas de esta manera por un hombre. En lo más profundo de su mente, recordó haber temido que él pudiera sentir repulsión si la miraba con la piel de gallina.

Él no se veía con repulsión ahora. Le miraba el pecho desnudo con algo que oscilaba entre la reverencia y el hambre. Extendió la mano para acariciarlos y emitió un bajo gruñido al sentir el peso desnudo en sus manos. Le acarició los pezones y bajó su boca para lamerlos suavemente, levantando sus ojos verde botella hacia ella para evaluar su reacción a esta atención.

Ella solo pudo mirarlo con una especie de asombro paralizado. Quería más, más de esta sensación increíble. Se mordió el labio y rogó con la mirada, desesperada por que continuara este acto particular de magia desenfrenada.

Parecía saber lo que ella quería y volvió a bajar la mirada a la plena abundancia de sus senos. Rodeó uno de sus pezones con los labios y lo llevó a la calidez de su boca con un delicioso toque de su lengua.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrándose mientras sus muslos se apretaban alrededor de sus caderas. Podía sentir la humedad acumulándose entre sus piernas. La sensación de mover sus caderas de modo que su sexo se rozara con el de él a través de sus pantalones solo servía para amplificar las increíbles sacudidas de sensación que irradiaban de su atención en sus senos. Se sentía febril, loca, incluso. Estaba abrumada por la necesidad de que la mayor parte de su cuerpo tocara el suyo.

Él dejó que sus manos jugaran con ellos de la misma manera que lo había hecho a través de su ropa, pellizcando y acariciando cada pezón mientras se entregaba al otro con su boca hambrienta. Cuando sintió que no podía esperar un momento más, metió los dedos en su cabello y lo llevó de nuevo a sus labios, inclinándose sobre su regazo mientras presionaba sus húmedos senos contra

su pecho desnudo.

—Rose —gemía él, presionando su frente contra la de ella para separar sus besos por solo un momento—. No puedo esperar mucho más.

—Entonces no lo hagas —susurró ella de vuelta, tragándose su propio suspiro de placer mientras él agarraba su trasero desnudo y la acercaba más firmemente a su excitación—. Habrá tiempo de sobra para esperar más tarde.

Él apoyó su peso contra el suelo en un momento que a Rose le pareció mágico. De repente, estaba sobre su espalda, mirándolo mientras él rápidamente desataba los cordones que sostenían sus pantalones.

Ella se apoyó en los codos, deslizándose hacia atrás en el colchón para contemplarlo mientras trabajaba, fascinada por lo que podría revelar. Cuando él empujó la tela hacia abajo sobre sus caderas y al suelo, le mostró la parte de todos los hombres que nunca se había atrevido a imaginar.

No podía apartar la vista de eso, de él. Era de alguna manera aterrador y tentador, hinchado con lo que debía ser deseo. Deseo de tomar su cuerpo hasta que estuviera satisfecho.

Él tomó su órgano en su mano, mirándola con un toque de incertidumbre parpadeando débilmente bajo la necesidad animalística de usar esta parte de él para su propósito destinado.

Su mirada parecía tener un peso tan tangible y estimulante como sus manos. Sus ojos recorrieron su cuerpo, deteniéndose en sus pechos, su ombligo, sus muslos. Su mano se movía sobre su miembro en movimientos fluidos mientras la contemplaba, sus ojos vagando por su carne expuesta.

Ella retrocedió un poco y separó las piernas para que él pudiera ver la parte de ella que coincidía con esa herramienta rígida que sostenía con firmeza en su mano.

Sus ojos cayeron para tomar en cuenta su parte más privada, y fue recompensada con una aguda inhalación. Su órgano parecía saltar por sí solo en reacción, y ella esperó que esto fuera una señal de que deseaba anclarse dentro de ella.

Se acercó de forma desesperadamente lenta para un hombre que acababa de decir que no podía esperar mucho más. Se subió a la cama y sobre ella, haciéndola caer nuevamente en el suave abrazo del colchón mientras se acomodaba entre sus piernas.

Él apartó el cabello de su rostro y la besó de nuevo, largo y despacio, mientras su otra mano deslizaba por su cuerpo, sobre la suave y secreta carne que se escondía bajo sus vestidos, aterrizando para cubrir el centro de su deseo.

Ella se retorció un poco bajo él, haciendo pequeños ruidos de sorpresa y placer mientras él exploraba esta parte de ella con sus largos y cuidadosos dedos. Probó su entrada, separándose de su beso para buscar en sus ojos algún signo de incomodidad, pero solo encontró felicidad.

Sus labios estaban entreabiertos y su respiración se aceleraba mientras él retiraba su mano, reemplazándola con la cabeza de su órgano cálido y suave como terciopelo. Ella asintió a la pregunta no verbal en su mirada, y él empujó hacia adelante suavemente, moviendo sus caderas para encontrar su camino dentro de ella, poco a poco.

Era lo más notable. Cada vez que empujaba hacia adelante, ella sentía como si hubiera alcanzado el final del espacio dentro de ella, y, sin embargo, una vez que se retiraba, encontraba más espacio perfectamente adecuado para acomodar el centro de su deseo. Cada embestida era más resbaladiza que la anterior mientras su excitación recubría la de él. Se sentía como nada que hubiera experimentado antes, tan abrumadora como nueva.

La mejor parte era observar el cambio en su rostro, la forma en que sus rasgos se suavizaban a pura y vulnerable felicidad al encontrar su camino dentro de ella. Tan rara vez lo veía sin las

líneas de preocupación surcando su frente o una aguda reducción de sus ojos y tensión en su boca. Ella se acercó a trazar sus dedos por su rostro y sintió que su estómago se hundía cuando él se volvió para presionar un beso en la palma de su mano.

Había esperado una explosión de dolor. Eso era lo que le habían advertido que esperara, pero en cambio, fue un dolor suave, una sensación de expansión y descubrimiento de una serie de nuevos y hermosos movimientos que simplemente llevarían práctica desentrañar. Sensaciones curiosas, sensaciones divinas y placenteras se construyeron y rodaron por todo su cuerpo, instándola hacia alguna cosa misteriosa justo fuera de su alcance.

Levantó las piernas, arrastrando los arcos de sus pies a lo largo de sus pantorrillas y la parte posterior de sus muslos para envolverse alrededor de sus caderas, y probó la sensación de balancearse en oposición a sus embestidas. Esto pareció complacerlo enormemente, ya que soltó un profundo gemido y se empujó completamente dentro de ella, con su cuerpo temblando de una manera que se sentía a la vez reservada y violenta. Volvió a embestir así, y sintió que esa misteriosa cosa que su cuerpo deseaba se acumulaba a través de sus extremidades, esparciéndose sobre cada pulgada de su piel en mil fragmentos de luz brillante.

Él embistió una vez más con un gruñido de satisfacción, y ella sintió su cuerpo temblar mientras susurraba su nombre una vez más.

Podía sentir un calor expandirse dentro de ella y se dio cuenta de que él debía haber liberado su semen en ella. Se dejó caer lentamente hacia adelante, lloviendo besos sobre sus mejillas y cuello y aligerando su peso para descansar a su lado. Eran un enredo de cálidos y húmedos miembros, apenas iluminados por la luna nublada y la tenue luz de la lámpara.

Ella miraba maravillada al techo, con su cuerpo todavía zumbando con toda la novedad y placer de la experiencia. De alguna manera, aún deseaba más, y aunque cada fibra de su ser zumbaba con sensaciones y placer, parecía haber algo más justo fuera de su alcance.

Se dio vuelta de lado y se empujó hacia atrás en la curva de su cuerpo, desesperada por el calor de su piel.

—Rose —dijo él suavemente, pesado por el impacto de su liberación—. La próxima vez será mejor, lo prometo.

—¿Mejor? —repitió ella, con genuino asombro mientras giraba la cabeza para encontrarse con sus ojos entrecerrados.

—Mmm, mejor —acordó él con un bostezo—. Más despacio. Menos frenético.

—¿Mejor? —dijo ella de nuevo, permitiéndole alcanzar su cuerpo para envolverlos en el suave abrazo de las mantas. Debajo de ellos, él envolvió un fuerte brazo alrededor de ella y la acercó.

Él se acurrucó en su cuello.

Casi al mismo tiempo, la tenue luz de la lámpara parpadeó, liberando una espiral de humo azul lechoso en la habitación. En algún lugar afuera, un búho ululó al pasar por la posada, y en solo el espacio de un suspiro, Gideon Somers respiraba las suaves y tranquilas respiraciones de un hombre en el sueño más profundo.

Rose cerró los ojos e intentó grabar este momento en su memoria para siempre.

¿Mejor? Era difícil imaginar que hubiera algo mejor en todo el mundo.

Capítulo Trece

En algún momento de la noche, se habían encontrado de nuevo. Los recuerdos de besos lentos y enredos pausados estaban impregnados de un aire onírico. Era como si ambos hubieran emergido del sueño en medio de la búsqueda del otro y luego hubieran caído de nuevo en el olvido con la misma facilidad.

Fue solo cuando los primeros rayos de luz comenzaron a brillar a través de las rendijas de la ventana abierta que los sentidos de Gideon regresaron a él. Se quedó acostado allí un tiempo, temeroso de moverse, temeroso de pensar, temeroso incluso de creer que Rose d'Aubrey estaba durmiendo inquieta en sus brazos y completamente desnuda.

Ella olía divinamente. Los suaves rizos de su cabello recién cortado habían sido rociados con agua de rosas, y su piel estaba cálida y dulce con un aroma que era solo suyo. Presionó sus labios contra su hombro y respiró su fragancia saboreando este momento un segundo más, antes de forzarse a levantarse de la cama y comenzar con el asunto de partir de nuevo.

La dejó dormir, quizás en parte porque no sabía cómo serían el uno con el otro tras lo sucedido la noche anterior. Había despojado a una mujer a la que le importaba mucho antes de casarse. Era cierto que ella se lo había pedido, pero aun así, sentía un nivel de culpa brotando bajo su piel.

Una vocecita en su cabeza le sugirió que quizás esa culpa tenía menos que ver con la formalidad de sus votos matrimoniales y más con el hecho de que aún no le había dicho por qué tenía tanta prisa por conseguir una esposa.

¡Maldita sea Heloise! Silbó con molestia, apartando su irritación hacia su hermana para concentrarse en el presente.

Se agachó para recoger las prendas de ropa que estaban alineando el camino desde la cama hasta la puerta, reuniéndolas todas en sus brazos y llevándolas a la cama. Sus propias cosas se las puso con impaciencia, pero las de Rose se tomó el tiempo de doblarlas en pequeños cuadrados ordenados al pie de la cama para que ella las encontrara al despertar.

Robó una última mirada a ella, con su corazón doliendo al verla dormir tan pacíficamente, antes de girarse y salir de la habitación.

En Londres o de regreso en Somerton, habría salido a dar un paseo o tal vez un recorrido rápido hasta que sus ansiedades se calmaran. Sin embargo, aquí, probablemente solo se perdería en un entorno desconocido. Para su alivio, oyó signos de vida en el instante en que comenzó a descender las escaleras, y el olor del desayuno inglés subía de manera inconfundible desde el nivel inferior.

Por ahora, podría comer y atender a los caballos. Más tarde, se enfrentaría a las desagradables necesidades de huir con Rose d'Aubrey y lo que les esperaba al llegar a Yorkshire.

—Ahí está, muchacho —le dijo Graham desde la misma mesa que habían usado la noche anterior. Hizo un gesto con la mano para que se sentara y lo invitó a acercarse. Los ojos del anciano brillaban mientras Gideon tomaba asiento—. ¿Durmió bien? —preguntó inocentemente.

—Mmm —respondió Gideon de manera poco comprometida, llamando a Mrs. Pettigrew para evitar la mirada de Graham.

—¿Desayuno para usted y la señorita? —preguntó, dejando un plato de deliciosa comida frente a Graham—. Me temo que nos hemos quedado sin chocolate, pero tengo café preparado si le place.

—Sí, gracias —respondió. Con suerte, una taza de café hirviendo y amargo era exactamente lo que necesitaba para volver en sí esa mañana. Carraspeó y se volvió hacia Graham, cuyo interés estaba completamente absorbido por la comida en su plato.

—Parece que la lluvia nos ha pasado de largo —dijo—. El barro seguirá siendo un problema, claro, pero espero que el camino esté más transitable después de unas horas de calor.

Graham se encogió de hombros, tragando un bocado de salchicha de cerdo.

—A mí me da lo mismo, ya sabe. Si puedo atravesar Moorvale, puedo manejarme en este paraíso templado incluso en su día más fangoso.

—Sí, sí —murmuró Gideon, reprimiendo el impulso de poner los ojos en blanco. La idea de que alguien pudiera describir los Midlands como un “paraíso” le resultaba lo suficientemente divertida como para anotarla mentalmente y contársela a Rose más tarde, fuera del alcance de Graham.

Los dos hombres cayeron en un silencio cómodo. Gideon tuvo que esforzarse para no dejar que sus pensamientos vagaran demasiado hacia los recuerdos de la noche anterior, antes de que esos recuerdos se dirigieran hacia un terreno peligroso. Estaba seguro de que repasaría esos recuerdos en detalle más adelante. Especialmente si Rose no volvía a hablarle después de que le contara sobre la condición de Heloise.

La señora Pettigrew regresó con dos platos más repletos de comida humeante y le dedicó una amplia sonrisa a alguien detrás de Gideon.

—Buenos días, señora d’Aubrey. Luce usted muy bien hoy.

—Por favor, llámeme Rose —respondió ella al entrar en la vista de Gideon, dejando un beso en su mejilla antes de tomar asiento—. ¡Esto se ve maravilloso! Gracias, señora Pettigrew.

La mujer mayor sonrió aún más y se alejó en busca de café, mientras Graham se recostaba en su silla, mirando de reojo entre Rose y Gideon con aire de conocimiento.

—Ajá —murmuró para sí mismo.

Rose levantó el tenedor y le sonrió a Gideon, ignorando completamente la observación de Graham.

—Buenos días, señor d’Aubrey —dijo alegremente.

—Buenos días, Rose —respondió Gideon, sosteniendo su mirada.

Un momento de silencio se estableció entre los tres hasta que Graham no pudo aguantar más.

—¿Quién diablos es el señor d’Aubrey? —exigió Graham.

Sin recibir respuesta, y ante la evidente diversión contenida de sus compañeros de mesa, el viejo escocés volvió a refunfuñar y comer, con el rostro ligeramente más enrojecido.

Llevaban algún tiempo recorriendo el camino iluminado por la mañana, y Gideon aún no había encontrado la forma adecuada de romper el silencio y comenzar a decirle a su futura esposa la verdad.

Rose había dejado de lado el sombrero, probablemente aún encantada con su nuevo peinado, recogido en cada lado sobre las orejas, pero cayendo suelto sobre sus hombros. A él le parecía una flor de primavera fresca, pensó, vestida de amarillo pálido en una tela ligera y vaporosa.

Ella nunca había sido una de las señoritas más de moda entre la alta sociedad. Henry había llegado a presumir que esperaba cubrirla de seda y terciopelo para recibir su gratitud en su lecho conyugal.

Tan despreciable como era Henry, había una satisfacción en saber que nunca logró llevar a Rose a esa cama. Había sido el reservado, tímido Gideon Somers quien, de alguna manera, había sido honrado con ese privilegio por los caprichos del universo. Y más le valía estar a la altura.

—Probablemente te estés preguntando cómo llegué a estar prometido con tu prima en primer lugar —soltó de repente, demasiado rápido como para medir sus palabras o encontrar una apertura más natural.

Rose dejó de mirar el campo rodante fuera de la ventana y arqueó una ceja hacia él.

—No, realmente no —dijo—. Pero ya que lo mencionas, sí parece una combinación extraña.

—Lo es —concedió Gideon—. Creo que mi padre me usó para saldar una deuda de juego con sir Reginald hace algunos años. Es la única razón que puedo imaginar para que me comprometiera de niño con una chica sin fortuna ni posición destacada. Sin ánimo de ofender a tu prima, por supuesto.

Ella se acomodó en su asiento, un rayo de luz cayendo sobre su rostro y resaltando los tonos dorados en su cabello.

—Mi tío Reg no es muy aficionado a las apuestas, pero dijo que su padre había hecho la oferta bajo los efectos del alcohol y que mi tío la aceptó sin esperar que el acuerdo llegara a cumplirse. Me atrevo a decir que estaba extremadamente sorprendido cuando apareciste para cumplir con el trato.

Gideon suspiró.

—No lo culpo. ¿Sabes algo sobre mi padre? Sobre mi familia en general, ya que estamos.

—Recuerdo cuando tu padre murió —dijo suavemente—. Fue algo terrible y nunca pude decirle cuánto lo sentí. Pensé que lo vería en Londres cuando comenzara la temporada, pero no llegó hasta...

—Hasta que tu compromiso había finalizado —dijo él, dejando el resto sin mencionar.

Ella asintió.

—Lamento mucho tu pérdida, aunque sea tarde.

—¿Sabes cómo murió? —insistió Gideon.

Ella dudó y luego asintió.

—Escuché las historias, por supuesto.

—Por supuesto —repitió él, odiando el tono amargo en su propia voz—. Era un borracho y un desperdicio, y no un buen padre. Pero no era un hombre malvado, y odio que muriera de una forma tan indigna. Dicho esto, es completamente creíble que hiciera una oferta borracho para casarme por una razón u otra. Encontré los documentos que había comenzado a redactar sobre el asunto cuando arreglaba sus asuntos en Somerton; sin embargo, la firma de tu tío nunca había sido añadida, y así supe que era libre de ignorar el asunto por completo.

—Pero no lo hiciste —replicó Rose. No se movió en absoluto, ni siquiera cambió su expresión, pero Gideon sintió la tensión en su voz de todos modos.

—Pretendía hacerlo —suspiró—. No estaba seguro de si alguna vez me casaría, y si lo hacía, sería simplemente cuestión de encontrar a alguien adecuado y obediente para ayudar a restaurar la familia a cierta respetabilidad. Eso era todo lo que quería como vizconde, restaurar el nombre Somers a lo que debía ser.

—Bueno, has elegido mal si buscabas a alguien que no haga que la Sociedad levante las cejas —rió ella, aunque no le parecía realmente gracioso—. Escaparnos juntos probablemente no sea ideal tampoco.

—No podría estar más feliz con mi elección de esposa —replicó él, tan solemne que ella pareció sorprendida por la confesión—. Lo digo en serio —añadió—. No quiero que pienses ni por un momento que lamento que tú seas quien será mi esposa.

—Gracias, Gideon —dijo ella, con una leve tremolina detrás de su sonrisa.

Él suspiró, pasando una mano por su rostro.

—La única razón por la que decidí cumplir con el débil acuerdo de compromiso es porque el resto de mi familia parece estar haciendo lo posible por hundir aún más el nombre familiar en la infamia.

—Tienes una hermana —dijo Rose, recostándose en el asiento junto a ella—. Pero no sé nada más de tu familia. Imagino que tu madre sigue viva. ¿Y otros hermanos?

—Sí. Mi madre es estadounidense, hija de un magnate de negocios en Filadelfia que heredó toda su fortuna a una edad muy temprana. Aprovechó esa fortuna para comprarse un esposo con título y, cuando él se volcó a la bebida, la usó para mantenerse empoderada y entretenida en otros lugares—. Gideon dudó, sabiendo que había despertado la curiosidad de Rose, pero sin querer profundizar en detalles sobre su madre en ese momento—. Tengo otro hermano, Alex, dos años menor que yo, que se está labrando toda una reputación como un perfecto granuja. Aunque pago extensamente para mantener su lugar en Oxford, desaparece a mitad del semestre, sin falta, y recibo informes preocupantes de sus andanzas por todo el continente.

—Vaya—dijo Rose, sacudiendo ligeramente la cabeza—. ¿Qué te ocurrió a ti para que seas tan sensato y bueno?

Él esbozó una sonrisa apenada—. Bueno, no soy completamente bueno, ¿verdad?

Rose se sonrojó, una cosa tan bonita, con su boca dibujando una sonrisa mientras bajaba la mirada a sus manos por un momento. Resopló, evidentemente recordándose la seriedad de la conversación, y alzó la vista de nuevo—. Entonces, ¿qué fue lo que te llevó de repente a contraer matrimonio?

—Ni uno ni otro. Fue mi hermana menor, Heloise.

Rose se echó a reír—. Entonces es realmente bueno que no te casaras con Gloriana, porque podría haberse lanzado del carruaje al oír algo así.

—Sí—Gideon frunció el ceño—. Tendrás que darme más detalles sobre esa riña de colegialas en algún momento. Aunque no debería sorprenderme que Heloise estuviera metiéndose en problemas.

—Dudo que Gloriana fuera una perfecta inocente en la relación—dijo Rose con un encogimiento de hombros—. Puede parecer angelical, pero es conocida por revolver el avispero en más de una ocasión. Desde luego me metió en problemas muchas veces cuando éramos niñas. Aunque la atraparan con las manos en la masa, de alguna manera siempre lograba que todos creyeran que había aprendido de mí.

Gideon soltó una risa propia—. Es una situación que conozco muy bien.

—Entonces, ¿qué ha hecho Heloise? Dime que no ha asesinado a nadie.

Gideon supo que era el peor momento, pero estalló en carcajadas. Para su alivio, vio que Rose sonreía también.

Logró recuperar el aliento, secándose una lágrima del rabillo del ojo—. No—dijo—. No, no es asesinato, al menos que yo sepa. Es más bien lo opuesto al asesinato, en realidad.

—¿Lo opuesto al asesinato?—repitió Rose, frunciendo el ceño en confusión—. ¿Quieres decir que ha dado vida a alguien?

Gideon no respondió. En cambio, dejó que la náusea burbujeara en su interior mientras veía cómo la comprensión se apoderaba del rostro de Rose.

—Oh—murmuró ella, llevándose los dedos a los labios—. Oh, cielos.

—Eh... sí—respondió él, cambiando incómodo de posición en su asiento—. Me temo que la primera solución que me vino a la mente cuando recibí su carta fue regresar a Somerton con una esposa a mi lado.

—¿Pero por qué?—se preguntó Rose—. ¿Acaso pensabas hacer pasar al niño como tuyo?

Él no respondió, otra vez. Quizá, si se quedaba en silencio frente a Rose d'Aubrey durante los próximos dos días, ella podría extraerle cada uno de sus pensamientos.

—Gideon—rió ella—. Anoche te preocupaba que la gente notara una diferencia de dos días si yo quedara encinta. Sabes que tu hermana debe de llevar varios meses para estar segura de su estado, ¿verdad? Y debió estar realmente *convencida* para escribirte.

Maldita sea. Era un punto válido. Se sintió momentáneamente tan aturdido al darse cuenta de que Heloise no había concebido a su hijo en el momento de escribirle, que se quedó paralizado. No fue hasta que Rose se movió de su lugar frente a él para sentarse a su lado y puso una mano en su brazo que logró sacudirse el horror.

—¿Sabes cuántos meses tiene?—preguntó Rose con suavidad.

—Dijo que ya no podía ocultar su estado y había vuelto a casa—respondió Gideon, inclinándose hacia el calor de su cuerpo junto al suyo—. Eso debe significar que ya lleva varios meses, ¿no es así? Dios, soy un idiota.

—No eres un idiota—le aseguró Rose—. Solo eres un hombre. ¿Confías en la discreción del personal de Somerton?

—Sí, implícitamente—respondió de inmediato—. Solo hay un personal reducido ahora, ya que nadie debía estar en casa por meses, al menos hasta el final de la temporada. Los que están en la casa han estado con la familia durante décadas.

—Bien. Eso es bueno—dijo Rose, dándole un apretón en el brazo. Él pudo ver los engranajes en la mente de ella ya comenzando a girar, sopesando sus opciones—. ¿Y el padre?

—No lo mencionó—respondió él. Imaginaba que, si un matrimonio rápido hubiera sido posible, Heloise habría huido con el hombre por su cuenta, sin pedirle permiso. Por lo tanto, temía descubrir quién podría ser.

—Entonces es posible que él no sepa que viene un hijo en camino—dijo Rose—. Lo cual nos deja con más opciones cuando llegue el momento.

—Debes saber que ya había decidido no pedirte que hiciéramos pasar al niño como nuestro—. Se volvió para mirarla, colocando su mano sobre la de ella en su bíceps—. Me di cuenta de que era una petición demasiado grande. Simplemente no había encontrado una alternativa aún. Y ahora...

—Sí. Ahora tendremos que idear algo juntos, con Heloise involucrada, por supuesto.

—Por supuesto—repitió Gideon con tono vacío. Ya sabía que cualquier solución que propusieran sería recibida con oposición por su hermana. Ella nunca había estado de acuerdo con él, ni una sola vez.

Rose suspiró y apoyó la cabeza en su hombro—. Esto es un problema—confesó—, pero no es tan grave como un asesinato.

Gideon no lo dijo, pero más bien imaginaba que ocultar un cadáver sería más fácil que justificar la existencia de un nuevo hijo. En lugar de eso, dijo— Gracias, Rose. Eres muy comprensiva. No te culparía si estuvieras enojada conmigo.

—Oh, estoy segura de que lo estaré algún día—dijo ella con soltura—. Recuérdate cuando volvamos a detenernos hablar con Graham. Parece que necesitaremos los servicios de Meggie después de todo.

Capítulo Catorce

Graham había dejado claro que llegarían a Escocia bien después del anochecer. Es decir, sería demasiado tarde para encontrar a alguien que pudiera llevar a cabo una ceremonia de matrimonio hasta la mañana siguiente.

A Rose no le importaba. Mientras encontraran una posada con habitaciones adecuadas esta vez, estaría bien. En la última posada de postas, solo había habitaciones compartidas, separadas por género. En lugar de pasar otra noche en los brazos de Gideon, la habían metido en una cama con otras tres mujeres, separadas por delgados cojines acolchados. Una de las mujeres, y no sabía cuál, roncaba de una manera espantosa.

Imaginaba que la experiencia de Gideon había sido similar. No porque él lo hubiera dicho, sino porque justo después del almuerzo, se había quedado profundamente dormido con la cabeza en su regazo mientras la carreta seguía su camino.

Ella se permitía pasar los dedos por su cabello, admirando cómo su rostro cambiaba cuando no estaba despierto para fruncir el ceño o reprimir sus emociones. Había tenido destellos de este Gideon relajado y sencillo en los últimos días. Solo lo veía cuando él interpretaba al señor d'Aubrey, coqueteando con ella durante las comidas en varios pequeños establecimientos a lo largo del camino hacia el norte.

Desafortunadamente, no habían tenido otra oportunidad de pasar la noche juntos. Rose se preguntaba si él anticipaba compartir una cama con ella tanto como ella lo deseaba. Cuando él interpretaba al señor d'Aubrey, sentía que sí, que él la tomaría a la primera oportunidad.

Serio y reservado, Gideon volvió en la carroza cuando sus conversaciones se centraron de nuevo en la estrategia sobre la desafortunada situación de su hermana y sus opciones para abordar esta crisis. Fue entonces cuando la línea apareció de nuevo entre sus cejas, y ella no estaba segura de que hubiera pensado siquiera en su noche juntos desde que el sol había salido al día siguiente.

Ella había sacado su cuaderno de bocetos de su maleta poco después de recibir la noticia, y habían hecho una lista improvisada de posibilidades en carbón borroso mientras hablaban sobre sus opciones. En verdad, no creía que hubieran reducido mucho las posibilidades, pero parecía reconfortar a Gideon hablar sobre todas las formas en que podrían evitar un escándalo, y Rose estaba feliz de hacerlo si eso le brindaba tranquilidad.

Pensó, con un pequeño estallido de orgullo, que Gloriana nunca habría manejado esto tan bien. Después de todo, ¿acaso no había pasado toda su vida disipando las preocupaciones, temores y quejas de su madre?

Si podía ayudar a Gideon en esto, si podía manejar los problemas de su familia como a menudo había mitigado los dramatismos de su madre y los Blakeleys, tal vez su asociación sería igualitaria y él se sentiría tan afortunado de haber entrado en este matrimonio como ella. Solo debía demostrar su valía.

En verdad, estaba contenta de que fuera un escándalo de tan común denominador, y se lo había dicho a Gideon. Aunque nunca se sabía con certeza qué familias o cuándo, todos sabían que a veces las jóvenes se metían en problemas, y si se manejaba con cuidado, todo estaría bien al final.

Gloriana había descrito a Heloise Somers como una chica con una horrenda mata de cabello rizado de color naranja que brotaba en todas direcciones desde su cabeza, un cuerpo huesudo que

se arrastraba más que caminaba, y un rostro afilado, siempre contraído por la envidia y la malicia. Gideon la describió como demasiado bonita para su propio bien y una problemática de toda la vida que lograba salir airosa de cualquier consecuencia real.

Como tal, no tenía idea de qué esperar cuando finalmente conociera a la chica en persona. Su nueva hermana podría ser una horrible bruja de pantano o una hermosa y astuta ninfa del bosque. Rose imaginó que esta chica la encontraría imperdonablemente insípida en comparación.

Suspiró y miró hacia abajo a su futuro esposo. Estaba tan hermoso de esta manera, en reposo. Siempre había pensado que era guapo, incluso cuando creía que estaba tallado en hielo. Había intentado captar su atención un par de veces en aquella primera Temporada, pero él nunca parecía corresponder a su interés, y estaba bien, con toda su vida y opciones inimaginables por delante.

Había tenido suerte, y lo sabía. La serie de eventos que la habían hecho caer de una eternidad como el perro de compañía de su madre a la posición de vivir como vizcondesa, al lado de este hermoso y amable hombre, era tan frágil. La aterrorizaba lo fácil que podría no haber ocurrido todo esto.

Y eso era extraño, lo sabía. Hace un mes, habría dicho que, aunque lamentaba haber perdido su oportunidad de casarse, estaba perfectamente contenta con su vida y su destino. Hace un mes, se habría reído ante la idea de que su cuerpo chisporroteara y ardiera ante la idea de ser tocada por Gideon Somers. Se habría echado atrás ante la idea de que él pudiera besarla hasta dejarla sin sentido por el deseo.

Tan fácilmente podría haber sucedido de otra manera. Gideon podría estar furioso con su hermana, pero Rose estaría eternamente agradecida de que sus fechorías hubieran vuelto a juntar sus caminos.

Después de descubrir qué tentaciones realmente acechaban al otro lado de la propiedad, no podía culpar a ninguna chica que se hubiera encontrado en una situación delicada tras una noche de pasión. ¿Quién podría resistir tal emoción y placer? Y, además, ¿cómo había podido no saber que la cama conyugal era un lugar de maravillas, no de deber?

No tenía tiempo para desviarse demasiado en esa línea de pensamiento. En su lugar, los baches y sacudidas de la carroza al detenerse en una calle empedrada atrajeron su atención de nuevo al presente. Miró hacia abajo a Gideon y vio que sus ojos se habían abierto, la luz de la luna reflejada en su profundo verde.

—Debemos estar en Escocia —dijo suavemente, con los dedos todavía enredados en su cabello—. Graham dijo que se detendría cuando encontrara una posada.

—Entonces supongo que es mi última noche como Mr. d'Aubrey —dijo él con una sonrisa torcida—. Y mañana debes hacerme un hombre honesto.

—Extrañaré mucho a Mr. d'Aubrey —dijo ella.

—Y siempre recordaré con cariño en Miss d'Aubrey —respondió él—. Pero no puedo esperar a conocer a la Lady Somers.

Cualquier esperanza de pasar la noche con Gideon se desvaneció en el instante en que bajaron de la carroza.

—Ahora escuchen —gruñó Graham—. Esto es Escocia. Las cosas son diferentes aquí.

—Sí, creo que tiene su propia bandera y todo —respondió Rose con sarcasmo, ganándose una mirada de ceño fruncido de su conductor.

—No estamos a un día de viaje de Hawk Hill. He estado en esta posada muchas veces.

—¿Qué está diciendo, Graham? —preguntó Gideon, mucho más paciente que Rose.

Graham apretó los dientes, apuntándoles con un dedo a ambos. —¡Esto es Escocia! No quiero que mi propia gente piense que estoy acomodando el pecado, ¿entienden? Ustedes no se casarán en un taller como unos absurdos niños ingleses. Conozco al vicario del pueblo y organizaré las cosas esta noche. —Tomó una profunda respiración, como si estuviera manteniendo la compostura bajo condiciones insoportables—. Rosie, dormirá con la hija del posadero. Es una buena chica y la cuidará. Nada de escabullirse, ¿oyó? Una vez que se intercambien los anillos, ustedes dos podrán seguir como lo han estado haciendo bajo los ojos de los hombres y de Dios. Rose quedó sin palabras. No estaba segura de haber oído alguna vez a Graham completar una oración completa, mucho menos el conjunto de órdenes que acababa de emitir. Y le había llamado Rosie. ¿De dónde había salido eso?

—Me temo que no tenemos anillos todavía —respondió Gideon con tranquilidad, apoyándose en la puerta de la carroza a la luz tenue de la tarde. Una brisa fresca revoloteaba su cabello mientras giraba alrededor de los tres—. Pero estaremos felices de usar algo temporal si satisface sus exigentes demandas morales, Graham.

Él resopló. —No se burle, muchacho. Podrá ser un lord, pero he estado casado más tiempo del que usted ha pisado esta hermosa tierra, y si mi esposa se entera de que he dejado que ustedes dos sigan como han estado, ¡nunca oiré el final de esto!

Con eso, se marchó a organizar sus habitaciones, dejando a Rose y Gideon atónitos tras de él.

—Vaya, —murmuró Gideon—. Tiene una esposa.

—Bueno, la hija tuvo que venir de algún lado —respondió Rose, volviéndose hacia él y acercando su chal a los hombros—. ¿Crees que es perverso que acabo de imaginarme a su esposa como el mismo Graham con un vestido?

Gideon se rio, ese encantador sonido libre que había sido la música de este viaje. —¿De qué color era el vestido?

—Marrón, obviamente. La señora Graham sería agresivamente sensata.

Él le sonrió, acercándose para acariciar su mejilla. —Ahora que lo mencionas, creo que sería una mujer muy atractiva.

—Bueno, bueno —bromeó Rose, golpeando su mano para sostenerla en la suya—. No me hagas sentir celosa.

Él levantó una ceja y le hizo señal para que se dirigieran por el camino de grava. Caminaron de la mano, el suelo crujía bajo sus pies mientras ráfagas frescas de viento acariciaban su piel y se colaban en su ropa. Justo antes de llegar a la puerta, se detuvo y la giró para enfrentarla, su expresión contemplativa, como si estuviera lidiando con algo que quería decir.

—¿Podría? —dijo finalmente—. Si quisiera.

—¿Podrías qué? ¿Hacerme sentir celosa? —Sonrió ante su breve asentimiento—. Imagino que podrías, sí. ¿Te complace esa idea?

—Sí —suspiró—. Me temo que me complace mucho.

Capítulo Quince

Gideon no podía recordar la última vez que había salido en público sin una corbata meticulosamente anudada en su cuello. A medio camino de llevar ropa prestada de lino, ahí estaba él, paseando alrededor del altar de alguna capilla escocesa, a punto de casarse sin siquiera un cravat en el cuello.

Era algo tonto en qué enfocarse. Seguramente era su mente aferrándose a cualquier pequeña locura para calmar los nervios que resonaban en su cabeza esa mañana. Se puso una mano en el cuello mientras caminaba, consciente de que cuanto más intentaba sacudirse la idea de que se casaba pareciendo un campesino, más lo alarmaba.

Si él y Rose simplemente hubieran paseado y encontrado un taller después del desayuno, habría estado bien. Ella en su ropa casual y él en las suyas prestadas en una ceremonia simple y espontánea sería estar en igualdad de condiciones. En cambio, ella había sido acorralada por la entusiasta esposa del posadero, la hija y dos primos, que estaban emocionados por organizar una fuga romántica.

—No tenemos muchos fugitivos por aquí —le dijeron, llevándose a su novia—. Todas las parejas jóvenes van a Gretna Green. ¡Han pasado meses desde que tuvimos una boda!

Mientras que anoche parecía un detalle divertido que se resolvería después, el hecho de que no tuviera un anillo que poner en el dedo de Rose le estaba causando una gran angustia esa mañana. ¿Y por qué le había dicho esa tontería sobre querer hacerla sentir celosa? Ella solo había sonrojado en respuesta y lo había perdido yendo a su maldita cama separada solo momentos después.

Esa era otra cosa. Había pensado que tendrían más noches juntos después de lo que había sucedido en las Midlands. Las posadas destartaladas y la convivencia apretada que habían soportado habían creado más y más espacio entre la noche en que dejaron que el vino los llevara a la cama juntos y cualquier esperanza de convertir ese encuentro en algo que no le estrangulara cuando pensaba en discutirlo con ella ahora.

¿Debería haber insistido en que esperaran hasta su noche de bodas, después de todo? Imágenes de los labios de Rose contra los suyos, del peso de su cuerpo flexible en su regazo, estallaron en su mente. ¿Qué había significado para ella? ¿Se arrepentía ahora? Ni siquiera habían compartido un beso apropiado en los pocos días desde que exploraron el uno al otro de la manera más íntima posible.

—¡Siéntese, por favor! —gritó Graham desde un banco—. Me pone nervioso con tanto pasear.

Para sorpresa de Gideon, Graham se había vestido con especial cuidado esa mañana. Se había recortado y aceitado la barba y llevaba un conjunto limpio de tweed que debía haber tenido en sus cosas de viaje. En un estado de ánimo más sensato, lo habría encontrado conmovedor o divertido, pero así como estaba, solo podía comprender que existía, y eso era todo.

—Recuerdo cuando eras un niño, sabe —dijo Graham con tranquilidad—. Cuando usted y el maestro Sheldon hacían travesuras durante las fiestas de sus padres. Lo encontré una vez en los establos, atando todas las riendas juntas. Supongo que no lo recuerda.

—¿Era usted? —dijo Gideon, atónito—. ¿Era el aterrador y ruidoso hombre que me dio una bofetada cuando tenía diez años?

—El mismo —dijo Graham con orgullo, cruzando los brazos sobre su pecho—. Y lo haré de nuevo si le da miedo esa chica hoy. Vizconde o no.

—¡Nunca lo haría! —exclamó Gideon, ofendido por la mera sugerencia.

Graham lo miró entrecerrando los ojos, como si estuviera mirando directamente a través de su alma en busca de su temple. —Sí, supongo que no lo haría. —Asintió, evidentemente habiendo encontrado lo que buscaba—. Es una buena chica, esa Rosie, aunque haga trampas en los dados. —¿La hace?

Graham lo ignoró. —Creo que será una buena esposa. No he visto un atisbo de travesura en usted desde esa noche en los establos de Hawk Hill. Eso es cosa de ella, y bien lo sabe.

—¡O tal vez toda mi chispa fue extinguida por hombres extraños alejándola de mí! —respondió Gideon, todavía un poco herido por esta revelación. ¿Cuántas veces había subido a la carroza de Graham a lo largo de los años sin darse cuenta? Y todo el tiempo, el anciano había estado sentado en su asiento.

—Lo dudo —resopló Graham—. De lo contrario, el maestro Sheldon ya habría aprendido modales.

Las puertas de la capilla se abrieron, interrumpiendo cualquier otra conversación que pudieran haber tenido, y la familia del posadero irrumpió, acompañada por un sorprendentemente numeroso séquito de habitantes del pueblo. Parecía que no estaban exagerando sobre la emoción que traería una boda, particularmente tras un largo y triste invierno.

—Pónganse de pie, entonces. ¡No quiero que la chica entre y lo vea tumbado en su día de bodas!

—Fue usted el que me dijo que me sentara —murmuró Gideon, empujándose a sí mismo a ponerse de pie, a pesar de todo.

Curiosamente, ser reprendido por un malhumorado cochero escocés parecía haber dispersado sus ansiedades. Se sintió más tranquilo, a pesar de su falta de ropa apropiada, y tomó su lugar en el altar con solo un pequeño aumento de ansiedad y una rápida inhalación de aire fresco de la mañana en sus pulmones.

Ese aire se mantuvo mientras Rose d'Aubrey entraba en la iglesia, envuelta en un vaporoso vestido té blanco que caía con gracia sobre sus hombros. No era grandioso, pero sí deslumbrante, de una asombrosa simplicidad. Su cabello había sido trenzado con flores de principios de primavera, dejando mechones de rizos alrededor de su rostro y la delgada columna de su cuello. En sus manos, sostenía un ramo de la misma variedad de flores. Sus labios se curvaban en una sonrisa que a Gideon le parecía a la vez tímida y audaz. Sus ojos brillaban como vidrio dorado, enmarcados por pestañas rubias, y fijos en su futuro esposo mientras avanzaba por el pasillo para unirse a él.

Quería decirle lo hermosa que se veía. Quería decirle muchas, muchas cosas. En cambio, dejó que hablara el vicario y se permitió este aturdido silencio para beberla con la mirada mientras ella se paraba a su lado, en quizás el único ritual de la humanidad que permitía a un hombre mirar a una mujer sin interrupciones durante tanto tiempo en compañía educada.

Ella no sostenía su mirada con la misma intensidad inquebrantable con la que él la contemplaba. De hecho, su mirada inquebrantable parecía provocar un rubor en sus mejillas, haciendo que desviara esos ojos luminosos hacia su ramo o al sacerdote, entre miradas robadas a su novio. Solo cuando recitó las escasas palabras de sus votos para ser su esposa, ahora y para siempre, sus ojos se fijaron en los suyos.

Después de todo, así se suponía que debían tomarse los votos.

Cuando él repitió esas mismas palabras, ella pareció relajarse. La seriedad en sus ojos dio paso a un destello de placer. Parecía murmurar sus votos junto a él mientras él los decía, como si quisiera asegurarse de que no decidiera en el último momento desviarse por su propio camino.

Para él, toda la experiencia parecía suspendida en el tiempo. Su propio cuerpo parecía de alguna manera desconectado de todo lo demás, con solo la visión de Rose, toda de blanco, para anclarlo.

No fue hasta que fueron considerados marido y mujer que el mundo pareció volver a cobrar movimiento. Quizás nada había estado realmente vivo hasta ese momento. El pequeño reverendo ordenó que Gideon ahora pudiera besar a Rose, bajo los ojos de los hombres y de Dios, tanto como quisiera.

Y así lo hizo.

La tomó en sus brazos con un fervor que nunca antes se creyó capaz, y al capturar sus labios con los suyos, escuchó una explosión de alegría de los extraños en los bancos que los rodeaban. Saboreó la sonrisa en sus propios labios mientras se unían y sintió sus brazos rodear su cuello.

Estaba seguro de que para su público, ella, con su dulce atuendo nupcial blanco y él, con su ropa prestada, debía haber parecido una princesa en los brazos de un campesino. Extrañamente, esa idea le agradaba. Dios sabe que nunca habría podido besarla tan apasionadamente envuelto en la formalidad de la nobleza.

Cerró los ojos y saboreó su gusto. Nunca el destino ni la fortuna le habían susurrado al oído que un día como ese podría llegar. Sin embargo, los lazos del destino se habían enredado de nuevo hasta donde una vez creyó que no podrían ir. Hoy se había casado con Rose d'Aubrey.

Lady Rose Somers era ahora su esposa.

Había costado mucho estrechar manos, recibir buenos deseos y, en un caso, un abrazo muy emotivo de una mujer grande y materna que ni Gideon ni Rose reconocían, solo para salir de la iglesia.

Graham, bendito hombre, era mucho mejor en hacer una salida sigilosa y ya había traído el carruaje para preparar la partida. El hombre sonreía de oreja a oreja mientras la pareja caminaba por el sendero empedrado de la iglesia hacia la carretera.

Gideon miró hacia abajo a Rose, quien seguía aferrada a su brazo con la misma fuerza con la que lo había hecho mientras atravesaban la multitud, y se sorprendió al verla fruncir el ceño.

—¿Hay algo que no esté bien? —le preguntó, reduciendo la velocidad justo antes de llegar al final del camino.

—Oh, no, solo que pensé que nos quedaríamos otra noche aquí antes de partir hacia Yorkshire —dijo ella, levantando el rostro para encontrarse con el suyo y haciendo un buen esfuerzo por iluminar su expresión—. Los habitantes del pueblo probablemente organizarían un desayuno de bodas memorable si les damos la oportunidad.

—Estoy seguro de que lo harían —respondió él, mirando con cautela hacia atrás, hacia la multitud que salía de la iglesia—. Sin embargo, si partimos ahora, llegaremos a Somerton antes del anochecer. Confieso que estoy ansioso por estar de vuelta, limpio y con mi ropa. Te prometo que estarás mucho más cómoda en casa que en una posada por otra noche.

—Ah —dijo ella, con el rostro en una máscara plácida de conformidad—. Si esa es tu decisión, esposo, entonces partamos.

—Si realmente deseas quedarte... —dijo él, quedándose en silencio, inseguro de si acababa de cometer algún error. Se giró para enfrentar a Rose, tomando sus manos entre las suyas, y buscó su rostro en forma de corazón.

Sus ojos se suavizaron y parecían no albergar malicia. Deslizó una mano de la suya y la levantó para apartar uno de los suaves y rebeldes rizos de su frente.

—Solo quería prolongar nuestra pequeña escapatoria —dijo ella—. Es tonto. Tienes razón. Debemos regresar a Somerton y ver a tu hermana lo más rápido posible.

Él suspiró, inclinándose hacia el suave roce de sus dedos.

—Ojalá pudiéramos prolongarlo también, pero una parte de mí también anticipa presentarte

Somerton, es decir, llevarte a casa.

—Casa —repitió ella, con un dejo de melancolía en su voz—. ¿Cómo podría discutir con eso?

Capítulo Dieciséis

Rose sabía que estaba siendo absurda. Aun así, no podía apartar el sentimiento absurdo de melancolía que la había estado acosando desde que vio el carruaje al pie del sendero de la iglesia. ¿Será que no deseaba ir a Somerton? Tal vez eso fuera parte de la razón. No es que estuviera deseando conocer a Heloise Somers. Nadie podría culparla por eso.

Quizá lo que le había dicho a Gideon era cierto. Simplemente deseaba que su aventura de viento y tormenta durara un poco más. Habría sido muy divertido sentarse en la posada, rodeada de buenos deseos de gente a la que nunca había visto, compartiendo un desayuno de bodas como ninguno que los suyos en Mayfair pudieran siquiera imaginar.

Ciertamente, eso era un factor, pero sabía que no era la razón por la que de repente sentía que una nube se posaba sobre su cabeza. Mejor enfrentarse a la verdad: estaba esperando con ansias su noche de bodas. Desde esas horas de felicidad en los Midlands, había estado desesperada por sentir nuevamente sus manos sobre ella, por caer nuevamente en esa obsolescencia total y absorbente.

Iba a ser difícil lograrlo con su hermana embarazada interponiéndose entre el altar y su cámara nupcial.

Él debía saberlo también. La verdad es que desde hacía un par de días, una duda la estaba atormentando: él no deseaba repetir la experiencia. Tal vez su actuación había sido mediocre o su inexperiencia la hizo equivocarse de alguna forma inexcusable.

Gideon, desnudo y sobre ella, lamiéndose los labios en preparación para penetrarla en la parte más delicada de su cuerpo, era un lado de él que nunca habría imaginado que existiera. Ahora, imaginarlo casi la hacía gemir. Sentía calor con el deseo de traer de vuelta esa fuerza oculta y primitiva.

Sin embargo, apartó sus ojos de sus manos y los dirigió hacia su nuevo esposo, que la observaba con curiosidad, Dios sabe desde cuándo, mientras el carruaje rodaba por el camino de vuelta a Inglaterra.

—¿Un penique por tus pensamientos? —preguntó él, con tono relajado y agradable.

Estaba pensando en ti desnudo, pensó ella para sí misma, incapaz de evitar echarle una mirada rápida a su figura, antes de devolverla a su rostro. Solo desearía que estuvieras de nuevo sobre mí.

—Nada importante —dijo en cambio.

Podía sentir el calor subiendo a sus mejillas bajo su mirada curiosa. Apartó los ojos, para que no pudiera leer la depravación en sus pensamientos. No importaba cuánto intentara deshacerse de la imagen, seguía apareciendo en su mente: esa parte de él, rígida y palpitante y, sin embargo, insoportablemente suave. Oh Dios, necesitaba edjar de pensar en esto.

—Te molesta que no nos quedáramos —suspiró él—. Lo siento. Probablemente fue una tontería apresurarnos así. ¿Puedes perdonarme?

—Oh, no —sus ojos volaron hacia los de él—. No, no, no. Gideon, no estoy enfadada contigo, te lo juro. Solo... estoy siendo tonta. No necesitas preocuparte.

—No estoy de acuerdo —respondió él, cambiando de posición sobre el cojín y dándole una palmadita al asiento a su lado—. Eres mi esposa. Cualquier cosa que te aqueje a ti, también me aqueja a mí. Ven aquí.

Ven aquí. Solo la profundidad y suavidad de su voz la estaba poniendo al borde ahora. Maldita sea, ¿cómo había sucedido esto?

Se levantó delicadamente y cambió de lado del carruaje, cuidando de no tropezar con sus zapatillas blancas de segunda mano mientras el vehículo sacudía el camino. Estaban ligeramente grandes, al igual que el vestido. Aun así, decían que los objetos prestados traen buena suerte el día de la boda.

Se acomodó en el asiento, con las rodillas rozando las de él y el corazón en la garganta. Ya se había sentado a su lado varias veces en los días anteriores, pero solo por necesidad, al compartir el cuaderno de bocetos para planificar.

Él se había quedado dormido en su regazo, se recordó. ¿Cómo había sucedido eso?

Antes de que pudiera volver a ser la misma de siempre, inquebrantable, él ya la estaba atrayendo hacia su regazo, usando las puntas de sus elegantes dedos para levantarle el mentón hacia él.

—Dime qué te pasa —preguntó de nuevo, más suave, más profundo.

Ella miraba su boca mientras hablaba. ¿Siempre habían tenido esos labios tan deliciosos? ¿Siempre habían estado tan bien esculpidos? Deben haberlo estado. Si lo hubiera notado, se habría enamorado de él ridículamente muchos años antes. Después de todo, era su boca la que no podía imaginar cuando lo había dibujado en Londres.

¿Había sido eso hace mil años?

—Rose —dijo suavemente—. Si sigues mirándome así, voy a tener que besarte.

Dejó que su mirada viajara desde esos labios deliciosos hasta el verde profundo de sus ojos.

—¿Quieres besarme? —preguntó.

Él se rio, con una corta explosión de diversión que hizo que su corazón se hundiera por un momento. ¿Era tan gracioso? Cualquier cosa lo suficientemente graciosa como para hacer reír a Gideon Somers debía ser verdaderamente divertida.

—Rose, es difícil hacer otra cosa que no sea besarte cuando estamos solos así —suspiró, sacudiendo la cabeza y mirando por la ventana un momento mientras las colinas pasaban.

Era difícil creer que la encontrara tan tentadora cuando se distraía tan fácilmente con el paisaje. Aun así, ya lo había dicho, y sus manos estaban entrelazadas en su regazo como si pudiera apretar toda la ansiedad de su cuerpo entre ellos.

Tal vez lo que había dicho sobre querer besarla todo el tiempo fuera simplemente lo que un caballero debía decir, como decirle a una mujer que estaba preciosa cuando terminaba de vestirse para un baile, sin importar lo horrible que fuera la verdad.

Quiso hacer lo mismo que él había hecho con ella y girar su cabeza con su mano. ¿Le estaba permitido eso ahora, como su esposa? Se conformó con colocar la mano suavemente sobre su rodilla, lo que tuvo el efecto deseado, ya que él giró la cabeza de inmediato para mirarla.

—He pensado mucho en nuestra noche juntos —dijo, tan bajo que pensó que sonaba bastante sumisa. Nunca había sido sumisa. No le gustaba, pero ahora no era el momento de preocuparse por eso.

—Ah —asintió lentamente, con los ojos aún sobre la mano que descansaba sobre su rodilla. Dudó, midiendo sus palabras antes de hablar—. Sí. Ambos bebimos bastante, ¿verdad?

—Supongo —murmuró ella. ¿Fue por eso que él había hecho lo que hizo? ¿Por el alcohol?

Se acercó un poco más, acercando su cuerpo al de él mientras su mano subía un poco por su muslo. Lo escuchó inhalar rápidamente. Ella podría haber hecho lo mismo si el cálido aroma de su piel no la hubiera envuelto tan bien desde donde estaba sentada. Deseaba enterrar su rostro en su cabello e inhalarlo mientras exploraba su cuerpo.

Fue un esfuerzo consciente mantener la mano quieta. Podía sentir el calor de su piel a través del

áspero lino de sus pantalones, y eso no hacía nada para callar la cacofonía de impulsos poco femeninos disparándose en su cabeza.

—¿Te sientes arrepentida? —preguntó él, la incertidumbre clara en su tono—. ¿Por lo que hicimos?

—¿Qué? —exclamó ella, dejando de ser tan sumisa en un momento de confusión. Lo miró fijamente, decidida a leer la verdad en sus ojos—. ¡De ninguna manera! ¿Y tú?

La verdad en sus ojos parecía ser alivio, si no sorpresa.

—Ni un poco —respondió él.

—Ni siquiera me has besado desde entonces —señaló ella, sabiendo que sonaba algo infantil.

—Te besé esta mañana, ¿no?

—Eso no es lo mismo. Un reverendo te dijo que lo hicieras.

Podía ver un temblor en esos preciosos labios, un esfuerzo de aspecto sospechosamente divertido para controlar los rasgos. ¿Se estaba riendo de ella?

—Tú tampoco me has besado, — respondió él. —No hemos tenido muchas oportunidades de hacerlo."

—¿No las hemos tenido? — Dejó que su mano se moviera ahora, envalentonada por sus palabras. Acarició con los dedos la línea de su muslo, observando cómo se movía el tejido alrededor de su tacto mientras escuchaba que él tomaba aire. —Estamos a menudo solos en este carruaje, ¿no?

—Así es, — estuvo de acuerdo.

Levantó los ojos de su mano, arrastrando la mirada sobre el tentador calor de su cuerpo hasta que se encontró con sus ojos. Ella tembló, contenta de encontrarlo concentrado en ella, y se inclinó hacia adelante antes de poder considerar el asunto más lejos, apretando sus labios a los suyos.

Ella pensó que sabía un poco a restricción. Tal vez eso fue algo bueno, ya que le permitió disfrutar de la sensación de esos labios debajo de los suyos a su antojo, después de tantos días deseando que encontraran el camino de regreso. Dejó que su lengua saliera para saborear la curva del arco de su cupido y sintió los músculos de su muslo apretarse bajo su mano.

Ella le metió el labio inferior entre los dientes y le dio la más ligera mordida, deleitándose en la forma en que su respiración se aceleró en respuesta. Se apartó solo lo suficiente para hablar en contra de sus labios. —He estado pensando mucho sobre esa noche, — confesó.

—¿Lo has hecho? — susurró, con su mano subiendo por su cuello mientras sus besos empezaban a correr por la línea de su mandíbula. —¿En qué has estado pensando?

Ella no podía decirle eso, ¿verdad? Nunca había dicho tales cosas en voz alta. Por otra parte, ella nunca había estado desnuda debajo de alguien mientras sus cuerpos se unían, hasta Gideon.

—Tus manos, — confesó, justo cuando él dibujó su pulgar hacia el centro de su garganta, sus labios cerrándose sobre la delicada piel debajo de su oreja. —Tu boca. Tu piel. Tu ... — ella se arrastró, de alguna manera todavía encontrando timidez mientras se sostenían así, sus dientes rozando su lóbulo.

—¿Mi polla? — sugirió, la ronca de su voz enviando un pico de calor directamente a su núcleo.

Ella dudó. Nunca había oído esa palabra antes, pero podía adivinar muy bien lo que estaba describiendo. —¿Tu ...? — respiró, arrastrando los dedos por su muslo.

Él usó su mano libre para guiar suavemente su muñeca hacia arriba, colocando la palma de su mano en el bulto duro como la roca debajo de la costura de sus pantalones. Ella se estremeció, sus dedos trazando la forma de él con la suave presión de su mano dándole permiso para hacer lo que quisiera.

—Sí, — respiró. —Sí, he pensado a menudo en tu polla.

—Oh — Dejó su muñeca, sus propias yemas de los dedos arrastrándose por la suave carne de su brazo, que inmediatamente estalló en piel de gallo en respuesta. —¿Y te pareció agradable esta parte de mí?

—Muy placentera, — se quedó sin aliento, inclinándose hacia su aliento caliente a lo largo de su cuello, con sus dedos meciéndose en el cuello de su camisa y tirando de él más cerca. La forma en que su órgano se tensaba contra la tela le fascinaba. Parecía desear su toque, empujando contra la barrera entre ellos.

Se preguntaba cómo reaccionaría si ella soltaba los lazos y llegaba al interior. Su propia piel dentro de su vestido estaba ardiendo con el deseo de ser libre y ser tocada. Sus pechos en particular se estremecían con el recuerdo de las cosas que les había hecho esa noche.

Casi como si pudiera oír sus pensamientos, las yemas de los dedos que habían recorrido el largo de su brazo se abrieron camino hasta su cuello, burlándose del abultamiento de su escote sobre la parte superior de su vestido de novia.

Gemía, arqueando la espalda de una manera que sabía haría que sus pechos se apretaran contra la tela, empujando a más de ellos sobre el modesto escote del vestido. Ella quería ser tocada de nuevo, perderse en el cautiverio de sus deseos.

—Rose, — dijo con una pequeña nota de advertencia. — Si no lo supiera, pensaría que quieres que te vuelva a follar, ahora mismo, en este carruaje.

—Son varias horas hasta Somerton, — dijo, alzando los ojos hacia arriba para encontrarse con los suyos, con su mano aun frotando la protuberancia entre sus piernas. —Habríamos tenido una cama para jugar si nos hubiéramos quedado en Escocia.

—No se necesita una cama, — respondió, metiendo sus dedos en la tela de encaje entre sus pechos y tirando hacia abajo. La fina tela de su cuerpo se deslizó libremente, y sus ojos cayeron sobre las marcas puntiagudas de sus pezones contra la muselina, sus dedos deslizándose hacia ellos.

Miró alrededor de la cámara, insegura. —¿Hay suficiente espacio para que me acueste en uno de los bancos?

Sonrió, un destello depredador en esos ojos suyos mientras le pasaba su pezón endurecido por sus dedos. —¿Es eso lo que quieres? ¿Acostarte de espaldas para mí otra vez? — Presionó un beso en la curva de su cuello. —¿Recuerdas que abriste las piernas para mí? ¿Mostrándome tu bonita flor rosa?

Sí se acordaba. Mordió el labio, dividida entre excitación y vergüenza. Ni siquiera ella sabía cómo era esa parte particular de ella. ¿Le había complacido a él como sus partes le habían complacido a ella?

—Me encantó ver tu cuerpo, — le susurró, con su boca tan cerca de su oído que el calor de sus palabras parecía fluir directamente hacia ella. —Me encantó tocarte, probarte, — se detuvo, sacudiendo la cubierta enrugada que ocultaba su pecho hacia abajo para que la carne desnuda saliera en su mano ansiosa. —Me encantó estar dentro de ti, — dijo con determinación, metiendo sus dedos en su pelo y encontrando su boca otra vez, su lengua ansiosa y exigente. La besó fuerte y profundamente, y cuando se retiró, el verde de sus ojos parecía oscurecerse para reflejar su deseo.

—Hay otras maneras, — le dijo, sus caderas empujándose hacia arriba en las atenciones de su mano. —¿Quieres que te lo muestre?

—Dios, sí —respondió ella, ahogando un gemido mientras él le apretaba el pezón endurecido entre sus dedos—. Sí, por favor.

Él se inclinó para lamerle el pezón, deslizando la lengua sobre él lentamente, como si fuera su

única oportunidad de saborearlo. Luego se apartó, soltándola y deslizándose hacia el borde del banco para contemplarla.

Rose pensó que debía de verse terrible, con un pecho asomando fuera de su vestido, el pezón húmedo, su cabello cuidadosamente recogido ahora desordenado, con pedacitos de pétalos rotos esparcidos por todas partes. Sin embargo, él parecía completamente complacido con lo que veía.

—Sube las piernas al banco —le ordenó, con esa oscuridad apenas contenida en su voz.

Ella obedeció, recostándose contra el lado opuesto del banco mientras las levantaba, permitiendo que sus zapatillas cayeran al suelo debajo de ella.

Él tomó el borde del vestido entre sus dedos, rozando sus tobillos con los pulgares, y la miró a los ojos sobre sus rodillas dobladas.

—Te he imaginado en tales posiciones muchas veces a lo largo de los años —le dijo, mientras comenzaba a levantarle la falda. La seda se deslizaba fácilmente contra la piel desnuda de sus piernas, fresca en contraste con el calor de sus manos—. He imaginado hacerle todo tipo de cosas, señorita Rose d'Aubrey. Cosas que nunca pensé que llegaría a hacer en la vida.

—¿Lo has hecho? —susurró ella, las palabras revoloteando en los bordes de su mente con sorpresa, incapaz de abrirse paso entre el torbellino de su deseo.

—Oh, sí —confesó él, revelando sus rodillas y besando cada una. El vestido era modesto, virginal de hecho, adecuado para una novia. Pero, aun así, no era una verdadera armadura contra los deseos de un hombre. Con un giro de sus muñecas, dejó al descubierto sus muslos suaves y pálidos, acariciando la piel a medida que la exponía.

Le instó a separar las rodillas, con los ojos absorbiendo aquella parte de ella que ya le había mostrado antes. Parecía como si fuera algún gran tesoro, algo que él había deseado intensamente.

—No hay espacio —insistió ella. Sabía que estaba hablando solo para interrumpir la gran intensidad con la que él la admiraba.

—Oh, sí lo hay —replicó él, inclinándose hasta el suelo de la carreta y arrodillándose frente al asiento, como un devoto en misa.

Era lo suficientemente fuerte como para girar sus caderas lo justo como para quedar ahora entre sus rodillas levantadas. Tomó sus tobillos y los deslizó sobre sus hombros, con sus uñas rascando suavemente la piel delicada de sus muslos internos mientras apartaba los restos de su falda y enagua.

¡Seguramente no había necesidad de mirarlo tan de cerca! Sabía que estaba profundamente sonrojada. ¿Le gustaría a él que ella hiciera lo mismo con sus partes? ¿Con sus... *oh!*

La estaba besando. La estaba besando allí, en el centro de su deseo, con los labios tan suaves, perfectamente esculpidos e insistentes como lo habían sido en su boca. Oh, Dios en el cielo, era increíble. Sabía que debería detenerlo, impedirle que hiciera algo tan indecentemente impensable, pero cuando alargó la mano para empujarlo, se encontró acariciando su cabello en su lugar.

Cuando su lengua salió, probando con un gusto tímido el néctar prohibido, sintió su cabeza golpear contra la parte trasera del carruaje. Un sonido escapó de su garganta, crudo y lascivo, que pareció impulsarlo a saborearla más profundamente, lamiendo y deleitándose en cada pétalo de su flor.

—Gideon —gritó, incapaz de moverse bajo el hechizo de lo que él le estaba haciendo. Volvió a decir su nombre en un tono desesperado, sus dedos enredándose en su cabello.

Su agarre en los muslos de ella se intensificó, sus manos clavándose en la suave abundancia de su carne mientras él se adentraba más, hambriento por saborearla, por beber de ella. Ya no podía discernir exactamente lo que él estaba haciendo. Las sensaciones se fundían en un vértigo de

lujuria prohibida.

Sintió el mismo cosquilleo, esa urgencia desesperada, comenzar a construirse en su cuerpo, igual que aquella noche en la posada cuando él se hundió en ella una y otra vez. Oh, pensar en eso no ayudaba, no mientras sentía la suavidad de su cabello entre los dedos y la leve aspereza de su barba raspando contra la delicadeza de sus labios mientras él succionaba partes de ella que ni siquiera sabía que existían.

Intentó decir su nombre de nuevo, advertirle que algo le estaba ocurriendo. Algo ajeno, poderoso, aterrador y decadente estaba a punto de llegar con cada oleada de placer. No podía moverse para detenerlo. Cualquier movimiento solo parecía alentarle a disfrutar aún más de su reciente descubrimiento.

Su visión se volvió borrosa. No importaba. Permitió que sus ojos se cerraran, aunque visiones de esos rizos rojos oscuros, anidados entre sus muslos, permanecieron tras sus párpados. Se permitió emitir los sonidos que había estado conteniendo, gimiendo y suplicando mientras él la conducía hacia la cima de un pico desconocido.

Y entonces, como un estallido de luz, atravesando la oscuridad de su placer, su cuerpo se estremeció con fuerza, liberando ola tras ola de algo *más*. Lo sintió brotar desde la punta de sus dedos y los dedos de sus pies, con sus piernas aferrándose a los músculos de la espalda de Gideon, su cuerpo arqueándose en una curva de sensaciones explosivas.

Debió haber gritado de nuevo o dado alguna señal de ese momento milagroso, porque él supo ser más suave, sin abrumarla con atenciones placenteras, sino cubriéndola de pequeños besos a lo largo de sus muslos y detrás de las rodillas.

Con toda la delicadeza del mundo, levantó sus piernas de sus hombros, envolviéndola en una bola temblorosa de dicha, y se acomodó en el banco opuesto. La miraba con esos ojos oscuros, como si estuviera grabando en su memoria cada estremecimiento de su cuerpo, lamiendo los restos de su placer de sus labios.

Sus ojos cayeron sobre la dura y apretada protuberancia entre sus piernas que ella había estado acariciando momentos antes. ¿Su miembro podría experimentar la misma euforia que el de ella? ¿Eso era lo que un hombre sentía al derramar su semilla?

La idea de poder hacerle a él lo que él le había hecho a ella le provocó una oleada de deseo, tensando el lugar húmedo y bien recorrido entre sus piernas. Santo Dios. Se dio cuenta de que quería más. Quería días enteros de esto, sin fin. Quería ver ese lado depredador y hambriento de Gideon, que la tocaba y atormentaba y le dejaba acariciarlo entre las piernas tan a menudo como fuera posible.

—Podría sentarme en tu regazo —murmuró, mirándolo. —Quiero sentarme en tu regazo.

Él permaneció quieto y en silencio, observándola jadear en medio de la dicha. Pareció tardar un momento en procesar lo que ella había dicho.

—Eres bienvenida siempre en mi regazo —respondió, con la mirada recorriendo su pecho expuesto y su falda arrugada.

Se impulsó, llevando sus piernas temblorosas alrededor para posar sus pies descalzos en el suelo del carruaje.

—¿Podrías estar dentro de mí si me sentara sobre ti? —preguntó, con la voz entrecortada ante la idea.

—¿Quieres que esté dentro de ti, Rose?

Ella asintió, inclinándose hacia adelante y apoyando sus manos en sus rodillas.

—Dilo —le ordenó, inclinándose para levantarle el mentón y que lo mirara a los ojos. —Di que quieres que esté dentro de ti.

Gimió, su cuerpo inclinándose hacia él como si una fuerza invisible la atrajera.

—Quiero que me llenes —susurró, sus manos subiendo más. —Por favor, Gideon.

No esperó su respuesta. Parecía que él estaba saboreando sus palabras en ese momento, absorbo en ellas.

Tiró de los cordones de sus pantalones, las delgadas cintas de cuero cedieron fácilmente en sus manos. Él se liberó, rígido y lleno de deseo bajo su mano. No había visto esa parte de él tan de cerca la última vez, y el deseo de examinarlo y explorarlo, como él había hecho con ella, batallaba en su interior junto con el impulso de hundirlo profundamente en su cuerpo.

—Más vale que te subas ahora si quieres —dijo él con voz tensa. —Si sigues acariciándome así, será demasiado tarde.

Tenía muchas preguntas sobre ese comentario, pero podían esperar. En su lugar, subió las manos a sus brazos y le permitió que la alzara por encima de la barrera para acomodarla en su regazo. Apartó su falda, sosteniéndose sobre las rodillas mientras intentaba encontrar la forma de ejecutar esta maniobra.

Él resolvió el dilema por ella, tomándola por la cintura con una mano y su miembro con la otra, guiándola hacia la suave cabeza, tibia y cubierta de su deseo.

Exhalaban al unísono mientras ella lo acogía, hundiéndose hasta el fondo mientras sus muslos se aferraban a los suyos. Era exactamente lo que ella había querido.

La atrajo hacia adelante y capturó de nuevo su pecho desnudo en su boca, sus dedos enroscándose en su espalda y manteniéndola quieta mientras comenzaba a hacer movimientos pequeños y precisos hacia arriba, penetrándola.

Una vez más, estaba abrumada por las sensaciones. Demasiado perdida en el abismo como para resistirse o hacer otra cosa que permitirle usar su cuerpo de esa manera, mientras disfrutaba de la lujuria cruda de su invasión. En ese momento, pensó que podría resistirse a ir al límite de nuevo. El impulso de resistir apareció, como si experimentar algo así dos veces fuera pecaminoso.

Pero era demasiado para ambos. Sus cuerpos se movían al unísono, con sus pieles encendidas por el deseo del uno por el otro. Podrían haber pasado minutos o horas, y Rose no habría sabido la diferencia.

Él apartó su boca de su pecho y llevó sus labios hacia los de ella. Se besaron profunda y desesperadamente, y con un estremecimiento mutuo de placer, encontraron juntos el camino hacia la dicha una vez más.

Capítulo Diecisiete

Rose dormía, acurrucada en el pliegue del brazo de Gideon, con la cabeza descansando cómodamente sobre su pecho. Le parecía sorprendente lo entrañable que era escuchar su respiración profunda y satisfecha. Qué cosa tan tonta que le hacía sentir pequeños estallidos de afecto en su pecho.

Cuando llegó la noticia de su primer compromiso, con el deplorable Henry St. Claire, pensó que su corazón se rompería. Para fortalecer su espíritu y ofrecerse algo de consuelo frío, razonó que la realidad de Rose como mujer nunca podría igualar a Rose como fantasía. Seguramente los fugaces primeros meses de su amistad habían mostrado una imagen incompleta.

El ardor siempre se enfría, se dijo a sí mismo, siempre tan sensato. Ella tiene defectos como cualquier mujer, y seguramente, si hubiera podido proponerle matrimonio como tenía previsto, habría llegado a arrepentirse de esa decisión cuando todas sus vulnerabilidades y su humanidad imperfecta salieran a la luz.

Qué equivocado estaba. Cada incertidumbre tímida, cada broma inapropiada parecía atraerlo aún más a su hechizo. Incluso ahora, mientras ella olisqueaba en su sueño, reajustándose de tal forma que su codo lo clavaba dolorosamente en el costado, de algún modo parecía encantador.

Se preguntaba cuánto recordaría de lo que le había dicho en el calor de su pasión. Ya había confesado a ella, en dos ocasiones, trozos de su largo enamoramiento, tan envuelto en vivir sus fantasías más deprimentes que era incapaz de callarse. No era propio de él. Siempre había mantenido la cabeza fría, incluso en las situaciones más complicadas, y había guardado sus secretos personales cerca de su pecho.

Miró a su nueva esposa, con su cabello rubio despeinado esparcido con pétalos de flores rotos. No estaba seguro de si quería que ella recordara lo que había dicho o no. Una parte de él sí quería que supiera cuánto tiempo había estado perdidamente enamorado de ella. La otra parte temía su reacción.

Dudaba que ella recordara siquiera su primer encuentro. Esa noche también llevaba flores en el cabello. Apenas habían pasado unas semanas desde su debut, y aunque Gideon había sido reacio a asistir al baile esa noche, había sido aún más reacio a ser emparejado con alguna debutante parlanchina que frunciría el ceño y se preocuparía por su incapacidad para mantener una conversación casual en la pista de baile.

Irónicamente, fue Henry St. Claire quien organizó su vals. En esos días, solía empujar a Gideon hacia situaciones sociales diseñadas para llenarlo de temor. En ese entonces, pensó que era una broma de escolares, un vestigio de sus días en Eton. Ahora sabía que no era así. Había sido malicia, pura y simple.

Su corazón se hundió, recordó con un suspiro irónico, al verla flotar a través del salón de baile. Llevaba un rojo tan profundo que parecía púrpura, con violetas azules tejidas en su cabello rubio dorado. Lo último que quería era decepcionar a otra belleza de la Sociedad con su torpeza, que con frecuencia era interpretada como desdén.

Henry se quedó allí, disfrutando, mientras los presentaban. Debía haber sabido, en lo más profundo de su oscuro corazón, que una debutante brillante con una sonrisa radiante y una aguda inteligencia haría que Gideon entrara en pánico por dentro. Hizo un par de comentarios punzantes a costa de Gideon, tal vez esperando que la vergüenza lo tropezara cuando llegara el momento de bailar.

Ella no vaciló, primero pasando de largo los comentarios, y luego inclinando la cabeza hacia

Henry con una mirada interrogante mientras seguían llegando.

—Si no supiera lo que sé —dijo con picardía—, pensaría que es otra chica, hirviendo de celos porque iba a bailar con Lord Gideon en lugar de con usted.

—Quizás simplemente desee ocupar su lugar —respondió Henry con suavidad, sonriéndole de una forma que había llevado a otras doce chicas a la ruina.

—Sí, creo que lo desea —se rio ella—. Pero, lamentablemente, tendrá que seguir siendo Henry el resto de esta vida.

Se vio tan sorprendido por esta cortesía que Gideon no pudo evitar ahogar una risa, que rápidamente sofocó con su mano enguantada. No creía haber visto a otra persona hacer callar a Henry St. Claire de esa forma, ni en todos los años en la escuela ni en los siguientes en Londres.

En lugar de quedarse allí a disfrutar del momento, Rose había tomado su cálida mano y la había colocado en el pliegue de su codo, mirando sus ojos dorados hacia él con una sonrisa cómplice.

—No puedo esperar hasta que llegue el turno adecuado en mi tarjeta de baile —dijo—. ¿Bailamos ahora?

Y lo hicieron. Bailaron dos veces esa noche, y si Gideon hubiera creído que podría salirse con la suya, habrían bailado una docena de veces más. Cuando estaba con ella, se sentía extrañamente relajado, como si toda la presión y el escrutinio de la sociedad se desvanecieran. Era lo más extraño.

Por una generosa casualidad, cayeron en el mismo círculo de amigos ese año. Claro, hablaron más allá de eso, pero nunca tuvieron la oportunidad de pasar tiempo a solas nuevamente, lo cual, por supuesto, era el diseño mismo de la sociedad.

Al final, ella aceptó la propuesta de St. Claire. Aceptó casarse con el canalla mientras Gideon aún estaba en Yorkshire lidiando con las consecuencias de la muerte de su padre. No podía haber sabido que él planeaba hacerle una oferta tan pronto como pudiera regresar a Londres. Eso era su culpa. ¿Cómo podría haberlo sabido? Ni siquiera había dado el primer paso para cortejarla.

Debería haber propuesto matrimonio antes de que terminara su primera temporada. Siempre se arrepintió de eso.

Quizás ella lo habría rechazado a favor de Henry de todos modos. Sabía que ella nunca había correspondido su enamoramiento. ¿Cómo podría? Nunca le dio motivos para notarlo de ninguna otra manera que no fuera la de un simple conocido, tal vez un amigo por asociación. De hecho, aún le desconcertaba cómo alguien podía hacer tal cosa intencionalmente.

Su esperanza había descansado en la creencia de que la sensatez de su propuesta habría conducido a una vida donde podría ganar su amor con el tiempo. Esa era la única forma en que podría competir con los consumados seductores de Londres, con firmeza y tiempo.

¿Había soñado ella con un hombre como Henry para ser su otra mitad? Si era así, Gideon sabía que sería una grave decepción. No tenía cabeza para gestos románticos ni para esas coqueterías que ponían un rubor rosa en las mejillas de las jóvenes bellas.

Frotó su pulgar en círculos sobre el brazo que descansaba bajo su mano. Ella era suya ahora. Eso era lo único que importaba. Si tenía que aprender esas habilidades, lo haría. Por ella.

Las ruedas de la carreta dieron un sobresalto al pasar del suave césped de la carretera principal al camino de acceso a Somerton.

Suspiró. Era tarde. Tan tarde que tendrían que colarse en su propia casa y presentarse y hacer las presentaciones por la mañana.

Entrecerró los ojos cuando la casa apareció a la vista, imponente y oscura en la distancia. Su bisabuelo había insistido en diseñar la casa en forma de media luna, imitando algunas de las propiedades de Bath-Spa. En la oscuridad, a Gideon le parecía más bien una criatura con los

brazos extendidos en busca de víctimas extraviadas.

¿Por qué había tantas luces encendidas a esta hora? Incluso desde allí podía ver el tenue brillo de varias habitaciones, iluminadas como si fuera mediodía. Quizás colarse en la casa iba a ser más complicado de lo que había previsto.

A regañadientes, miró a Rose y levantó la mano hacia su cabello, acariciando el costado de su mejilla para despertarla.

—Amor mío —dijo suavemente, observando cómo sus pestañas temblaban.

—¿Hmm? —respondió ella, abriendo los ojos y dedicándole una sonrisa somnolienta, todavía adormilada con la satisfacción de lo que había sucedido antes—. Ah. Hola, Gideon —bostezó.

—Hola, Rose —se rio él—. Lamento despertarte. Deberíamos levantarnos y arreglarnos lo mejor posible.

—¿Por qué? —preguntó ella, frotándose los ojos.

—Porque —dijo, inclinándose para robar un beso de sus labios soñolientos—, ya estamos en casa.

Era imposible acallar el sonido de los cascos de los caballos sobre el camino de adoquines. Qué extraño que nunca hubiera notado el alboroto que podía hacer un carruaje, con las ruedas retumbando y los caballos relinchando.

Empujó las puertas y saltó del carruaje justo cuando las puertas de la mansión se abrieron de par en par, iluminando la rechoncha figura de la ama de llaves, la señora Laughlin, mientras marchaba decidida hacia ellos, con las manos apretadas a los costados. Su bata de encaje ondeaba en el viento y su largo cabello castaño estaba trenzado en un grueso cordón, metido bajo una cofia de encaje en la coronilla.

Miró por encima del hombro a Rose, quien se apresuraba a acomodarse el cabello, algo alarmada por la figura sombría que avanzaba hacia ellos.

—¡Oh, miren esto, otra llegada a medianoche! —la voz resonó en la noche, el sonido de sus tacones golpeando las piedras como disparos—. La familia Somers, uno a uno, descendiendo sobre esta casa sin previo aviso. ¡Nos enteramos de todo por los chismes del cementerio! ¡Todos nosotros, boquiabiertos en la ignorancia! ¿Y qué tienes que decir en tu defensa, joven?

Se detuvo con los brazos en jarra, fulminando no a Gideon, sino a Graham, quien la miraba con asombro en sus ojos.

Su rostro se aflojó al observar al hombre en el asiento del conductor.

—¿Quién diablos eres tú? —exclamó.

Graham abrió la boca para responder, pero ella ya se había dado la vuelta, girándose para encarar a su patrón.

—La Señora Laughlin —intervino Gideon, avanzando, con una voz calmada que contrastaba con su enojo—. Graham tuvo la amabilidad de traernos a mí y a la nueva vizcondesa Somers al norte, de parte de Lord Moorvale.

—¿Moorvale? —replicó, subiendo una octava, con los ojos encendidos mientras miraba a Gideon—. ¿Dejaste a mi Callum con Sheldon Bywater?

—Solo temporalmente —dijo Gideon, alzando las manos—. Debería regresar con nosotros en breve.

—¿Ah, sí? —respondió ella, entrecerrando los ojos—. ¡Con un repertorio completamente inapropiado de nuevas experiencias, apostarí!

—Callum ya es un hombre —dijo Gideon, sabiendo que su tono calmado tenía un toque de desesperación—. Sabrá cuidarse.

—¡Callum se lanza de cabeza a cualquier problema que pueda encontrar! —replicó ella, pellizcándose el puente de la nariz con exasperación.

—Buenas noches —dijo Rose desde atrás, saltando del carruaje lo más delicadamente posible en su arrugado vestido de novia. Saludó la escena con el porte de una dama que acabara de interrumpir un té casual, en lugar de un enfrentamiento en plena noche.

La señora Laughlin no se movió, pero sus ojos se dirigieron a Rose.

—Buenas noches para usted también —dijo en tono cortante—. Lady Somers, ¿supongo?

Rose hizo una reverencia en señal de afirmación. Su rostro estaba sereno, pero Gideon sabía que la diversión bullía bajo la superficie ante este despliegue. Esta no era precisamente la entrada clandestina que él le había descrito en el camino.

El ama de llaves suspiró, alzando las manos al aire.

—Entonces, entremos y salgamos del frío —decidió—. La habitación principal está lista, pero solo porque la distinguida *señorita* Somers nos ha honrado con su inesperada presencia. Y estoy segura de que usted está aquí para ocuparse de esa situación.

La condujo por el camino, haciendo un gesto con la cabeza a Graham que debió de servirle como permiso para dirigirse a los establos. Él no esperó para averiguarlo, azotando las riendas y llevando el carruaje a lo que Gideon pensó que lo hacía a una velocidad casi irresponsable.

Rose llevaba su maletín a un lado, caminando junto a él mientras era reprendido por una mujer que, según todos los informes, debería ser su subordinada.

—El maestro Alex quería la suite —dijo, empujando la puerta agrietada y guiándolos al vestíbulo iluminado por velas—, pero yo dije que no, que Lord Somers volvería antes de que se diera cuenta y querría su habitación adecuada. Y tuve razón, ¿verdad?

—¿Alex? —repitió Gideon, deteniéndose en seco. —¿Dijiste que Alex está aquí?

—Mmm —respondió ella sin hacer comentarios, subiendo directamente las escaleras hacia los dormitorios, con la falda de su bata de noche agarrada con los puños. No miró atrás.

Gideon se quedó congelado al pie de las escaleras, con una sensación apagada de sorpresa y enojo empezando a calar en sus huesos.

—¿Gideon? —susurró Rose, mirándolo con los ojos entrecerrados. —¿Estás bien?

Él la miró, atrapando un bostezo detrás de la mano mientras su maletín caía a su lado. No era el momento adecuado para explicarle lo profundamente que deseaba estrangular a su hermano menor. Claramente ya estaba medio dormida.

Tal vez una vez la acomodara en la cama, podría encontrar a Alex en sus habitaciones y encargarse de estrangularlo antes de que el otro pudiera despertarse. ¿Por qué demonios estaba aquí? ¿Por qué ahora? ¿Sabía algo sobre Heloise? ¡Aparentemente, la señora Laughlin lo sabía!

—Gideon —susurró ella de nuevo, tomando su mano—. Dejémoslo para mañana, ¿sí? Ya es muy tarde.

Suspiró, adelantándose para tomar el maletín de sus manos y apretando la mano que ella había puesto en la suya. Subieron las escaleras juntos, encontrando la habitación principal vacía, con la puerta abierta de par en par. Evidentemente, la señora Laughlin se había tomado la libertad de retirarse por la noche.

La condujo hacia dentro y cerró las grandes puertas dobles silenciosamente detrás de él. La habitación parecía fría y estéril en comparación con la acogedora habitación que habían compartido en la posada. Las paredes parecían demasiado distantes, los muebles demasiado prístinos e intocados.

A Rose no parecía importarle. De hecho, él tuvo que sujetar su brazo para evitar que se metiera en la gran cama principal, completamente vestida, y volviera a quedarse dormida de inmediato.

Ella era flexible bajo sus manos y, por suerte, recordó cómo quitar las capas de su vestido y corsé.

Mantuvo los ojos apartados, sin saber cómo reaccionaría al verla desnuda mientras se quitaba la ropa. Ya era tarde y ella estaba demasiado cansada para que sus impulsos más bajos tomaran el control.

En lugar de eso, se inclinó sobre su maletín y rebuscó dentro, buscando la prenda de tela blanca con la que ella solía dormir. Cuando la encontró, se giró para descubrir que su esposa ya había desaparecido de su lado, y estaba delicadamente roncando en su cama, envuelta en una montaña de damasco y seda. Un rastro de pétalos de flores de su cabello había quedado a su paso.

Se quedó allí por un momento, sin saber qué hacer. Colocó la prenda de tela delicadamente de nuevo en el maletín.

Ya era demasiado tarde para despertar a su hermana o a su hermano, y sabía que lo sensato sería dormir un poco. No había nada urgente que hacer con la casa mientras todos estaban acostados. A pesar de la urgencia que había sentido por regresar aquí, se sentía completamente sin una vocación obvia.

Pero allí estaba Rose d'Aubrey – no, Rose Somers – cálida, suave y acogedora en su cama. Incluso si no podía encontrar el sueño, no podía pensar en un lugar mejor para pasar las últimas horas de la noche.

Capítulo Dieciocho

Había un baño esperándola cuando despertó, sacudida por sueños extraños que entrelazaban las partes de su viaje desde Londres hasta allí. Se oían murmullos y ruidos mientras la ama de llaves misma se movía por la habitación, recogiendo flores del suelo y revisando el maletín de Rose.

—Buenos días —dijo Rose, asegurándose de estar completamente cubierta por las mantas pesadas de la cama.

Gideon ya no estaba, pero aún podía oler su aroma en las almohadas. Hubiera querido que la despertara antes de irse.

—Buenos días, Lady Somers —cantó la señora Laughlin, un contraste rotundo con la mujer hosca y alborotada que había sido la noche anterior—. Debo disculparme por mi comportamiento anoche. Una nunca es una misma en esas horas tan tempranas.

—Ciertamente —respondió Rose, apartándose algunos mechones de su cabello enredado para ver mejor a la mujer. Gideon le había mencionado que la mayoría del personal había sido despedido durante la temporada, pero aún le parecía extraño que la encargada de la casa se ocupara de sus asuntos. —Me temo que mis cosas están un poco maltratadas.

—Sí, lo están —asintió la señora Laughlin, sacudiendo el vestido de boda prestado—. Haré que todo se lave y se planche para usted. Y por supuesto, el señor ya ha solicitado que el sastre la atienda a la mayor brevedad, pero necesitará algo para ponerse hoy.

—El vestido amarillo —le dijo Rose—. Debería estar en el fondo del baúl. Servirá perfectamente para el día. Y, por supuesto, puedo enviar a buscar mis cosas de Devon.

—¡Oh! Eso me recuerda —sonrió la señora Laughlin a Rose, amable como nunca—. Ha llegado una carta para usted. Llegó medio día antes de que usted lo hiciera. La llevaré a la habitación y podrá leerla después del desayuno. Ya es bastante tarde para eso, así que ¡arriba! ¡Vamos a hacer que se vea presentable!

—Yo... um —Rose miró a su alrededor, un tanto desorientada—. No supongo que tenga una bata de baño que pueda usar. Me temo que me quedé dormida bastante desnuda.

—¿De verdad? —dijo la señora Laughlin, levantando las cejas sobre sus ojos negros como el azabache—. Supongo que era su noche de bodas, después de todo.

—Sí, supongo que sí.

—Añadiré una bata de baño a su pedido con el sastre, ¿qué le parece? Por ahora, use la sábana, pero apúrese al baño o se perderá con todo el alboroto.

Rose se encontró obedeciendo, pero no lograba entender del todo por qué.

El vestido amarillo era lo suficientemente útil, aunque Rose no podía deshacerse de la sensación de que olía al carruaje. Había pliegues en la tela y su cabello estaba recogido en un simple moño porque ni ella ni su vestimenta tuvieron tiempo para los cuidados de una plancha. Aunque hubiera preferido ser una mujer completamente armada de calidad al conocer a su nueva hermana y hermano, tendría que conformarse con eso.

Bajó las escaleras detrás de la señora Laughlin, quien la señaló en dirección al comedor, pero la dejó completamente sola para que lo encontrara por su cuenta. No habría sido difícil hallarlo, incluso sin indicaciones, ya que las voces elevadas que se oían del pasillo iluminado se escuchaban claramente en el vestíbulo, si no en todo el extremo de la mansión.

Se adelantó sigilosamente, decidiendo que debía esperar a un momento oportuno en la discusión para hacer notar su presencia. *Esa es la razón defendible*, pensó, *y cualquier escucha es solo un efecto secundario desafortunado*.

—No veo por qué tengo que explicarme en primer lugar —se escuchó una voz masculina, similar a la de Gideon, pero no exactamente la misma—. Soy un adulto, ¿no? Libre para forjar mi propio destino.

—Sí, bueno, darles libertad a los dos no ha resultado en nada más que desastres —respondió una voz más grave, contenida. Era la voz de su esposo, sin duda—. Y estás forjando tu propio destino a costa de las arcas de la familia. ¿Crees que tu permanencia eterna en Oxford es una limosna?

—Creo que es una maldita inconveniencia —respondió la voz—. Y, ¿por qué estoy siendo juzgado aquí de todos modos? Es Hel quien finalmente ha logrado captar tu atención.

—No me hagas esto a mí, maldito —respondió una voz más aguda, resonando con su propia defensa—. Si fueras una mujer, ya habrías sido comprometido cincuenta veces.

Hubo un momento de silencio y luego una risa renuente del hombre más joven.

—Bueno, eso me dejó sin palabras.

Gideon suspiró, y ella escuchó cómo su silla se alejaba de la mesa. Se acercó sigilosamente, intentando ver a la familia antes de anunciarse, pero no logró ver más que sombras.

—¿Por qué estás aquí, Alex? —preguntó Gideon, con un tono que dejaba claro que no era la primera vez que le hacía esa pregunta.

—Le escribí, ¿de acuerdo? —interrumpió Heloise, con su voz temblando un poco con la confesión—. Estaba aterrada y sola, y escribí a mi familia, esperando que al menos uno de ustedes viniera.

—Yo llegué primero —se señaló Alex, sonando como si hablara con la boca llena—. Eso vale algo.

—¿Oh? ¿Y qué vale eso? ¿Has pensado en atender alguna de sus necesidades desde que llegaste?

—preguntó Gideon con ese tono bajo, engañosamente tranquilo—. ¿Un médico, tal vez? ¿Una partera?

Alex se burló.

—Conseguí a una modista de Leeds que no podía chismorrear con nadie local. Ahora tiene ropa que le queda, lo cual, te aseguro, era el problema más urgente. ¡Mírala!

—Sí, claro —respondió ella, ácida—. Me encanta que me miren así en este momento.

—No dejes que te intimide, hermana —rio Alex—. Gideon podría haberse ocupado de todos tus asuntos médicos si no se hubiera retrasado fugándose a Escocia con la Debilucha.

—¡No la llares así! —gruñó Gideon.

—Excelente trabajo evitando el escándalo, buen amigo —continuó Alex por encima de él, masticando su comida como si no tuviera la menor preocupación en el mundo—. Verdaderamente un trabajo sublimel. No creo que ninguno de nosotros haya llegado a figurar en una hoja de escándalos antes de ahora, ¡pero tú lo lograste! ¡Tú! Sir Galahad atrapado en un escandaloso romance con Morgana Le Fay. Los chismes están rugiendo. Para ser honesto, casi me siento orgulloso.

—Alex —dijo Heloise en un tono de advertencia—. Basta.

Hubo otra pausa tensa. Rose pensó que estaba esperando esas pausas, pero esta parecía especialmente poco ideal para hacerse notar. Sin embargo, mientras se alargaba, se dio cuenta de que tal vez no tenía otra opción.

Encontró una mesa en el pasillo cercana con la que tropezó, fingiendo sorpresa por el ruido que hizo con un pequeño “¡ups!” y esperando que eso fuera suficiente para anunciar su entrada.

Al llegar a la vista del arco, encontró a su esposo de pie, completamente erguido al frente de la mesa, agarrando la parte trasera de una silla con tal fuerza que sus dedos se habían puesto blancos. Estaba de nuevo con su traje completo de armadura, como Rose lo consideraba, impecable desde el brillo de sus zapatos hasta el nudo en su cuello. Sir Galahad, en efecto.

Al pie de la mesa estaba el hermano menor de los Somers, recostado en su silla con el pie apoyado, metiendo trozos de pasteles con mantequilla en la boca. Era más delgado que Gideon, más ágil, y sin duda menos correcto. Tenía un mechón de cabello rojo brillante, cortado más corto de lo que era estrictamente elegante, y había llegado al desayuno con las mangas de la camisa arremangadas y sin corbata.

En el centro exacto y silueteada por la gran ventana, estaba finalmente la misteriosa Heloise. Su embarazo estaba en gran parte oculto bajo la mesa, así que en su lugar, Rose solo obtuvo la impresión de una joven de rostro afilado con una abundante melena roja volcánica que caía alrededor de sus hombros. Ella y el hermano menor estaban cubiertos por una generosa cantidad de pecas.

Heloise devolvió la mirada de Rose desde su asiento, con el tenedor y cuchillo suspendidos sobre sus huevos. No era la belleza mítica que Gideon había descrito, ni la gorgona escamosa que Gloriana le había hecho esperar. Era una chica bonita con rasgos llamativos, aunque poco a la moda, flanqueada por dos hermanos que podrían poner a prueba a la mujer más decidida.

Los tres la miraban. Rose nunca había tenido problemas bajo la mirada de las multitudes, pero esa mañana se sentía completamente clavada en su lugar bajo sus tres miradas. Mientras Heloise ofrecía una sonrisa tímida de disculpa, Alex la evaluaba como si fuera ganado. Encontró los ojos de Gideon y esperó que el pánico en los suyos pudiera cruzar la habitación.

—Rose —suspiró Gideon, soltando la silla y caminando inmediatamente hacia su lado—. Te pido disculpas por el ruido. Las reuniones familiares a veces pueden ser un poco tensas.

Heloise y Alex intercambiaron una mirada a sus espaldas. Alex sonrió ampliamente mientras Heloise levantaba una servilleta de tela hacia sus labios para esconder su propia sonrisa.

Rose tomó el brazo de Gideon, inmediatamente tranquilizada por su cercanía.

—Permíteme presentarte a mi hermano, Alexander Somers, y a mi hermana, Heloise Somers —les dijo a ellos—. Esta es la nueva Vizcondesa Somers, mi esposa.

—Un placer —murmuró Rose, asintiendo a cada uno de ellos por turno.

—¿No va a desayunar? —preguntó Alex, señalando la variedad de comida sobre la mesa—. Los scones están especialmente buenos.

Ella asintió, permitiendo que Gideon la llevara al asiento frente a Heloise, en el cual se hundió con una sonrisa tensa a sus nuevos hermanos. Ignoró el peso de su silencio, consciente de cómo la observaban mientras preparaba un pequeño plato.

No fue hasta que se acomodó en su silla, lista para desayunar, que alguien habló.

—¿Y cuál es su nombre, Vizcondesa de Somers? —preguntó Alex, inclinándose hacia adelante con fingida fascinación—. No podemos llamarla por su título todo el tiempo.

Ella levantó una ceja hacia él. —Pero ya saben mi nombre, ¿verdad?

Él dudó, arrugando la frente pensativamente. —No creo que lo sepa, en realidad. ¿Nos hemos conocido?

—No —dijo ella con humildad, tomándose un momento para servirse una taza de té—. Pero cuando me acercaba, los escuché recitar mi nombre de las hojas de chismes. ¿No servirá eso como una forma de dirigirse a mí?

Él tuvo la gracia de sonrojarse un poco, lanzándole una sonrisa torcida. —¿Lo escuchó, eh?

—Por supuesto que sí. Estabas gritando lo suficiente —lo reprendió Heloise.

—Supongo que podría llamarme Morgana Le Fay, si lo prefiere. Lo prefiero a la "Mujer Mortal" —respondió Rose.

—Le pido perdón —dijo él, inclinando la cabeza con una mano sobre el corazón de forma solemne—. Al ser agraciado con su presencia, me queda claro que no es otra que Ginebra renacida.

—Oh, no, tenía razón —respondió Rose fácilmente, mostrándole su sonrisa más encantadora—. Mucho mejor una bruja peligrosa que una reina infiel, ¿no cree?

Heloise soltó una risita, bajando la vista hacia su plato. Gideon permaneció en silencio, observando el intercambio con una mirada cautelosa.

—Como diga —cedió Alex.

Los tres tenían esos mismos ojos verdes, se dio cuenta. Mientras los de Gideon eran oscuros e intensos, los de su hermano brillaban con travesura.

—Ha llegado en el momento adecuado, querida Morgana —continuó él—. Necesitamos magia en esta casa.

—Eso dice todo el mundo —suspiró ella—. Pero me temo que usé lo último de mi poder para encantar a tu hermano para nuestro escandaloso matrimonio.

—Ah, ¿tras un título, eh? —sonrió Alex—. Qué chica tan lista.

—¡Alex! —siseó sus dos hermanos al unísono.

—¿Por qué no? —respondió Rose, parpadeando hacia él mientras levantaba el tenedor hacia su boca—. Simplemente estaba desesperada por tener un hermanito travieso. Soy hija única, ya ves. Los tres se sobresaltaron por la carcajada que vino de la cabecera de la mesa. Gideon había encontrado su asiento, y parecía haber cambiado la tensión que había sentido momentos antes por una risa fuerte a costa de su pequeño hermano.

Suspiró, sacudiendo la cabeza y comenzando a comer su propio plato, ajeno a las miradas de ojos bien abiertos de sus hermanos. Rose, sin embargo, se sintió calentarse por su diversión y empezó a comer con la sensación de que las cosas estaban saliendo tal como deberían.

Capítulo Diecinueve

—Me gusta ella, ¿sabes? —dijo Alex, girando el cuello de un lado a otro. Había estado hablando sin parar desde que pusieron un pie fuera de la casa, como si la incomodidad de la ropa adecuada le causara un dolor físico—. A Rose, me refiero.

—Ya me imaginaba a quién te referías —respondió Gideon secamente.

Ambos estaban ensillando sus caballos, ajustando las riendas y revisando los estribos por sí mismos. Parecía que una de las cosas que Alex había hecho de manera sensata era despedir a la mayoría del personal para evitar que la noticia sobre el estado de Heloise llegara al pueblo cercano.

El inconveniente de esto, por supuesto, era que apenas se estaba haciendo mantenimiento en la finca a medida que la primavera avanzaba, y no había muchas manos para ayudar. Gideon había esperado que Graham estuviera en los establos para asistirles esa mañana, pero parecía que había dejado el carruaje atrás y tomado un caballo para ir a Moorvale a recuperar a su hija, la partera, por petición de Rose.

—No es lo que imaginaba para ti —continuó Alex, alisando su mano sobre el cuello de su caballo—. Ni en mil años.

Eso consiguió captar su atención. Dio un último tirón a la correa de su silla de montar y se giró para enfrentar a su hermano, levantando una mano para proteger sus ojos de la luz del sol que entraba a raudales por las vigas del establo.

—¿Qué imaginabas?

Alex contuvo una sonrisa, sabiendo que ahora tendría que explicar algo que no era precisamente halagador.

—No lo sé. Alguien severa y seria. Alguien como tú. ¿No es así como se supone que deben ser los matrimonios? La gente se empareja con quienes son como ellos.

Gideon consideró esto.

—Nuestros padres no eran muy parecidos.

—No, pero mira cómo salió todo eso.

Se intercambiaron una mirada que decía más de lo que jamás habían dicho en voz alta. La aparente ausencia despreocupada de su madre tras la vergonzosa muerte de su padre no parecía la obra de una viuda en duelo.

—¿Te casarías contigo mismo? —le preguntó a su hermano—. ¿Una versión femenina de Alex Somers?

Alex parpadeó, un destello de varias emociones cruzando su rostro apuesto.

—Dios santo, absolutamente no —se dio cuenta—. Considera mi punto retirado.

Gideon asintió, revisando las hebillas una vez más antes de subirse a la silla de montar.

—Creo que un matrimonio exitoso funciona más como un contrapeso añadido a una balanza —dijo—. Si encuentras un buen balance, beneficia a ambos. Si son demasiado diferentes, uno sobrepasará al otro.

Acarició a su caballo para que avanzara, saliendo del establo hacia la brillante luz de la mañana tardía, esperando que su hermano lo siguiera. ¿Era cierto? ¿Era Rose su contrapeso perfecto? No podía evitar pensarlo.

—Solo llevas un día casado —señaló Alex, alcanzándolo al lado—. Quizá no seas un verdadero experto todavía.

¿Solo un día? Gideon sentía como si hubiera estado atado a Rose, de corazón y alma, durante

años. Parecía absurdo que apenas hubiera pasado poco más de una semana desde que la había convencido de dejar atrás toda su vida para huir con él, hacia lo desconocido de los dramas familiares de los Somers.

—Además —continuó Alex, haciendo un gesto para que se dirigieran hacia el este, donde podría haber vegetación descontrolada debido a la falta de jardineros este año—, ella no es precisamente la que va a reparar la imagen familiar y todo eso. Si fueras a huir con alguien, imaginaba que sería alguien de estatus significativo, con quien pudieras grabar en ese maldito árbol genealógico del que siempre hablas.

Gideon frunció el ceño.

—Hay más virtud en una persona que en el estatus de su nacimiento.

—¿La hay? De todos modos, eso no era lo que quería decir. La verdad es que, aunque fuera la hija favorita de un duque, el matrimonio aún me sorprendería. A nadie le importan las verdaderas virtudes de una dama cuando la mitad de la sociedad piensa que es una seductora maquinadora y la otra mitad cree que es una solterona desechada y patética.

—Rose no es ninguna de esas cosas —dijo con firmeza—. Procura recordarlo.

Ambos cabalgaron en silencio, los intensos rayos del sol de la mañana levantando gotas de sudor en sus frentes. Gideon podía sentir que su enojo burbujeaba, pero por supuesto sabía que su hermano tenía razón. A ese respecto, sabía que tales cosas le habían importado mucho en algún momento.

¿Era que de repente ya no le importaban? ¿O tal vez el torbellino de los problemas de Heloise le había cambiado la forma de ver las cosas? Dios lo ayudara si esta nueva manera de pensar era solo temporal, porque el matrimonio ya estaba hecho y los rumores ya se habían publicado.

—Ha sido un verdadero desafío mantener a Heloise fuera de los establos, por cierto —dijo Alex, sacudiendo la cabeza con asombro, atrayendo la atención de su hermano al momento presente—.

No sé si me preocupa más que la patee directamente en el vientre o que se escape por los campos con esa maldita yegua de la que está tan enamorada. ¡Una vez la encontré dormida en el granero!

—¿Y la has mantenido fuera? —respondió Gideon, levantando las cejas—. ¿Llevándola de vuelta a su habitación como una madre preocupada?

Alex esbozó una sonrisa irónica, su cuerpo balanceándose fácilmente sobre la montura de su caballo.

—Me atrevería a decir que soy mejor en eso que nuestra verdadera madre.

—Es cierto —suspiró Gideon.

—Odio decirlo, pero no puedo imaginar a Hel siendo una madre natural tampoco —continuó Alex—. No he contactado con nadie, tenlo en cuenta, pero he oído que hay algunas familias entre la nobleza que estarían agradecidas de que apareciera un hijo suyo de origen menos convencional, después de no haber logrado uno por el método natural.

—¿Es así? ¿Sabes algún nombre en específico?

Alex asintió, su expresión seria.

—No le he presentado la opción, sin embargo. Imagino que hará caer fuego del infierno sobre cualquiera de nosotros que se lo sugiera.

—Tal vez no. Dijiste tú mismo que ella no está precisamente construyendo un nido en preparación para el pequeño. Y supongo que, si te hubiera revelado el nombre del padre, me lo habrías contado.

Alex se encogió de hombros.

—Tal vez, si hubiera servido de algo. De todos modos, ella guarda silencio sobre eso y se pone de mal humor si te atreves a preguntar, así que tu suposición es tan buena como la mía. Mi teoría

es que se enredó con algún tipo resbaladizo en Bath-Spa y ahora está demasiado avergonzada para decirlo.

La idea de tal cosa hizo que Gideon apretara las riendas con más fuerza. Su hermana nunca había parecido el tipo de persona que cayera en seducciones de hombres sin escrúpulos, sobre todo porque no era precisamente el blanco tradicional para tales cosas. Si eso era lo que había pasado, simplemente tendría que disculpar sus debilidades carnales. Después de todo, él mismo no había podido esperar unos pocos días para despojar a Rose d'Aubrey de su virginidad bajo la propiedad del matrimonio.

—Debo disculparme por mi desdén inicial hacia tu presencia —dijo Gideon, apretando los dientes—. A tu manera, has estado cuidando de nuestra hermana en este tiempo de necesidad, y por eso te lo agradezco.

—¿Desdén? —Alex sonrió—. Vaya, todo este tiempo pensé que estabas feliz de verme.

Rose caminaba de un lado a otro fuera del salón, incapaz de decidir si debía o no golpear la puerta.

La reunión con el sastre de la familia Somers había sido rápida y sencilla, lo que le había dado muy pocas excusas para seguir evitando la carta que había llegado para ella. Fue un alivio ver la escritura puntiaguda de Gloriana en el sobre, en lugar de la de su madre o su tío, pero aun así, la realidad de la reacción de su familia por lo que había hecho no era algo que anticipara enfrentar. La otra opción, como ella lo veía, era golpear la puerta del salón, donde su cuñada embarazada se había escondido del sastre. Por razones que no lograba precisar, también encontraba esta perspectiva intimidante.

Una u otra, Rosie, dijo una voz en su mente, que sonaba extrañamente como su prima.

Metió el sobre en la manga de su vestido y llamó a la puerta, tragándose el torrente de inquietud que la invadía. ¿Había sonado demasiado fuerte el golpe de sus nudillos contra la madera? Dios, ¿qué le pasaba?

—¡Entre! —llamó una voz desde dentro.

Lo hizo con cuidado, girando el pomo de bronce en su mano, que crujió dolorosamente mientras avanzaba al interior de la habitación.

Era un lugar mucho más majestuoso que el salón en el que había recibido a Gideon en Mayfair. Una profunda madera rojiza se elevaba hasta techos altos y abovedados, iluminada por impresionantes haces de luz que se filtraban a través de grandes ventanas de cristal.

Heloise estaba sentada en el diván, con un gran gato amarillo enroscado sobre sus piernas y un libro encuadernado en cuero apoyado en su abultado vientre. Sonrió al ver a Rose entrar en la habitación; sus rasgos finos parecían suavizados por aquel entorno idílico. ¿Era esta la chica que había atormentado a Gloriana solo por diversión? Parecía absurdo.

—El sastre se ha ido —dijo Rose, de pie junto a la puerta, tan rígida como un mayordomo—. Lamento que sus hermanos la hayan hecho esconderte de forma tan poco considerada. Puede volver a sus actividades normales cuando desee.

Heloise soltó una risita, dejó el libro a un lado y se inclinó para rascar al gato entre las orejas.

—Mis hermanos nunca han sido muy considerados. Le aseguro que no me hace daño. Además, estoy perfectamente feliz descansando con un buen libro. ¿No quiere sentarse?

Rose forzó una sonrisa y dejó su puesto junto a la puerta para tomar asiento en la silla frente a Heloise. Se sentó un momento, buscando en su mente algo adecuado que decir.

—Es un gato muy lindo —dijo al fin, señalando a la criatura, que la miraba con educado desinterés—. Siempre he querido uno.

—Es el más lindo de todos —respondió Heloise con entusiasmo—. ¿Por qué no ha cumplido su deseo de tener uno propio?

—Mi madre —dijo Rose, esforzándose por no permitir que ninguna emoción se reflejara en esa palabra—. No los soporta, ni a ninguna otra criatura, sin desmoronarse en un ataque de fiebre del heno. *Y un sinfín de quejas*, añadió en su mente.

—Qué triste para ella —respondió Heloise con cortesía—. O, supongo, triste para usted. Puede tomar prestado el mío cuando quiera.

—Muy amable de su parte. —Rose sonrió, y parte de la tensión en su cuerpo se disipó. Heloise era solo una chica, como cualquier otra. No había razón para verla como una fuerza de la naturaleza, por mucho que hubiera oído antes de conocerla—. ¿Cuántos años tiene?

—Pensarías que es todo un anciano, por lo gordo que está —suspiró Heloise—. El año pasado, por esta época, era solo una cosita que maullaba buscando mimos y siempre quería jugar. Ahora pesa casi tanto como yo y no hace más que dormir.

—¿Debe ser el gatito que sostiene en el retrato colgado en el pasillo? Lo estuve admirando esta mañana, después del desayuno.

—Así es —rio Heloise, agitando una mano como para restarle importancia al gran cuadro que recibía a los visitantes de Somerton—. Apenas se quedaba quieto durante la maldita pintura, y saltaba cada vez que el signore Zanetti murmuraba para que nos quedáramos quietos.

Rose había estudiado el retrato esa misma mañana. No era que el tamaño fuese abrumador, sino que la intensidad del semblante de la retratada parecía casi un desafío para quien osara examinarlo demasiado tiempo.

—Es una pieza única —comentó Rose—. Nunca he visto una igual.

—Gideon lo encargó, creo que como un modo de mantenerme dentro y fuera de problemas el verano pasado, cuando volví de Bath.

—¿Funcionó?

Heloise reprimió una sonrisa y le lanzó una mirada de soslayo a su nueva cuñada mientras pasaba una mano sobre su vientre.

—Obviamente, no.

Rose se encontró ruborizada. Qué tontería, considerando todos los placeres carnales que había experimentado tan recientemente, algunos incluso muy fuera del matrimonio.

—Diría que incluso el maldito retrato es donde comenzaron los problemas —suspiró Heloise, recostando la cabeza en el diván, su abundante cabello rojo salvaje deslizándose a su alrededor—. Mantengo que el calor de finales del verano me aturdió. No puedo creer que haya sido hace tan poco. Quizá el calor nos volvió dóciles tanto a mí como a Nerón.

—Mucho puede cambiar en un año —comentó Rose, sin reproche ni para la mujer ni para el gato—. Para mí, mucho ha cambiado en menos de un mes.

—Para mí también —dijo Heloise—. En verdad, estuve escondiendo mi estado con éxito, incluso después de volver a casa. Y juro que, de un día para otro, todo mi cuerpo se transformó en una luna. Alex puede atestiguarlo. Fue algo tan repentino como aterrador.

—Pero también milagroso. —Rose se inclinó hacia adelante, ofreciéndole la mano a Nero para que la olfateara, pero manteniendo la vista en Heloise—. Estás de buen ánimo a pesar de todo. Eso es admirable.

Heloise bufó.

—He llorado todas las lágrimas posibles por esto, créeme. Me he angustiado hasta que no me queda más angustia. Ahora solo puedo esperar lo que vendrá.

—Un niño —dijo Rose, manteniendo su expresión impasible y la vista en el gato mientras este

empujaba su cabeza contra su mano para que lo acariciara—. Un niño es lo que vendrá.

—Así es. —Heloise no titubeó, su voz y su expresión serenas—. Uno cuyo destino aún está por decidirse. ¿Puedo preguntarle si Gideon le ha revelado sus planes para mi bebé a su nueva esposa?

Rose suspiró, alejándose de sus atenciones al gato y encontrando la mirada de la otra mujer.

—No ha tomado una decisión, y no creo que la tome unilateralmente. Su intención original era casarse rápidamente y hacer pasar al niño como nuestro, pero descartó esa opción antes de presentármela.

—¿De verdad? —Sus hermosos ojos verdes se abrieron en sorpresa—. Eso explica por qué se habría casado tan apresuradamente. No sé cuánto conoce usted a mi hermano, señora, pero todo este asunto ha estado muy fuera de su carácter. Alex y yo aún tenemos dificultades para creerlo.

—Lo sé —rio—. Conozco a Gideon hace muchos años. Creo que él mismo está tan sorprendido de sus acciones como ustedes. También estaba bastante avergonzado cuando le expliqué que, sin importar cuán rápido cabalgáramos hacia Yorkshire, las cuentas jamás engañarían a nadie.

—¿Lo conoce hace muchos años y aun así decidió fugarse con él? —preguntó Heloise, incrédula.

—Y no me arrepiento en absoluto —dijo Rose, alzando la barbilla—. Es un hombre singular.

—Singularmente aburrido. ¿O es otro hombre completamente diferente en Londres?

—No, es muy similar —respondió Rose—. Ha estado más vulnerable que nunca estos últimos días en el camino. Sospecho que en parte se debe a que, durante la mayor parte de nuestro viaje, se vio obligado a usar ropa de segunda mano que compramos a un granjero al norte de la ciudad.

—¡No! —Los ojos de Heloise brillaron—. Dígame, ¿intentó meter un pañuelo en la camisa de lino?

—No puedo revelar los secretos de mi marido —susurró Rose, llevándose una mano de fingido sonrojo a la mejilla.

—Bueno, al menos sobrevivió al compromiso —respondió Heloise, con un destello travieso en los ojos—. Tengo entendido que eso ya es un logro.

Rose rio a pesar de todo.

—Quizá lo hizo. No negaré que mi suerte en esa área ha sido sombría. O al menos lo creía, antes de llegar a lo que creo será una unión feliz.

—Eso espero —dijo Heloise en voz baja—. Me burlo, pero Gideon merece un poco de felicidad. Espero que sea eso lo que le traiga.

—Eso espero también. —Rose dudó, sabiendo que su siguiente pregunta era anticipada, pero temiendo hacerla de todos modos—. No supongo que haya alguien que alguna vez me haya traído felicidad y pueda seguir haciéndolo.

El silencio cayó entre ellas mientras la pregunta quedaba en el aire. Heloise respiró hondo y volvió su mirada a la ventana. Observaba los terrenos de la finca, con secretos aparentemente llenando su mente.

Rose no la presionó. En ese momento, la chica parecía increíblemente joven, a pesar de la vida que crecía dentro de ella. Mantenía una especie de orgullosa dignidad, incluso reclinada como estaba, su mano enterrada en el pelaje del gato.

—No lo sé —dijo cuando estuvo lista. No se volvió hacia Rose, y mantuvo la vista en el horizonte, como si al mirar lo suficiente, las respuestas vinieran cabalgando sobre la colina. *Suspiró y dijo de nuevo*— No lo sé.

Capítulo Veinte

Queridísima Rosie,

¡No sé si comenzar esta carta con felicitaciones o con condolencias!

Para cuando leas esto, serás vizcondesa. ¡Casada al fin! ¡Y con título incluido! Nadie lo merece más que tú, mi amada prima.

Por otro lado, sé que no huiste con el vizconde Somers debido a un apasionado romance, sino para rescatarme, como siempre lo has hecho, de una vida que yo no deseaba. Así que debo preguntarme, ¿estás ahora enfrentando valientemente un futuro de miseria, atada para siempre a un hombre al que no amas y a su espantosa, espantosa hermana?

¡No puedo soportar pensar en algo así! ¡Debes decirme que no es así!

Papá supo de inmediato que hiciste esto por mí y me reprendió muy severamente. Mamá, me temo, piensa que actuaste para robar mis perspectivas de matrimonio en un acto de desesperación egoísta. Estoy segura de que cambiará de parecer. Me han dicho que tu mamá se desmayó en el acto cuando escuchó la noticia. No sé si fue un desmayo feliz o uno triste.

Me temo que estuvimos bastante acosadas por las columnas de chismes por un tiempo, pero como no compartimos el apellido, la mayor parte de la sociedad no se dio cuenta de que Somers me había dejado plantada ni de que eres mi prima. Espero que no te importe que esto me haya dado cierto alivio.

En cuanto a mi primera temporada, ¡ha sido todo lo que siempre deseé! He bailado con los hombres más fascinantes del mundo. ¡Ya he rechazado dos propuestas! Una de un vicario (¿puedes imaginarlo?) y otra de un político de algún tipo. Mamá y papá no lo saben, y te agradecería que lo mantuvieras así.

De hecho, temo que cierto baronet planea hacerme una propuesta pronto de una forma que me será imposible ocultarla de mis padres. Dios sabe cómo reaccionarán cuando rechace al tonto.

No deseo casarme esta temporada... ¿o quizá nunca? Es simplemente demasiado divertido ir de fiesta en fiesta y disfrutar de todas las posibilidades desconocidas. Oh, sé que debo hacerlo eventualmente, pero será con alguien excepcional. ¡Quizá un duque! Y aún no estoy lista. Esas posibilidades de las que hablo mueren una vez que te casas, ¿no? El matrimonio es el fin de toda historia de amor, y yo no estoy lista para que mi historia termine.

No quiero decir con esto que tú te hayas condenado. Por favor, no pienses que eso es lo que quiero decir. Claro que no.

Lo que quiero decir es gracias. Gracias, gracias, gracias.

Eres una prima más preciada de lo que cualquier chica merece y mi amiga más querida. Por favor, escríbeme para asegurarme de tu felicidad y seguridad, y siéntete libre de deleitarme con cualquier horror relacionado con esa espantosa, espantosa Heloise.

Siempre tuya,

Gloriana Blakely

Somers,

He enviado esta misiva a Hawk Hill con la esperanza de que hayas escuchado mis sabios consejos y llevado a esa esposa tuya a Moorvale para un periodo de privacidad antes de

regresar a tu propiedad. Si no es así, te llegará a su debido tiempo, y será tu maldita culpa que esté atrasada.

Me temo que, por el momento, tendré que devolverte el carruaje, los caballos y demás con Graham. He visto gran potencial en ese joven conductor tuyo y le he patrocinado una comisión para unirse a mí en Francia. Él pide que expliques esta situación a su madre con cuidado y le asegures que regresará a casa sano y salvo, y con perspectivas mucho mejores. En cualquier caso, para cuando leas esto, ya será tarde para detener al muchacho, así que le convendría desearle suerte y darle su bendición.

Me temo que ha habido más revuelo del que anticipamos cuando partiste. Sé que no soportas bien el escándalo, así que me he encargado de acallar bastante los rumores cada vez que surgen en White's. Sabes lo mucho que detesto White's.

Buena suerte en tus empeños como marido. Espero que ofrezcas buenos salarios y un lugar cómodo para Graham en mi ausencia, y nos reuniremos nuevamente a mi regreso de la guerra.

Saludos,

S. Bywater, Marqués de Moorvale, Armas Reales, etc.

Capítulo Veintiuno

En más de una semana desde que habían regresado a Somerton, Gideon no había logrado ni una sola vez pasar una velada íntima con su esposa.

Los primeros días fueron culpa suya. El reconocimiento de la finca había revelado varios asuntos que requerían una gran cantidad de trabajo tanto de él como de Alex. La falta de un encargado de mantenimiento, en particular, hizo necesario que ambos hombres de alta cuna se arremangaran y se pusieran a arrancar hiedra del camino occidental antes de que se metiera en los paneles de madera.

Había estado administrando la propiedad solo durante casi cinco años, pero de algún modo no había comprendido cuánto ayudaba contar con personal fijo en el funcionamiento diario de las cosas. En la última semana había arrancado hierbas, empacado heno, discutido con el abogado y, en una ocasión, acompañado a la señora Laughlin al molino cercano para quejarse de gorgojos en la harina que habían comprado. Era interminable.

Cada noche regresaba a cenas frías y sentía necesario darse un buen baño antes de meterse en la cama con Rose, quien siempre estaba profundamente dormida a esas alturas.

Luego, aquel maldito y descarado conductor de Sheldon regresó, no solo con su hija, sino con toda su prole, agitando una carta que alertaba a Gideon de su reciente estadía en Somerton hasta que Callum regresara de la maldita guerra.

El caos que siguió aún le hacía doler la cabeza días después del incidente. Había entregado esa condenada carta a la señora Laughlin sin pensar mucho, pues deseaba instalar a la partera junto a su hermana lo antes posible.

La hija de Graham, Meggie, era tan distinta de lo que uno podría imaginar como descendencia del hombre, que hizo a Gideon sospechar de su perfectamente agradable esposa. Tenía la complexión robusta y el rostro rubicundo de su padre, pero era tan amable y hablaba en un tono tan dulce que incluso Heloise se sentía atraída hacia ella.

Eso habría estado bien. Todo iba bien. Estaban en el patio, asignando a la esposa e hijos de Graham a una cabaña cerca de la finca y arreglando un lugar privado para que Meggie realizara un examen preliminar de Hel, cuando la señora Laughlin estalló en un ataque de llanto justo donde estaba, derrumbándose en el suelo con la carta apretada en su puño.

Los sollozos y el espectáculo que montó hicieron que Gideon comprendiera rápidamente lo angustiante que debía ser descubrir que el único hijo de una se había puesto en peligro mortal por orden de la corona. La forma en que se lamentaba por los horribles destinos que podría encontrar bajo la tutela de un Bywater hizo que incluso Heloise palideciera, como si fuera a desmayarse ahí mismo en el patio de grava.

Se tambaleó sobre sus pies, su peso desequilibrado la hizo inclinarse hacia adelante, solo para ser sostenida en los brazos de la joven partera, quien la estabilizó con palabras susurradas al oído.

Rose se puso en acción de inmediato, guiando a la señora Laughlin de regreso a su habitación mientras le indicaba con un gesto a Meggie que hiciera lo mismo con Heloise. Gideon se quedó allí como el maldito tonto que era, contemplando el caos que había causado con su descuido en una miseria impotente.

Esa noche, cuando llegó a la cama, fue él quien se quedó dormido mucho antes que la otra persona se metiera entre las sábanas. No había dejado de reprochárselo tampoco. Cristo,

¿siempre había sido tan tonto?

Ahora, en la apagada luz morada de las horas antes del amanecer, miraba al techo en su dormitorio, preguntándose cómo disculparse tanto por su ausencia como por su estupidez. Podía sentir el calor de ella allí a su lado, podía ver los mechones de cabello dorado que ella había recogido sobre la almohada para mantener su cuello fresco durante la noche. Podía oler los restos de ese perfume que usaba y que lo volvía medio loco cada vez que pasaba cerca de ella en los pasillos.

Habían hecho el amor dos veces. No, tres, si se contaba la unión somnolienta que habían logrado después de la primera. Qué tan lejos parecía todo eso ahora.

Las dos veces, había sido completamente bajo el control de Rose, y él lo sabía. No fue hasta que ella le dio completa libertad para perder la cabeza que permitió que el salvaje dentro de él tomara el control.

¿Cómo reaccionaría ella, se preguntaba, si se giraba de lado y la atraía hacia su cuerpo? ¿Cómo respondería si enterraba su rostro en su cabello y sus manos en la fina tela de su camisón?

Solo imaginarlo despertó esa parte de él que hacía que todas sus reservas se desvanecieran. La mayor parte de su vida había dormido desnudo, pero con Rose en su cama, había usado un viejo pantalón de pijama todas las noches. Justo ahora, el lino se sentía malditamente restrictivo.

Respiró hondo, armándose de resolución, y se dio vuelta hacia su lado. Ella era su esposa, ¿verdad? Claramente había disfrutado de sus otros encuentros, ¿no?

Ciertamente ella no había compartido su experiencia a lo largo de los años, imaginándolo desnudo, pero eso no significaba que no fuera receptiva. Cállate, le reprendió su mente. Respiró de nuevo, más despacio esta vez, y envolvió una mano alrededor de la suave curva de su cadera, atrayéndola hacia él, un paquete de suavidad y calor somnoliento.

—Mmm —murmuró ella, moviendo su trasero hacia el hueco de sus caderas—. Buenos días.

Él apretó la mandíbula para controlar la oleada de deseo que lo recorrió con ese pequeño movimiento. Solo consiguió un gruñido de reconocimiento mientras enterraba su rostro en la nuca de ella, oliéndola de la manera en que había fantaseado mil veces desde que llegaron aquí, y mil más antes de eso.

Todavía tenía el olor persistente de ese perfume cautivador en la nuca, mezclado con el cálido aroma dorado que era solo suyo. Sus dedos recogieron la tela de su camisa entre ellos, pero no se atrevió a explorar más allá de eso por temor a perderse.

—Cada noche, trato de quedarme despierta hasta que regreses —murmuró ella, con un tono soñador en su voz—. Pero no soy muy buena para quedarme despierta, ¿verdad?

—Eres buena en todo —respondió él, y lo dijo en serio.

Ella hizo un pequeño sonido de placer, tirando de la manta y ajustándola a su alrededor.

—¿Tenemos que levantarnos?

—No, aún no por horas —susurró él en su cabello, presionando sus labios suavemente contra el rocío suave de rizos donde su línea de cabello se encontraba con su elegante cuello—. Perdón por haberte despertado.

—No, me alegra que lo hicieras. No hemos tenido tiempo para nosotros, ¿verdad? Te he extrañado.

Esas palabras enviaron un inesperado estallido de calor a su vientre. No era un calor crudo, aunque había mucha de esa sensación con Rose tan suave y dispuesta en sus brazos, fundida contra su cuerpo como estaba. No, esto era otra cosa, algo decididamente más devastador, que brillaba y se extendía por todo su interior.

—Yo también te he extrañado —dijo él. Había extrañado ella durante todos los años que la había

amado y no la tenía, no dijo—. Perdón que los asuntos de la finca me hayan mantenido alejado. Su mano pasó por la suya y apretó, enviando ese cálido núcleo dentro de él explotando en mil suaves piezas brillantes. Nunca volvería a estar completo sin ella. Nunca lo había estado, de todos modos.

—¿De verdad fuiste al molinero a discutir sobre el precio de las galletas duras? —preguntó ella, haciendo una pausa para bostezar profundamente.

Él se rió.

—No exactamente. La señora Laughlin insistió en que no negarían la culpa por la infestación de plagas si el formidable Lord Somers estaba a su lado.

—Preferiría pensar —dijo ella en voz baja, entrelazando sus dedos con los suyos distraídamente—, que tal cosa sería tarea de Lady Somers.

Él la respiró, sus palabras un poco confundidas entre las muchas urgencias que se agitaban alrededor de ellos. Se obligó a parpadear, a escuchar a su esposa en lugar de a sus deseos carnales por solo este momento. Cuando habló, sonó sorprendentemente coherente.

—No pensé en echarte del nido tan rápido —dijo—. Si quieres empezar a encargarte de la administración de la casa, quizás podamos sentarnos esta noche y...

Dejó la frase en el aire mientras ella se giraba en sus brazos, su nariz rozando la suya mientras sus grandes ojos dorados se volvían hacia él, parpadeando lejos del sueño mientras sus pensamientos se desbordaban de golpe.

—Me encantaría —susurró—. He estado tan sin vocación estas últimas semanas que temo ser realmente la astuta seductora que te engañó para hacer un trato desigual, porque he salido ganando todo en nuestra unión.

Él la miró por un momento, tomando la absurda idea. Fueron esas malditas hojas de chismes. Alex las había requisado para leerlas dramáticamente durante el desayuno, lo que duró exactamente una sesión antes de que Gideon amenazara con meterle las hojas de chismes por la garganta a Alex en lugar de la comida de la mañana.

Habían pintado a Rose como una trepadora social, que, una vez frustrada con uno de los solteros más elegibles de Londres, había puesto sus ojos en un hombre mayor con una finca que heredar. Al fracasar esos planes, se había vuelto hacia un vizconde vulnerable, y lo había atrapado de formas que dejaban mucho espacio para la creatividad.

Rose las había ignorado, aparentemente inmune a su veneno, pero con cada palabra, el alma de Gideon se había oscurecido. Después de arrebatarse las hojas a Alex, las había guardado para leerlas más tarde. Como había aprendido tras la muerte de su padre, era mejor saber de qué hablaba la colmena sobre ti, aunque era imposible defenderte, de todos modos.

Alex había intentado disculparse, pero él había estado de tan mal humor ese día que no había querido tratar el tema, y no había vuelto a mencionarlo desde entonces. Aun así, las hojas estaban en su escritorio, y por mucho que las guardara con llave, ella ya sabía lo que decían sobre ella.

—Rose —dijo suavemente, levantando una mano para acariciar la dulce curva de su mejilla—. He querido casarme contigo desde que bailamos nuestro primer vals. Seguro que sabes eso.

Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica, sus brazos suaves y desnudos se deslizaron hacia arriba para envolver su cuello. — Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

— Iba a hacerlo, — dijo él suavemente, rozando sus labios contra los de ella con suavidad. — Los infernales mecanismos del destino y los hombres me interrumpieron, pero al fin y al cabo.

— Mordió suavemente su labio, deslizando la mano que sostenía su mejilla hacia su cabello y acercándola más. — Parece que estabas destinada para mí al final de todos modos.

Ella devolvió el beso con la misma dulzura que él exigía, sus labios cálidos y generosos, todavía medio en el mundo de los sueños. Su cuerpo era igual de hermoso, apenas cubierto por las vaporosas trampas blancas de su camión. Ella lo acercó más, fusionándose con la forma de su cuerpo hasta que él no pudo resistir más el rodarla sobre su espalda que resistir respirar.

Los malditos pijamas eran un obstáculo para su objetivo, pero había algo deliciosamente travieso en presionar su pene contra ella a través de su ropa de cama. Imaginó que los jóvenes amantes que se encontraban en secreto podrían hacer lo mismo en lugar de ceder a impulsos peligrosos.

Ella hizo los sonidos más lascivos, sus piernas se deslizaron alrededor de las de él, sus caderas se inclinaron para devolver la fricción de su unión.

Esta pequeña ninfa que lo tentaba a través de su ropa no era una joven núbil que no podía tener. No, era su esposa, y sus impulsos, aunque peligrosos, ya no estaban prohibidos.

Se inclinó hacia abajo para empujar sus muslos hacia afuera, asegurándose de que ella pudiera sentir la longitud completa de su erección deslizándose contra su objetivo previsto antes de liberarlo de sus confines. Ella gimió de tal manera que era increíble que no se hubiera corrido allí mismo.

Se apoyó en sus rodillas para desatar la cintura de sus pantalones, usando sus dedos para acariciar la prueba resbaladiza y expuesta de su excitación, expuesta a él con sus rodillas separadas y ese etéreo vestido blanco empujado hacia arriba alrededor de sus caderas suaves y acogedoras.

¿Cuántas veces había imaginado que ella estaría así? Su cabello era como miel derretida, derramada alrededor de ella en las almohadas de satén. Sus ojos estaban cubiertos con sueño y lujuria, y su labio inferior atrapado entre sus dientes pequeños y uniformes mientras esos grandes senos se elevaban con sus respiraciones de anticipación.

¿Alguna vez había creído realmente que se le permitiría poner sus manos sobre ella? ¿Deslizar sus dedos dentro de ella? ¿Lamerla de la cabeza a los pies sin que nadie lo detuviera? El solo pensamiento hizo que su pene se estremeciera. Era un recordatorio para sus manos para que lo liberaran de los malditos pantalones de pijama lo más rápido posible.

— En el carruaje, — dijo ella con la respiración entrecortada, observando su progreso mientras movía sus caderas contra las atenciones de sus dedos. — Dijiste que sonaba como si quisiera que me follases.

Sus ojos se iluminaron al escuchar esta profanidad de sus labios. ¿No había dicho eso?

— Y también dijiste esa palabra en la posada, susurró, -antes de quitarme la virginidad.

— Sí, — logró decir, tirando de la tela hacia abajo sobre sus caderas, permitiendo que su pene se liberara, rígido y exigente de liberación.

Ella dejó que sus ojos se deslizaran por su cuerpo, aterrizando en lo que acababa de revelar con un lamido de sus labios. — Bueno, es cierto, — dijo. — Quiero que me folles. He estado esperando a que me folles cada noche desde que llegamos aquí. Pensé que podría despertar en la noche y encontrarte enterrado en mí hasta el fondo.

Su respiración se detuvo en su garganta mientras esa ráfaga de obscenidad caía de sus labios bonitos. ¿Había imaginado despertar y encontrarlo ya dentro de ella? Cristo, qué imagen para poner en su cabeza.

— ¿Quieres ver mis senos? — preguntó, tal vez malinterpretando su silencio por desaprobación. No esperó a una respuesta para desabrochar la parte superior de su vestido y alcanzar dentro para sacar un seno pesado y luego el otro, levantándolos dentro de la tela de una manera que era tan hermosamente obscena. Se los tocó, con sus dedos delicados tirando y pellizcando la carne temblorosa para hacerla agradable para él, solo alejándose cuando estaba satisfecha.

Atrapó uno de sus tobillos y lo envolvió firmemente alrededor de su cintura, permitiendo que su mirada se demorara en sus senos enmarcados en encaje. No sería apropiado no darles la calidad de valoración que su dueña claramente deseaba.

Guiarse a sí mismo dentro de ella fue un alivio tan abrumador para todo el cuerpo que requirió un esfuerzo hercúleo para no dejar que sus ojos se cerraran y para montarla como un tonto en celo hasta que estuviera satisfecho. En su lugar, se empujó completamente, observando su rostro mientras la tomaba a su sugerencia y se enterraba hasta el fondo.

Sus pestañas se bajaron, con sus ojos apenas brillantes como ranuras de color mientras lo miraba, permitiéndole levantar su mitad inferior y envolver cada uno de esos muslos pálidos y rechonchos alrededor de su cintura mientras sostenía su trasero.

La tomó con golpes largos y lentos, observando cómo su cuerpo respondía a cada invasión, notando la fricción de cada pulgada de su unión. Cuando sintió que tenía un agarre sólido alrededor de él con sus piernas, permitió que sus manos vagaran. Pellizcó sus pezones hasta que estuvieron rígidos para él, dejando que sus dedos se demoraran justo encima mientras aumentaba la fuerza de sus empujones y permitía que su rebote natural raspase contra sus palmas.

Dejó esa tarea deliciosa solo para recoger su vestido más arriba, empujándolo por encima de la curva de sus caderas para poder tener una vista clara de cómo se veía cuando la reclamaba para sí mismo. Esa vista también ofreció la tentación de deslizar su pulgar sobre la pequeña perla de sensación que sabía que la llevaría a la nada.

Jugó con esa parte de ella que yacía justo en la entrada al cielo, observando sus senos desnudos tan lascivamente expuestos mientras se introducía en ella una y otra vez. Era demasiado, saber que podía tener a esta mujer que siempre había deseado. Podía tenerla con las piernas abiertas y el pecho expuesto. Podía saborearla y follársela y hacerlo todo de nuevo tantas veces como quisiera.

Casi como si hubiera leído sus pensamientos, ella gritó, su cuerpo tembló con la fuerza de su clímax, su pequeña entrada resbaladiza se apretó alrededor de él de tal manera que no pudo evitar su propia explosión.

Se derrumbó hacia adelante sobre sus codos, con su pecho desnudo presionado contra esos senos elevados, y su boca hambrienta en la de ella mientras movía sus caderas frenéticamente en el hueco entre sus piernas. Incluso cuando se desaceleró, con su semilla resbaladiza entre ellos, y su mente en blanco de cualquier cosa excepto la perfección de este momento, todavía estaba de alguna manera en asombro de ella.

Permanecieron así durante un rato, frentes tocándose, cuerpos todavía entrelazados, las extremidades enredadas y la respiración pesada. Sabía que el sol estaba saliendo por el horizonte incluso ahora, mientras deseaba que esta hora robada antes del amanecer se extendiera para siempre.

Mientras se deslizaba fuera de su cuerpo, besando suavemente a lo largo de su mandíbula, le susurró que la amaba.

Capítulo Veintidós

Rose se sentó acurrucada en la cama, con los pies doblados hacia un lado, mientras observaba a su marido vestirse para el día. Se sentía radiante y se preguntaba si él recordaba lo que le había dicho antes, cuando el sol comenzaba a ascender sobre el horizonte.

Él la miró mientras se ponía una blusa amplia por la cabeza, desarreglando sus rizos rojizos en el proceso.

—¿Debería mandar que te suban el desayuno para que lo disfrutes en tu habitación esta mañana? —preguntó.

—Solo si te quedas a disfrutarlo conmigo.

Él suspiró, dejándose caer sobre la esquina de la cama y extendiendo la mano hacia la suya.

—Desearía poder quedarme. Ojalá, con el tiempo, tengamos una casa bien atendida nuevamente y pueda cumplir con mis deberes como marido de la manera en que me gustaría.

—Después de que nazca el niño —dijo ella, asintiendo—. Tal vez esta noche, en lugar de que solo tú y yo hablemos sobre los asuntos del hogar, deberíamos ser los cuatro. Ya es hora de que lleguemos a un acuerdo, especialmente ahora que el tiempo corre con la llegada del bebé.

Él bajó la mirada hacia la cama desordenada, con un peso evidente sobre él.

—Sí, es una buena idea. Me encargaré de Alex si tú le informas a Heloise. Podríamos reunirnos antes de la cena en el salón. Tal vez sea un entorno más amigable que el estudio.

Vaciló, luego levantó la mirada para encontrarse con la de ella.

—¿Cuánto dijo Meggie?

—Estamos cerca. Seis semanas, tal vez menos —respondió Rose, frotando su pulgar a lo largo del costado de la mano más grande de él, esperando que eso fuera reconfortante—. Pensé que teníamos mucho más tiempo.

—Yo también.

No valía la pena pensarlo, quería decirle. No había nada que pudieran hacer para retrasar lo inevitable.

—Antes de que nos reunamos, quiero saber si has tomado alguna decisión con respecto al futuro de la madre y el niño.

Él negó con la cabeza, suspirando nuevamente, esta vez tan profundamente que ella imaginó que podía sentir su pesar.

—Hay opciones. Ninguna me satisface. Si ella tan solo nos dijera quién es el padre, se abriría un poco la ventana de posibilidades, pero es tan malditamente terca.

—Admiro su firmeza —confesó Rose—. No puedo imaginarme pasando mis días con ni la mitad de la gracia y fortaleza con la que tu hermana lo está haciendo en su lugar.

—Yo sí puedo imaginármelo —respondió Gideon, atrayéndola hacia él para un suave beso en los labios—. De hecho, pensar en ti con un hijo me complace mucho.

Ella se sonrojó, sacudiendo ligeramente sus rizos para disipar la imagen de la maternidad. Qué cosa tan tonta para sentirse tímida después de lo que acababan de hacer juntos, pero no podía evitarlo. En lugar de darle vueltas al por qué, preguntó —¿Recuerdas al pintor que contrataste el verano pasado para hacer un retrato de Heloise?

Él asintió. —El Signore Zanetti, creo. Vino muy recomendado. ¿Te gustó su trabajo?

—El trabajo no es mi preocupación —rió ella—. Me interesa más el hombre que lo produjo. El

primer día que pasé aquí en Somerton, Heloise hizo un comentario críptico sobre las sesiones de retrato diciendo que fue ahí cuando comenzaron sus problemas. En su momento no le di importancia, pero al reflexionar, no puedo evitar preguntarme...

Gideon rió, una rápida explosión de diversión sorprendida que rápidamente sofocó tras sus dedos.

—Perdona, mi amor —dijo rápidamente al ver las cejas levantadas de Rose—. Es solo que el Signore Zanetti está ya en sus últimos años, y aunque mi hermana es impulsiva, no creo que sus gustos sean tan desmedidos.

Rose le sonrió levemente a cambio.

—No, no lo creo. Aun así, qué cosa tan extraña para que ella dijera.

—Extraña, sin duda —asintió él, dándole un último apretón a su mano y poniéndose de pie para buscar su chaleco—. Pensaré en lo que podría haber querido decir. Alex y yo supusimos que fue seducida en su escuela de terminación en Bath, pero quizás estamos equivocados.

—Dependiendo de cuándo regresó a Bath, podría ser simplemente cuestión de contar hacia atrás —señaló Rose—. Todos ustedes los Somers hablan en acertijos, parece.

Extendió los brazos sobre su cabeza, estirando los últimos restos del sueño. A pesar de no tener tareas urgentes para el día, sabía que debía levantarse pronto para no caer en la pereza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gideon, genuinamente curioso—. Toda mi vida me han dicho que soy un libro abierto, y Alex ciertamente no tiene problema en mostrar todas sus impropiedades al mundo.

Ella le sonrió con sueño, levantándose de la cama para recuperar el chaleco desde la ventana, donde él lo había tirado la noche anterior. Se lo entregó, buscando su rostro para ver si realmente no veía esta característica en sí mismo.

—Por ejemplo —dijo, volviéndose para buscar ahora sus gemelos—, me dijiste hace menos de una hora que pensabas proponerme matrimonio hace años. Qué cosa tan curiosa para decir, porque ha habido muchas oportunidades, muchas veces seguidas, y nunca lo has hecho.

—Claro que lo hice —se burló él—. Ahora eres mi esposa, ¿no?

Ella rio, sacando los gemelos de su caja forrada de terciopelo y acercándoselos.

—Eso no fue en absoluto una propuesta planeada, Gideon, y lo sabes.

Él vaciló, tomando los gemelos de su mano y dándose la vuelta para ponerlos, como si quisiera evitar mirarla mientras respondía.

—Pensé proponerte matrimonio tan pronto como regresara a Londres en tu segundo año. Tenía todo planeado. Todavía tengo el anillo que compré, el cual tengo la intención de darte pronto. Sin embargo, cometí el error de contarle a mi amigo Henry St. Claire mis planes, y para cuando regresé a Londres después de la muerte de mi padre, ya estabas en su brazo como su prometida.

Rose sintió un escalofrío recorrerla, colándose por sus venas desde las yemas de los dedos hasta los párpados. Tropezó hacia atrás y se sentó nuevamente en la cama, dejando que sus palabras echasen raíces.

—¿Estás diciendo que Henry solo se comprometió conmigo para hacerme daño? —susurró, la indignidad del asunto atorada en su garganta.

Él se giró entonces, su rostro desolado.

—No puedo decir con certeza que sus motivaciones fueran esas —le aseguró—. Estoy seguro de que vio tus encantos tanto como yo, pero temo que si no se lo hubiera contado, tal vez no habría apresurado a adelantar mi oferta.

—Oh... —levantó una mano hacia su pecho, tratando de estabilizar su respiración y calmar su corazón—. Claro que sabía que Henry no estaba enamorado de mí. Ningún hombre que

verdaderamente ame a su prometida muere en un duelo por el honor de otra mujer, solo semanas antes de su boda. Aun así, esto es un trago amargo.

Qué sinvergüenza había sido Henry St. Claire. Qué criatura maliciosa.

—No debí haberte contado esto —susurró Gideon, inmóvil en su lugar, medio vestido, con agonía en el rostro—. Solo te ha causado dolor.

—Prefiero saber la verdad —dijo ella—. Henry no merece ningún recuerdo romántico de mí.

—No —acordó Gideon—. No lo merece.

Ella tragó saliva, los sentimientos de esa horrible revelación surgiendo dentro de ella.

—Pasó un año entre mi primer y segundo compromiso —dijo—. ¿Por qué no me perseguiste entonces?

—Habías perdido a tu prometido —dijo él, extendiendo las manos en señal de súplica—. Un año es el periodo tradicional de luto, y pensé que sería lo más apropiado darte ese tiempo antes de lanzarme con mis propios planes. Sin embargo...

—Acepté otra oferta —susurró ella, cerrando los ojos con fuerza—. Pensé que era mi única opción, ya sabes.

—¿Me habrías aceptado a mí? —preguntó él con miseria, aún sin moverse de su posición.

Ella asintió.

—Sí, Gideon. Absolutamente te habría aceptado.

—Entonces soy más tonto —dijo en voz baja—. Y me disculpo de todo corazón.

—Dos años desde que Mr. Sheridan falleció —recitó ella, sonando incluso para sí misma desconectada ahora de la conversación. Su sangre ahora estaba completamente cristalizada, y no estaba segura de si alguna vez podría sentirse cálida nuevamente—. Pero ninguna propuesta de tu parte. Ni siquiera una carta o un gesto de amistad. ¿Acaso había perdido mi atractivo para entonces?

—Nunca —dijo él, con tal pasión que descongeló un pedazo de su horror.

Ella se giró hacia él, con lágrimas brillando en sus ojos, pero no pudo hacer la pregunta que permanecía entre ellos, porque conocía la respuesta. Había empezado a aparecer en los periódicos de escándalos después de la muerte de Mr. Sheridan. Su reputación había sido manchada. Aferrarse a ella habría ido en contra del objetivo principal de Gideon Somers, y así el sueño fue abandonado, sin culpa de su parte.

Él debió haber sabido que lo había deducido, pues la intensa miseria en su mirada no podía prestarse a otra explicación.

—Siempre he sido tuyo, Rose d'Aubrey —dijo él con la mayor serenidad que pudo reunir—. Y te amo.

—Inclinó la cabeza, sin confiarse a moverse más. —Creo que lo haces —respondió—. Y tal vez tu hermana también ama a quien la puso en esta situación imposible. De hecho, apostaría a que lo hace.

—Quizás —respondió él con cautela—. ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

Ella sonrió tristemente, bajando la mirada hacia sus manos. —Solo que, para un Somers, claramente el amor no es suficiente.

Cuando descendió para el desayuno, solo Heloise quedaba en la mesa.

Llevaba el cabello suelto, como siempre, como una capa de ámbar profundo, dispersa con la luz del sol. Lucía como una Madonna roja, acariciando la curva de su embarazo mientras revisaba una carta arrugada con el ceño fruncido, sumergiendo distraídamente un trozo de pan en su té.

—No será malas noticias, espero —dijo Rose mientras tomaba asiento y alcanzaba la tetera, que

ya se había enfriado.

—No —respondió Heloise, apartando la mirada de la carta para encontrarse con los ojos de Rose—. No son malas. Tampoco necesariamente buenas. Las cartas de la familia siempre son así, ¿no dirías?

Rose inclinó la cabeza, bebiendo su té frío. —Lo diría. De hecho, he querido hablar contigo sobre ese tema en particular.

—¿Cartas de la familia? —preguntó Heloise, doblando su propia misiva y guardándola en su falda.

—Mmm —asintió Rose—. He querido hablar contigo sobre las conexiones familiares de ambos lados. Por mi parte, temo tener una conexión familiar que podría inquietarte, y no he sabido cómo plantearlo.

—¿Napoleón? —adivinó Heloise con una pequeña sonrisa—. Oh, o quizás algo más oscuro. No me digas, ¿Genghis Khan?

—Gloriana Blakely —respondió Rose, notando cómo se tensaban los labios de Heloise y sus ojos se estrechaban.

—Estaba cerca, entonces —respondió ella con un gesto de la mano—. ¿Cuál es tu relación con la señorita Blakely?

—Es mi prima, y, quizás deberías saberlo, la destinataria original de la propuesta de matrimonio de Gideon.

Heloise soltó una carcajada, levantando la mano a su boca para sofocarla, imitando exactamente el gesto que Gideon hacía para cubrir sus propias risas mal cronometradas.

Rose la observó con una sonrisa divertida, sin dejarse llevar por la ola de emociones que surgían ante esa familiaridad. Levantó el té tibio a sus labios y esperó a que la otra mujer se recompusiera, apartando todos los pensamientos de su esposo.

—Perdón —rio, recostándose en su silla con una gran sonrisa que, esta vez, recordó a Rose de manera inquietante a Alex—. Es solo que el destino no podría ser tan cruel como para llevar esa propuesta hasta su final.

—Sí, Gloriana pensó lo mismo —respondió Rose con calma.

—Lo que sea que te haya contado sobre mí —respondió Heloise con una mirada astuta—, es solo la mitad de la historia. Tu prima dio tan buenos golpes como los que recibió.

—No lo dudo.

Era difícil imaginar a Heloise como la agresora en cualquier intercambio tal como estaba ahora. Aunque la razón le decía que la chica debía haber sido diferente antes de su embarazo, todavía no encajaba con la serena madre a punto de serlo que tenía frente a ella. Aun así, Gloriana siempre había sido más propensa a medias verdades que a mentiras directas.

—Hubiera sido un pésimo arreglo para Gideon —suspiró Heloise, con la diversión aún estampada en su rostro—. Cualquier giro del destino que te haya llevado a sus brazos en su lugar ha sido afortunado. Ojalá esa suerte persista.

Esa proclamación de suerte se quedó con Rose durante horas después, mientras recorría la casa por enésima vez, tomando nota mental de las cosas que le gustaría tener ordenadas o cambiadas. Gideon tal vez no hubiera encajado con Gloriana en temperamento, pero su obsesión por mantenerse en el favor de la Sociedad la habría hecho una novia ideal. Ella era joven, hermosa y acababa de hacer su debut, sin ningún pasado manchado que empañara la unión. No como Rose, que solo era considerada porque él había estado en crisis en el momento justo.

Se sacudió ese pensamiento, regañándose a sí misma por su dramatismo. Él le había dicho que la amaba, ¿verdad? Y a pesar de todo, lo creía.

Aun así, si hubiera llegado a ella antes, si le hubiera escrito, si le hubiera contado la verdad, toda la maldad que había pesado sobre su reputación nunca habría ocurrido. De hecho, una parte de ella se preguntaba si quizás habría sido persuadida a rechazar a Henry en favor de Gideon, si le hubieran dado la opción.

Entró en el salón y se hundió en uno de los sofás de terciopelo que estaban frente a los deslumbrantes rayos de sol provenientes de los jardines. Los jardines estaban desordenados, notó. Las peonías, las rosas, las violetas y los lirios estaban ahogados por las malas hierbas.

Nerón apareció de las sombras, saltando a su regazo con un rugido agresivo. Ella lo acarició suavemente, con sus músculos relajándose mientras el gran gato se acomodaba en su regazo, transformándose de monstruo que saltaba a hedonista que se estiraba en un instante.

Deseaba con todo su corazón tener sus acuarelas. El carboncillo no haría justicia a una criatura tan encantadora como Nerón, y los amarillos y naranjas de su pelaje se traducirían tan bien al lienzo.

Aun así, tal vez si sacaba su bloc de dibujo de la valija de arriba, podría sumergirse en el dibujo por un rato. No se había entregado a su arte desde Londres.

El hombre sin boca, pensó sombríamente.

Gideon era más que eso. Sabía que lo era. Había más en ambos. ¿Qué daño le había hecho rechazarla si ella no sabía nada de ello? Podría haber vivido el resto de su vida pensando que la persona que había sido su primer prometido y ahora su esposo no tenía nada que ver con ella. Podría haber pasado sus días sin cuestionar nunca la devoción de Gideon por ella.

Sin embargo, eso no era realmente cierto. Había visto cómo se nublaba su expresión cuando Alex les había hecho bromas sobre los rumores de la sociedad. Sabía que él había guardado todos esos recortes. Tal vez los leía en las altas horas de la noche, mientras evitaba su dormitorio hasta que ella se quedaba dormida.

La ignorancia realmente era una bendición.

Fue el último pensamiento que tuvo, ya que los ronquidos de Nerón pronto la sumieron en un sueño intranquilo.

Capítulo Veintitrés

Gideon no había logrado deshacerse de la sensación de que había hecho algo terriblemente mal. Aunque el día no había sido agotador en cuanto a trabajo físico, sabía que había estado irritable y distraído.

– Es decepcionante –comentó Alex, después de haber sido ignorado por decimosegunda vez–. Pensé que quizás mi memoria me había fallado y que mi hermano nunca había sido el imbécil sombrío que pensé que era.

– Déjalo –gruñó Gideon, y su hermano obedeció, encogiéndose de hombros y haciendo su parte en silencio mientras el día continuaba.

¿Por qué había abierto la boca esta mañana y arruinado lo que había sido algo perfectamente agradable? Él había sido quien lo había arruinado, ¿no? Debería saber mejor que revelar verdades dolorosas sin precaución, incluso a su propia esposa.

Sintió esa fachada de piedra asentándose sobre él nuevamente, incluso mientras resentía que Alex hubiera notado que alguna vez hubo una. ¿Cuándo fue la última vez que se había sentido así? ¿Enojado e hirviendo por dentro mientras por fuera se mantenía perfectamente calmado?

Sabía la respuesta. Había sido aquella mañana en Mayfair, justo hasta que escuchó su voz.

Y ahora, horas después, mientras el sol se ponía en el horizonte, se dirigía hacia el salón, sabiendo muy bien que tendría que verla otra vez. Escucharla de nuevo. Realmente no podía haber peor momento para una reunión familiar, pero como siempre, Rose tenía razón. Cada día que pasaba los acercaba más a la llegada de un niño sin futuro definido.

Escándalo. Vergüenza. Carga. Pánico. Incertidumbre.

¿Cuándo terminaría? Debía haber un fin en algún lugar a lo lejos. Seguro que otras personas no vivían sus vidas enteras con una crisis tras otra cayendo sobre ellos desde los cielos.

Entró al salón para encontrar que era el último en llegar. Los otros tres se congelaron al verlo entrar, todos giraron para mirarlo con lo que parecía alarma. Esto solo lo irritó más. No era una bestia feroz para inspirar temblores y miedo. No gritaba como su padre ni lanzaba cosas en un ataque de ira como su madre. Siempre era calmado, siempre respetuoso. ¿Qué derecho tenían ellos para temerle?

Alex fue el primero en apartar la mirada y continuó sirviendo un vaso de jerez a Rose, inclinando la botella un poco más de lo que a Gideon le parecía adecuado. Heloise permaneció completamente inmóvil en el diván, con ese maldito gato sobre su regazo, mirándolo fijamente con sus desconcertantes ojos amarillos.

La señora Laughlin había dispuesto una variedad de alimentos fríos para ellos en lugar de una cena adecuada. Gideon no estaba seguro de si tenía apetito, por mucho que la comida pareciera apetecible.

Miró el jerez en la mano de Alex y se reprendió mentalmente por el repentino impulso de robar la botella de whisky. No era su padre, y no caería víctima de esos vicios, por mucho que lo deseara.

En su lugar, se sirvió un vaso de agua y se posicionó solo en un sillón que juraba olía vagamente al perfume de su esposa. Tan pronto como se sentó, se dio cuenta de que debería haberse unido a ella en el sofá y se maldijo nuevamente por tonto.

Alex tomó el lugar junto a ella y todos continuaron mirándolo, claramente esperando su señal

para comenzar la conversación. Después de todo, él era el cabeza de esa excusa de familia.

— No he preparado ningún discurso —comenzó, demasiado consciente de lo rígido y formal que sonaba—. Todos sabemos por qué estamos aquí. Debemos decidir qué hacer con el hijo de Heloise antes de que ese hijo llegue al mundo.

— Debo admitir que estoy sorprendida —dijo Heloise, su voz inusualmente suave mientras sus ojos brillaban al mirarlo—, de que se considere mi opinión en este asunto. Según entiendo, han hablado de mis posibilidades con todos en esta habitación, excepto conmigo.

— No hemos tenido un momento a solas, Hel —respondió él, con la espalda tensa ante su acusación tan acertada—. He estado bastante ocupado jugando el papel de jardinero, mayordomo, criado y señor, si no lo has notado.

— Oh, he notado muchas cosas —dijo ella, esbozando una sonrisa enigmática—. Aun así, hubiera sido agradable que al menos me hubieras hablado del tema, ya que no consideraste necesario responder a mi carta.

Sintió su rostro arder. La indignación y la vergüenza luchaban dentro de él, pero la única respuesta que podía dar sin avivar la chispa para una llama incontrolable fue una respuesta vacía de emoción.

— Tienes razón. Mis disculpas.

Ella rodó los ojos, dirigiendo su mirada de nuevo al gato como si dudara de su sinceridad. Los músculos de sus hombros se sentían tan tensos, como si se rompieran si intentaba moverse. ¿Cómo era que todo ya iba tan mal?

—Según tengo entendido, todos tienen alguna opinión sobre el asunto, pero ninguno de nosotros ha llegado aún a una solución perfecta —interrumpió Rose, levantándose de su lugar junto a Alex y acercándose a él—. Estoy dispuesta a comenzar con mis propias reflexiones, si nadie se opone.

Heloise hizo un gesto petulante con los hombros. Alex levantó su copa, recostándose en su asiento como si toda la situación fuera una producción teatral para su propio entretenimiento.

Rose puso una mano sobre el hombro de Gideon, dándole un leve apretón que de alguna manera hizo que un chorro de agua tibia recorriera su interior helado. Ese pequeño gesto comenzó a derretir inmediatamente el hielo que mantenía su columna recta.

—Creo que el destino del niño dependerá en gran medida de su sexo —comenzó—. Si es un niño, podríamos tener una tarea mucho más fácil de lo que pensábamos, si Gideon o Alex están dispuestos a reconocerlo como su bastardo.

Hubo un murmullo de incomodidad en la sala, el silencio se volvió repentinamente ensordecedor. Era cierto que los bastardos varones podían existir en los márgenes de la sociedad de una manera que las niñas nacidas fuera del matrimonio no podían.

—¿Quién lo criaría, entonces? —preguntó Heloise, inclinando la cabeza—. ¿Tú? ¿Una institutriz, tal vez?

—Podrías quedarte aquí y encargarte de su educación tú misma, si lo deseas —respondió Rose suavemente—. Aunque todos tendríamos que estar de acuerdo en asumir las consecuencias sociales de tomar este camino.

—¿Y si el niño tiene la desgracia de ser de nuestro sexo? —continuó Heloise, con un tono ácido en su voz—. Entonces debe ser echada a la calle como una huérfana y ser olvidada.

Rose se estremeció, bajando los ojos a la alfombra con una dolorosa aquiescencia.

—Desafortunadamente, una niña sería mucho más difícil de situar —dijo.

Heloise hizo un gesto de desdén, mirando a un hermano tras otro.

—¿Y alguno de ustedes se encargará de esto? ¿Permitir que un niño piense que ustedes son su

padre hasta que sea lo suficientemente grande para entender la verdad?

—No tengo problema con eso —dijo Alex, encogiéndose de hombros.

—No, no eras tú quien pensaba que lo haría —respondió Heloise, dirigiendo todas las miradas hacia Gideon.

—Si es tu deseo mantener al niño en Somerton, bajo nuestro cuidado —dijo Gideon con dificultad—, consideraría tal proposición, aunque a un gran costo para mi propia reputación y a costa de humillar aún más a mi esposa.

Hubo una pausa, durante la cual imaginó sentir que el agarre reconfortante de Rose en su hombro se aflojaba.

—¿Y tú? —continuó Heloise, claramente irritada, volviéndose hacia Alex—. ¿Todavía preferirías que vendamos al niño a alguna familia que no pueda tener uno propio, no?

Él pareció demasiado atónito para responder. Sus ojos estaban bien abiertos cuando ella volvió a girarse hacia Gideon.

—Tú, imagino, estarías bien con deshacerte de la carga llevándola al orfanato más cercano, ya que no te daré el nombre de un padre en quien echarle la culpa al niño —añadió.

Él no respondió. Solo habría avivado las llamas. Cuando Heloise se ponía en un fervor, lo mejor era mantenerla atrapada con una mirada fría hasta que pudiera encontrar su propia calma, sin importar cuán enfurecida se pusiera por la falta de interacción.

Suspiró con irritación y sacó de su regazo un trozo de papel arrugado cubierto con tinta.

—¡He tenido esta carta en mis manos durante tres semanas! —anunció, su voz elevándose con cada palabra—. ¡Con la esperanza de que alguno de ustedes nos ofreciera una solución, pero veo que eso no sucederá!

—¿Qué es eso? —preguntó Alex, inclinándose hacia adelante con una seriedad repentina. El tono en su voz hizo que los vellos de la nuca de Gideon se erizaran al instante.

—Ya se los dije a ambos —gruñó Heloise—. En mi momento de crisis escribí a la familia. A toda la familia. Solo madre me respondió.

Hubo un caos inmediato cuando tanto Alex como Gideon se pusieron de pie, sus voces chocando en un estallido de indignación y demanda de explicación. El gato salió disparado de su regazo, bufando y escupiendo a ambos hombres mientras Heloise se veía satisfecha, sujetando la carta como un escudo y girando la cara para evitar mirarlos.

—¡Caballeros! —llamó Rose, adelantándose—. ¡Caballeros! —gritó nuevamente, poniéndose entre Heloise y sus hermanos—. ¡Por favor! ¡Cálmense!

El silencio que cayó ahora parecía resonar en toda la habitación, fuerte como campanas de iglesia. Rose estaba frente a su hermana como una defensora amazona protegiendo a una madre inocente. Ella no lo sabía. No podía saberlo.

Gideon ya no estaba congelado por dentro. Ahora cada centímetro de su cuerpo ardía con una ira hirviente.

—Heloise —dijo lentamente, peligrosamente—. ¿Qué has hecho?

—Le escribí la misma carta que a ustedes dos —siseó Heloise—. Y ella respondió con compasión y una solución, lo cual es más de lo que puedo decir por alguno de ustedes.

Alex retrocedió, su rostro cerrado y enfadado. Sin decir palabra, giró sobre sus talones y salió de la habitación, cerrando la puerta tras él con un portazo.

Rose puso sus manos en los hombros de Gideon, guiándolo de nuevo al sofá y obligándolo a sentarse. Ella se sentó a su lado, esa presencia reconfortante recostándose en su costado. Claramente no sabía lo que sucedía a su alrededor, pero no huyó como Alex, aun así.

—¿Cuál fue la solución? —preguntó Rose, con la voz clara y firme. De alguna manera, ella era

la única persona en la sala que no se había desmoronado.

Su calma pareció hacer que Heloise se ablandara un poco, y su mirada pasó de Gideon a ella.

—Estamos hablando de nuestra madre —explicó en una voz que ya no estaba cargada de veneno—, que vive en Filadelfia. Ella ha sugerido que presentemos al bebé como un primo huérfano de la rama estadounidense de la familia, tomado por deber familiar para ser criado entre nosotros. También ha ofrecido —dijo, mirando de Rose a Gideon— llevarnos a los dos a América si mis hermanos no ven la razón, o, por supuesto, si es mi deseo.

—¿Llevarlos? —repitió Gideon, en voz baja—. ¿Llevarte a ti a América?

—Sí, claro —suspiró Heloise, extendiendo su brazo para entregarle la carta a su hermano, quien la arrebató de su mano al instante—. A mí y al niño.

Mientras Gideon hojeaba la carta, pudo escuchar la voz de su hermana, como si viniera de lejos, diciéndole a su esposa:

—Ella espera llegar antes del parto, en cualquier momento.

Capítulo Veinticuatro

Rose no quería estar en su alcoba cuando Gideon se retirara. Después de semanas deseando quedarse despierta para recibirlo, descubrió que, en la primera ocasión en que podrían terminar el día juntos, no quería ver ni rastro de su esposo.

Meggie le había dado un sermón que rozaba la regañina. Heloise podría parecer hecha de hierro, pero era una mujer a punto de dar a luz, y no debía alterarse. Cualquier emoción, buena o mala, podría dañar su cuerpo y al bebé.

Lo había hecho a espaldas de todos, especialmente de Heloise, cuya espalda se habría erguido ante la más mínima sugerencia de fragilidad, a pesar de haberse visto obligada a retirarse con dolores en el abdomen solo unas horas antes.

Gideon había insistido en cargarla en sus brazos, como a un bebé, hasta sus habitaciones, mientras Rose corría en busca de la partera.

—Estas falsas contracciones son normales —le había asegurado Meggie—. Pero la calma es crucial en estas últimas semanas.

No había traído una vela con ella y tropezaba un poco por los pasillos mientras se orientaba hasta su destino. Solo quería regresar al estudio y recoger su cuaderno de dibujos, con el que había desperdiciado la tarde. Su camión blanco flotaba alrededor de sus piernas, marcando cada golpe y tropiezo con un gemido espectral y sofocado. En un mejor ánimo, la idea de convertirse en un espectro en su propia casa la habría divertido.

La sala de dibujo aún estaba iluminada, vio. Al acercarse, empujó la puerta, solo para encontrar a Alex tirado en el suelo, con la botella de jerez en la mano y su cuaderno de dibujos en su regazo. Estaba en mangas de camisa, con el cabello despeinado y los pies descalzos, y cuando la miró, ella juraría que solo era un niño, haciendo pucheros después de un mal día con sus amigos.

—¿Está bien? —preguntó suavemente, mientras Rose cerraba la puerta detrás de ella—. ¿Fui yo quien la alteró?

—Creo que todos la alteramos, Alex —respondió Rose, cruzando la habitación y hundiéndose frente a él en la alfombra.

La señora Laughlin aún no había venido a recoger los bocadillos, y Rose, de repente consciente de su hambre, tomó una tarta de espinaca y le dio otra a su cuñado, que estaba tan patéticamente sentado en el suelo.

—Estoy borracho, Rosie —le dijo, tomando la tarta.

—Ya lo veo —respondió ella, extendiendo la mano hacia la botella.

Él le sonrió, esa sonrisa que siempre llevaba un toque de desafío.

—Solo podrás tenerlo si bebes de él.

—Entonces lo haré —le aseguró ella, flexionando los dedos—. Dámelo.

—Sabré si solo estás fingiendo —la advirtió, pasándole la botella. Él entrecerró los ojos mientras ella vertía un poco del licor en su boca, asintiendo con satisfacción después de que lo tragara. A decir verdad, la sensación de calor que siguió al jerez en su estómago fue agradable, y tomó otro sorbo de la botella por su propia voluntad.

—Has encontrado mi cuaderno de dibujos —dijo ella, señalando el objeto en su regazo—. Me temo que esas obras no eran para ser vistas por el público.

—¡Me has puesto hojas en el cabello! —dijo él, volteando la página con su parecido y

mostrándola, manchada con una huella de dedo del color del vino—. ¿Soy Baco?

—Pan —confesó ella, sonrojándose, arrebatándole el libro y cerrándolo de golpe—. ¿Te parece inapropiado el símil?

—De hecho, lo encuentro bastante halagador —dijo él, sonriendo de forma torcida, mostrando su característico gesto de sátiro—. Esa partera, Maggie...

—Meggie.

—Sí, eso. A Heloise le gusta, aunque se retuerza y gruñe cuando la examinan. Siempre lo noto. A mí también me gusta, pero me rechazó de plano. Dijo que era un cachorro. ¡Un cachorro!

Rose se rio ante su indignación, tomando otro sorbo de vino antes de pasárselo de nuevo.

—Está casada, ya sabes.

Él soltó una carcajada, aceptando la botella y pidiendo otro bocado de comida.

—Eso nunca ha detenido a las damas que conozco.

Ella lo miró, pasándole una manzana, que él mordió con agradecimiento. No, imaginaba ella, un hombre como Alex Somers lo haría muy bien entre las adúlteras del mundo. Era exactamente el tipo de hombre al que una mujer recurriría por un poco de pasión sin expectativas. Era un trago fugaz en lugar de sustancia, y Meggie hizo bien en rechazarlo.

—Supongo que no podría tentar a alguien como tú, ¿verdad? —murmuró él, de forma hosca, más afectado por el golpe a su orgullo que por cualquier verdadero deseo de seducirla.

—No podrías —confirmó ella.

Cayeron en un cómodo silencio, cada uno pensando en sus propios problemas mientras los grillos empezaban su canto afuera.

—No entiendo a las mujeres en absoluto —refunfuñó él, quitándole la piel a la manzana antes de darle otro mordisco—. ¿Por qué alguien como tú querría a alguien como Gideon? ¿Cómo puede alguien como Heloise, que está tan enojada con el mundo entero, convertirse en una dama suave y embarazada que se desmaya en el jardín? Esa chica nunca se ha desmayado en su vida. ¿Cómo lo explicas?

Rose se encogió de hombros.

—Escuché que el embarazo puede trastocar las emociones.

—No así—dijo él, irritable—. Gideon. Y tú. Eres divertida, ¿no? ¡Graciosa! —hizo un gesto borracho hacia su cuaderno de dibujos—. ¿Por qué querrías casarte con un iceberg?

Ella suspiró, mirando al cielo.

—Lo conoces toda tu vida. ¿Cómo puedes pensar que está hecho de hielo?

Alex entrecerró los ojos, como si una pequeña ventana a través de su niebla de jerez se abriera.

—¿No lo está?

—No —dijo ella firmemente, aunque la duda sobre esa afirmación le rondaba en la mente. Sin duda, esa noche él había parecido algo frío.

—Hmm —dijo Alex—. Tal vez no. Lo he oído reír cuatro veces completas desde que te uniste a nosotros. Cuatro veces más que las que puedo contar desde que éramos niños.

—Quizá tu constante diversión sea suficiente para toda la casa —respondió ella con frialdad.

Le dio una sonrisa petulante, a lo que ella no pudo evitar responder con una sonrisa de desdén.

—¿Tienes madre? —preguntó de repente, lanzando el corazón de la manzana con todo el drama hosco de un niño pequeño.

Ella vio cómo volaba por la habitación y chocaba contra una de las sillas.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —rio, más por shock que por diversión—. ¡Claro que la tengo!

Él hizo una mueca.

—No estoy seguro de que yo tenga una —dijo—. Apuesto a que la tuya es de esas

verdaderamente maternas, ¿verdad? Siempre preocupada por ti y asegurándose de que estés bien.

—Sí —dijo Rose con tono plano—. Hasta el punto en que se metía en todos los aspectos de mi vida, insistiendo en que cualquier mínimo detalle fuera de lugar la mataría literalmente. ‘El maíz en el terreno de otro hombre,’ y cosas por el estilo.

Él soltó una risa burlona, pero parecía algo aliviado a pesar de ello.

—¿Qué ha hecho ella, tu madre, para que todos la odien tanto? —Rose sintió que el color subía a su rostro mientras las palabras salían de su boca, y estiró la mano en busca de otro trago del jerez, que seguramente la había impulsado a hacer una pregunta tan directa en primer lugar.

—Ella y mi padre solían gritarse y pelear —dijo él en voz baja—. Y supongo que, si estuviera sobrio, te diría que fue eso. Cuanto más borracho se ponía él, más enojada se ponía ella, lo que lo hacía beber más y así sucesivamente. Un día nos reunió a todos, a todos los que ya podíamos decidir nuestro destino, nos dijo. Nos dijo que se iba a ir a casa, a la mansión de su padre en Pennsylvania, y que todos éramos bienvenidos a acompañarla, pero que si no lo hacíamos, mejor que supiéramos que él quedaba a nuestro cuidado.

—Y ninguno de ustedes fue —dijo ella.

—No —negó con la cabeza—. Ninguno. ¿Y adivina qué? Realmente fue nuestra carga. Incluso cuando él murió, ella no se dignó a ayudar. De hecho, nos dimos cuenta de que solo respondía a las cartas si no mencionaban nada de él.

—Eso es demasiado peso para un niño —dijo Rose suavemente, dándole una palmadita en la mano—. Incluso para uno a punto de convertirse en adulto.

Su rostro se retorció en algo entre rabia y tristeza, y se giró hacia ella, dejándola ver al niño herido detrás de la máscara de tonto.

—Pensé que nunca la volvería a ver —confesó—. Y eso sería lo mejor. Sería lo correcto. ¿Qué se supone que debemos hacer ahora?

—No lo sé —admitió Rose—. Todos estamos descubriendo territorio nuevo aquí, día a día. Sin embargo, si quisieras regresar a Oxford antes de que ella llegara, nadie podría culparte.

Él suspiró, sacando su mano de debajo de la suya para frotarse los ojos.

—Por tentador que suene eso, no puedo. El trabajo de un hermano es proteger.

Rose soltó una pequeña risa, alcanzando por última vez el jerez.

—Aunque ella claramente te adora, no creo que Heloise necesite a un campeón. Ella puede defenderse por sí misma.

—¿Heloise? —dijo Alex, frunciendo el ceño mientras dejaba caer las manos a los costados—. ¿Quién ha dicho algo sobre Heloise?

Capítulo Veinticinco

La llegada de Ruthie Somers, de soltera Cunningham, fue tan aparatosa como Gideon temía.

Heloise, por supuesto, estaba recluida en la casa por necesidad, pero Alex se negó abiertamente a salir a recibir el carruaje, prefiriendo llevar a la yegua baya favorita de Heloise por los páramos durante un tiempo indeterminado.

Eso dejó únicamente a la señora Laughlin y a Rose junto a él para mantener la vigilancia mientras se veía obligado a recibir a la madre con la que no había hablado en años.

Rose, por su parte, fue perfectamente amable. No le mostró ni un ápice de hostilidad ni melancolía desde la noche en que había decidido dormir en el salón en lugar de junto a él. El hecho de que fuera tan cortés y serena era de algún modo peor que los teatrales reproches que había esperado de un rechazo tan flagrante.

O tal vez él solo ansiaba una discusión después de haber estado despierto toda la noche esperando que ella se acostara para poder disculparse profusamente y con sinceridad, a solas, tras la privacidad de las puertas de su dormitorio.

Claramente ella no quería eso. Si no fuera suficiente que hubiera dormido en otra habitación, sin siquiera una cama adecuada, encontró a su hermano, borracho y roncando contra la puerta cuando bajó por el pasillo esa mañana, como si ella necesitara algún tipo de guardia que la protegiera del ogro de su esposo.

Bueno, se negó a imponerse sobre nadie. A partir de la noche siguiente, se trasladó a una suite de invitados y había permanecido allí por unas dos semanas. Al menos de esta manera no tenía que permanecer despierto una hora extra después de un día de arduo trabajo solo para bañarse y ponerse incómodos pijamas por el bien de su esposa. ¿Acaso no era esa la ventaja?

No fue hasta que la mano de Rose se deslizó en el pliegue de su codo, con su cuerpo cálido presionándose a su lado, que pudo sacudirse de su resentimiento y escuchar el ruido de cascos y el traqueteo de un carruaje acercándose. El aroma de ella, a vainilla y canela envuelto en suave calidez, de alguna manera seguía calmándolo, a pesar de lo mal que había fracturado su confianza.

Un lacayo, con un uniforme que parecía sofocante, saltó de los estribos y abrió la puerta con el tipo de ceremonia que usualmente se reservaba para recibir a la realeza o llegar a un importante evento social. Por supuesto, su madre probablemente se consideraba ambas cosas a la vez.

Ella descendió con delicadeza, envuelta en brocado verde bosque y con un coqueto sombrerito. Su cabello seguía siendo castaño, aunque el brillo apagado bajo la luz del sol hizo sospechar a Gideon que el color ya no era del todo natural. Seguía siendo una mujer atractiva, con pómulos altos y una barbilla fina como la de su hija, y cuando le sonrió ampliamente a su hijo, recogiendo sus faldas para acortar la distancia entre ellos, una pequeña parte de él quiso arrojarle en sus brazos y contarle todo lo que había ocurrido.

—¡Somerton, al fin! —exclamó con su acento yankee, y sus botines de tobillo crujiendo sobre la grava mientras avanzaba hacia ellos con determinación—. ¡Vaya, pero mírate! Un auténtico lord, aunque supongo que lo eras desde niño. ¿No abrazarás a tu madre, Gideon?

Sintió a Rose deslizarse lejos de él y le devolvió a su madre un abrazo rápido y rígido, quien ahora parecía absurdamente estar una cabeza entera por debajo de él. Ella se retiró rápidamente, con los ojos brillando al observar su rostro, ignorando completamente a las otras dos mujeres y a

su batallón de sirvientes.

—Madre —dijo él, detestando la formalidad de su propio tono—. Esta es mi esposa, Lady Rose Somers.

—Encantada —dijo Rose con lo que parecía un calor genuino—. Es un honor conocerla, Lady Somers.

—Puedes llamarme Ruthie —dijo su madre, examinando a Rose con descaro de pies a cabeza mientras extendía una mano para estrechar la suya—. Así que eres la chica de los periódicos que se escapó con mi hijo mayor. Esperaba a alguien más morena.

—¿Más morena, madre? —repitió Gideon, aunque no deseaba que ella se explayara.

—Mmm —respondió Ruthie, encogiéndose de hombros con facilidad—. Por la forma en que la describieron, imaginé alguien más siniestra, supongo, aunque quizás las angelicales siempre lo sean. ¡Dios mío, ¿es usted, señora Laughlin? ¡Qué osadía envejecer tan bien!

Así transcurrió la tarde, todos siguiendo la estela de su madre tempestuosa mientras ella saludaba y elogiaba, con un toque de burla en cada cumplido. No supo qué ocurrió cuando se encerró en la habitación con Heloise para una conversación, de madre a hija, pero fue un respiro bienvenido de la tormenta.

—Quiere que preparen la casa de la viuda—le dijo Rose, tranquila como siempre, mientras descansaban para tomar el té de la tarde—. Imagino que tomará varios días y probablemente contratemos trabajadores externos del pueblo.

—Creo que es una bendición disfrazada —suspiró él—. Probablemente se quedará en York hasta que esté satisfecha con la casa de la viuda, ya que se niega a quedarse aquí y el pueblo es demasiado rural para los gustos de la heredera Cunningham.

—¿Detecto un poco de reproche? —Rose había bromeado, con sus ojos chispeando de forma coqueta, como si no llevaran semanas durmiendo separados.

No pudo resistir una media sonrisa torcida ante la observación, por más apenado que se sintiera, y el encuentro continuó atormentándolo durante los días siguientes. ¿Por qué no aprovechó esa oportunidad para tender un puente entre ellos? Estaba seguro, más allá de toda duda, de que no podía simplemente regresar a su cama marital alguna noche espontáneamente y asumir que todo había vuelto a ser como antes, sin importar lo amable que fuera Rose.

Ella había comenzado a dormir aparte, ¿no? Quizás debería esperar a que ella lo terminara. Quizás nunca lo haría.

Alex, de alguna manera, solo reapareció cuando su madre se había marchado a una posada en York, negándose a comportarse como si algo extraño hubiera ocurrido.

Aunque hizo lo posible por abstenerse de reprender a su hermano por la fuga que él mismo deseaba a menudo, cabalgar junto a él para observar la llegada de los trabajadores a la casa de la dote en el borde de la propiedad fue un intento fallido de respetuoso silencio.

—Dilo —había espetado finalmente Alex cuando terminaron de dirigir los carros a la casa—. Tu ceño fruncido es más ruidoso que cualquier grito.

Gideon lo fulminó con la mirada, plenamente consciente de que estaba haciendo exactamente lo que su hermano describía, con las riendas tan tensas en su mano que el cuero se le incrustaba en los dedos.

—Simplemente no entiendo por qué insistes en comportarte como si aún fueras un niño.

—¿Cuándo has pensado en mí como algo más que un niño? —replicó Alex con mordacidad, mientras su caballo relinchaba inquieto y se agitaba bajo él.

—Empecé a hacerlo al regresar aquí —respondió Gideon, con una calma mortal—. Hasta que huiste de nuestra madre, no una, sino dos veces.

—Oh, ¿soy yo el que huye, es eso? —Alex rio, aunque no había humor en su tono.

—¿Acaso no? —respondió Gideon incrédulo—. Ambas veces literalmente huiste de la mujer.

—Es cierto —concedió Alex, inclinándose hacia adelante para tranquilizar al caballo con un chasquido de lengua y una caricia en el cuello—. Pero pensé que madre estaba fuera de mi vida desde hoy hasta el fin de mis días. ¿Acaso tú no?

Gideon nunca lo había considerado en realidad. Giró su montura, instando al caballo a rodear uno de los grandes árboles que bordeaban los campos de producción.

—Creo que la consideraba ausente, pero no necesariamente fuera de mi vida —dijo tras un momento, esperando a que Alex se uniera antes de desmontar—. Siempre fue una presencia al acecho en la periferia, incluso cuando padre aún vivía.

Alex saltó de su caballo con un brinco ágil, estirando el cuello de un lado a otro con su habitual nerviosismo. Tomó las riendas de su hermano y ató ambos caballos al árbol, sus dedos moviéndose con rapidez ansiosa mientras reflexionaba sobre su respuesta.

—Era una persona completa para ti y para Heloise también —le dijo al árbol—. Te usaba para moderar sus disputas maritales y trataba a Heloise como si fuera su muñeca. Apenas existía para ella. Apuesto a que ni siquiera notó mi ausencia.

—Sí la notó —corrigió Gideon—. Fue la única vez que mostró una grieta en su alegre fachada agresiva.

Algo cruzó fugazmente el rostro de Alex, pero sacudió la cabeza, negándose a dejar que echara raíces.

—No importa. No he abandonado a Heloise ni al bebé, y no lo haré, aunque esa mujer deba formar parte de ello —suspiró, pasándose una mano por la nuca—. Pero por mi parte en crear más discordia en un momento ya tenso, me disculpo.

Los dos hombres permanecieron en silencio incómodo, mirándose un momento antes de que Gideon aclarara su garganta de forma brusca y asintiera con la cabeza.

—No pienses más en ello —murmuró.

Volvieron al silencio, observando cómo los trabajadores descargaban una cantidad impía de muebles de sus carros para llevarlos a la casa de la dote. Gideon esperaba fervientemente que esos artículos hubieran sido comprados con dinero de los Cunningham y no con crédito de los Somers, aunque sospechaba que su cordura no soportaría enfrentarlo directamente en ese momento.

—Ella no tenía intención de quedarse dormida allí —dijo Alex, con un tono de afectada casualidad que no resultó del todo convincente—. Yo tampoco, en realidad.

Gideon no respondió, ni giró para reconocer la información de su hermano.

—Te llamo asno a menudo, y rara vez lo digo en serio —continuó Alex, con este tramo fluyendo un poco más fácilmente—. Pero si sigues durmiendo en una suite de invitados y dejas que trivialidades del Evening Standard te alejen de esa mujer, eres peor que el mulo más escuálido.

—Madre pensaba que tendría el cabello oscuro y una apariencia demoníaca —replicó Gideon, tensando los músculos a pesar de saber que era una provocación deliberada—. Creí haber leído todo el veneno, pero parece que me perdí esa sugerencia.

—¿Entiendes que hay nuevos chismes cada día y que los de ayer se olvidan tan rápido como se consumen los de mañana? —suspiró Alex—. ¿Comprendes que la única razón por la que hay interés en encontrar algo para burlarse de la nobleza es porque de otro modo somos envidiados y admirados?

—Te aseguro que nadie en Londres ha olvidado la muerte de nuestro padre —dijo Gideon, girándose para enfrentar a su hermano—. Eso fue hace unos cinco años y casi me niegan una

suscripción a Almack's para Heloise por ello.

—¿Casi? —repitió Alex con un encogimiento de hombros—. Qué insignificante.

Gideon apretó los labios, deseando discutir pero sin palabras para hacerlo. En su lugar, dijo:

—Nuestro apellido solía ser respetado.

—Es exactamente tan respetado como siempre lo ha sido —replicó Alex con brusquedad—. ¿Sabes lo que han estado haciendo nuestra hermana y tu esposa durante las últimas semanas? Preparando un árbol genealógico para que Rosie lo pinte en un lienzo, como regalo de bodas para ti.

—¿Qué?

—Así es, tonto —Alex alzó las manos, girando sobre sus talones y dejándose caer en la tierra con la espalda contra el árbol. Se desplomó sin un ápice de autoconsciencia y señaló a su hermano—. Me incluyen de vez en cuando, por la noche. Atrás y atrás vamos hasta la Edad Media, y si le dices a alguna de ellas que te arruiné la sorpresa, pondré una víbora en tus sábanas. Gideon levantó las manos, reprimiendo la risa ante el dramatismo de su hermano.

La tensión en sus labios provocó un ensanchamiento de ojos en Alex, quien pareció motivarse aún más en su teatralidad.

—¡Y eso! ¡Eso ahí! ¡Era totalmente inaudito antes de que la trajeras a casa! ¡Y que me condenen si nos lo quitas!

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Gideon, sin poder ocultar ya su diversión.

—¡No finjas que no lo sabes! —Alex dio una palmada en el suelo, abrazando completamente su papel de adolescente de la familia—. Mi punto es que cada rama en el árbol genealógico tiene algún tipo de escándalo colgando de sus ramitas, hasta llegar al primer lord Somers, que hemos descubierto que no se refiere a nuestro nombre original sino más bien a la estación del año, fíjate, ¡quien según rumores disfrutaba ocasionalmente de la *compañía* de su arzobispo favorito con la bendición de su esposa!

La boca de Gideon se abrió. Intentó encontrar una respuesta apropiada en algún rincón de su mente, pero incluso sus pensamientos se interrumpían.

—¡Así es! ¡La honorable Casa Somers, claro que sí! Y claramente no era ningún secreto, si podemos leer sobre ello ahora en la era moderna —los ojos de Alex estaban desorbitados, sus dedos se hundían en la hierba. Abrió los brazos de par en par y mostró una amplia sonrisa, medio enloquecida—. ¿No ves? ¡Nunca tuvimos honor para empezar! ¡Así que ya puedes dejar de intentar restaurarlo!

Durante muchos años desde aquella tarde, Gideon se asombraría de esa declaración y de cómo en el mundo había llegado a reconfortarlo, y más aún de cómo continuó haciéndolo hasta que fue viejo y canoso y dejó de preocuparse.

Capítulo Veintiséis

Rose tenía la firme y sincera creencia de que las ocasiones en la vida que requerían más pompa y ceremonia siempre ocurrían de la manera más tranquila posible.

Tomemos, por ejemplo, su fuga. Cuando una dama huye de un baile en plena noche en un carruaje prestado, rumbo a la frontera para casarse en secreto, parece lógico que días de planificación deban preceder a semejante cosa. Parece incorrecto que tal huida pueda ocurrir en un clima templado y apacible. Y, sin embargo, así fue exactamente como sucedió, ¿no es cierto?

Este día no era diferente.

Cuando una joven mujer que lleva un bebé en su vientre se da cuenta de que el bebé ha decidido que es momento de debutar en el mundo, uno supone que ocurre con un gran grito de dolor o con un desmayo que podría hacer añicos un jarrón o interrumpir una reunión social. Para Rose, así era como el mundo debería funcionar.

En cambio, Heloise estaba inclinada sobre su hombro, sugiriendo un detalle para el rizo de un adorno en el árbol genealógico de la Casa Somers cuando dejó escapar un leve y ahogado suspiro y retrocedió para buscar asiento. Entonces miró a su cuñada con ojos claros y tranquilos de un verde cristalino, y dijo: —Rosie, creo que deberías ir a buscar a Meggie. El bebé está viniendo.

Luego, pensó mientras se levantaba y salía tranquilamente de la habitación, seguramente comenzaría el alboroto. Debía salir corriendo y las voces se elevarían en anticipación. En cambio, caminó a un paso rápido, pero no llamativo, hasta la cabaña detrás de los establos y tocó la puerta con cortesía.

Con Meggie apresurándose hacia su paciente y Graham enviado a York para traer a la Viuda, se dejó llevar al siguiente conjunto de tareas. Informó a la señora Laughlin que asistiera a Meggie con los artículos necesarios, que recitó en una lista memorizada a la atónita ama de llaves.

Lo único que quedaba por hacer era ir a informar a su esposo, con quien no había tenido una conversación real en semanas.

Para entonces, su corazón había comenzado a latir un poco más rápido, quizás encontrando en sí mismo la necesidad de igualar el ritmo de sus zapatos sobre el mármol mientras se dirigía al estudio. De reojo, vio su propio reflejo en un espejo montado en la pared, su cabello rubio aún ordenado en su moño, sus mejillas un poco sonrosadas, pero no de un color alarmante.

Aunque una parte de ella estaba orgullosa de su compostura, otra gritaba que, si alguna vez hubo un momento para olvidar todas sus enseñanzas de cortesía, era este.

En cambio, golpeó con los nudillos la pesada puerta de roble y esperó a que Gideon le diera permiso para entrar.

Él alzó la vista de sus papeles, claramente sorprendido al ver a su esposa acercándose. Cerró el dossier en el que estaba trabajando, cubriéndolo con su brazo, y se puso de pie.

—Gideon —dijo Rose, desviando la mirada hacia el dossier para evitar los ojos de su esposo.

—Buenas tardes —dijo él, incierto—. ¿Estás bien?

Ella se obligó a mirarlo, alto y hermoso, rodeado de luz dorada detrás de su escritorio.

—Acabo de darme cuenta de que nunca tuvimos nuestra reunión sobre mi papel en la administración de la casa.

Él parpadeó, indicándole que tomara asiento frente al imponente escritorio que dominaba la sala.

—¿Te gustaría resolver eso ahora? Puedo sacar algunas cuentas del año pasado y podríamos

revisar...

—¡No! —dijo ella, con los ojos desorbitados, sintiendo que algo dentro de ella finalmente se liberaba de la helada compostura del shock. Su voz sonaba áspera y desgarrada—. ¡No! ¡Ahora no!

—¿Rose? —Él frunció el ceño mientras se acercaba a ella, con largas zancadas que lo llevaron a su lado, y le tomó el codo mientras ella se recostaba contra él, con preocupación en sus ojos.

Ella se permitió el consuelo de su cuerpo tan cerca del suyo. Con su calidez y fortaleza a su lado, sus nervios finalmente se rompieron, como la situación demandaba. Se aferró a él, permitiéndose envolverse en sus brazos, y bebió con avidez de la tranquilidad y la seguridad de su abrazo.

Por un momento, se permitió ese placer privado, ese respiro del abismo que había surgido entre ellos, y luego se apartó, con los ojos brillantes, tocando sus dedos en su rostro.

—No me sueltes —dijo con una sonrisa temblorosa—. Vengo a decirte que ha llegado el momento. El bebé está viniendo.

Desde el instante en que la pequeña Caroline Cunningham llegó al mundo, Rose supo que nadie recordaría el dolor, los gritos ni el miedo que precedieron su nacimiento. Tal era el aura que rodeaba a la pequeña bebé de calma, brillo y amor, que nada más tenía espacio para estar junto a ella.

Mientras los hombres caminaban nerviosos fuera de la puerta, Meggie limpió a la bebé, cortó el cordón umbilical de su vientre y la envolvió en una suave manta de algodón para que conociera a su madre. Su abuela llegaría pronto, y los detalles de la vida que le esperaba serían decididos.

—Parte de mí está triste de que nunca será una Somers —susurró Heloise, acariciando las gordas mejillas rosadas de la bebé que roncaba mientras la miraba con asombro—. Pero supongo que eso nunca habría sido así, incluso si me hubiera casado.

—Lo que importa es que tiene un nombre —respondió Rose—. Eso es todo lo que importa.

Heloise sonrió ligeramente, levantando la vista de su pequeño paquete de felicidad, aunque solo fuera por un momento.

—La llamaré Callie, para abreviar. Mi pequeña Callie.

—Me parece encantador —dijo Rose, mirando el rostro dormido de la bebé, que aún no tenía pelo y tenía demasiada grasa infantil como para parecerse a su madre—. Iba a decir que se parece a ti, pero supongo que eso está por verse.

—Dios la ayude si lo hace —rio Heloise—. Está bien si no lo hace. Puedes confiar en mi palabra de que su padre es un hombre apuesto.

—¿Puedo? —dijo Rose levantando las cejas—. ¿Es ese el primero de muchos indicios?

—Por supuesto que no —sonrió Heloise, acariciando posesivamente la manta que envolvía a la bebé—. Es mi hija y solo mía, aunque tengamos que fingir lo contrario por el bien de su futuro.

—Se lo diremos cuando sea lo suficientemente grande para entenderlo, creo —meditó Rose—. Las mujeres saben desde pequeñas cómo es el mundo. No creo que tengas que esperar mucho.

Meggie dudó mientras limpiaba sus instrumentos, mirando por encima del hombro como si estuviera en acuerdo silencioso.

—Lo hiciste bien hoy —anunció con su acento escocés—. Los niños suelen gritar y alborotar, pero tú estuviste tan tranquila como el cristal durante todo el proceso. Predigo que, una vez que te acomodes, tendrás muchos más.

—Bueno, ya veremos —rio Heloise—. Tal vez mi fortaleza tenga un límite.

Rose sintió un cosquilleo de realización al escuchar esas palabras. Incluyó la cabeza y dijo con calma:

—Alex dice que nunca te has desmayado en tu vida, excepto aquella noche en el prado, cuando usaste un corsé por primera vez.

—Supongo que es cierto —susurró Heloise—. Tengo permitido un momento de debilidad, ¿verdad?

—Por supuesto —estuvo de acuerdo Rose, procurando mantener su tono y mirada firmes—. Especialmente con la señora Laughlin tan angustiada, despotricando frenéticamente sobre las formas en que el joven Callum podría resultar herido o morir en la guerra.

Heloise frunció el ceño.

—Fue un tema perturbador —dijo con un encogimiento de hombros que no parecía del todo casual.

—Sí, todas las madres deben tener grandes miedos por sus hijos —asintió Rose—. Callum Laughlin estará bien bajo la tutela de Lord Moorvale, estoy segura.

—Supongo que lo estará —dijo Heloise, sus ojos entrecerrándose.

Rose mantuvo su mirada, aunque el destello de calor en esos agudos ojos verdes no era algo con lo que se debiera jugar.

—Callum —dijo—, suena mucho como Callie, ¿no crees?

Las tres mujeres callaron, siendo solo el ruido de los ronquidos de la bebé lo que rompía el silencio en la habitación.

Heloise mantuvo la mirada de Rose, y Rose esperó poder transmitir que su secreto sería guardado a salvo solo con la emoción en sus ojos.

—Tal vez los demás quieran conocer a la bebé —intervino Meggie, algo más alto de lo necesario.

—Su familia espera afuera. Gideon y Alex deben estar fuera de sí —dijo Rose con una sonrisa tranquilizadora.

—Y su abuela también —respondió Heloise, con voz suave y pensativa.

—Voy a ver si la viuda ya ha llegado —dijo Meggie, tomando esto como señal para salir de una habitación cada vez más tensa.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Rose se levantó y alisó las arrugas de su falda.

—Voy a traer a la señora Laughlin también, ¿de acuerdo?

Heloise asintió, con lágrimas brillando en esos hermosos ojos verdes.

—Sí, por favor —susurró—. Gracias, Rose.

Capítulo Veintisiete

—Entrega esto tan rápido como puedas —ordenó Gideon, por una vez sin intimidarse ante la mirada fulminante del viejo escocés—. El tiempo es crucial. Serás compensado en consecuencia. Graham agarró la carta de las manos de Gideon, gruñendo sobre las ampollas y las mujeres difíciles, y dio media vuelta para encontrar un caballo fresco bajo el resplandor del atardecer. Era cierto que el hombre había cabalgado duro hasta York y había traído a Ruthie Somers de vuelta a la finca en un tiempo impresionante, pero Gideon no confiaba en nadie más para ocuparse de este asunto con la misma rapidez y eficacia, y no había nada que hacer al respecto.

Se quedó en el césped hasta que el hombre se fue, el sonido de los cascos resonando por el camino.

—¿Ya terminaste? —dijo su madre con irritación—. ¡No puedo pensar en nada tan importante como para evitar ver a mi nieta!

Se dio la vuelta para entrar en la mansión con una ligereza en el alma que no pensaba que fuera posible. —Solo un poco de chisme, madre.

Esa noche, por primera vez, había sostenido a un bebé en sus brazos. Tal vez le habían permitido brevemente cargar a Heloise cuando era un bebé, pero no de la misma manera en que lo hizo con la pequeña Caroline. No con la misma confianza ni el mismo cariño de la madre, por supuesto.

Era tan pequeñita, mucho más de lo que Gideon había esperado. Cometió el error de mencionarlo y Alex asintió con énfasis, informándole a Heloise que había crecido tanto que el bebé debería ser al menos el doble de pesado, exigiendo saber dónde estaba ocultando al segundo niño hasta que ella le lanzó una taza de té a la cabeza.

Cuando llegó el momento de que Alex sostuviera a la niña, la abrazó con tanto entusiasmo y ternura que Gideon pensó que tal vez nunca dejaría de sorprenderse con su hermano.

—No puedo esperar a que crezca lo suficiente para lanzarla al aire —dijo Alex con cariño, sonriendo aún más cuando vio la exclamación alarmada de Heloise mientras acariciaba el mentón de la pequeña Caroline—. Vamos a hacer travesuras, pequeña.

Rose se había apartado de la familia, incluso cuando el ama de llaves tomaba su turno con la niña. Se mantuvo en una esquina, con las manos entrelazadas sobre su falda, observando con felicidad pura, a pesar de la forma en que se mantenía apartada.

Entonces, decidió que el frío entre ellos ya había durado demasiado, y se acercó hasta ella, poniendo una mano en su espalda baja.

—Caroline también es tu familia —le susurró—. Todos lo somos.

Ella sonrió y asintió, apoyándose en él mientras mantenía la vista fija en la familia. Gideon no podía estar seguro en una habitación iluminada solo por las velas, pero pensó que vio una sola lágrima brillar sobre la curva de su mejilla mientras se abrazaban, serenados por los sonidos de pura felicidad.

Gideon no encontraba más que fallos en todas las niñeras y nodrizas que habían desfilado por el salón en las semanas siguientes. Ninguna parecía adecuada para criar a la preciosa Caroline, aunque Rose insistía en que él estaba siendo demasiado severo.

Fue en el desayuno, en la tercera semana de Caroline, cuando Heloise anunció que no contrataría a una nodriza por ahora, y en su lugar se mudaría a la casa de la viuda con su madre para cuidar a la bebé. No era algo con lo que pudiera discutir, especialmente cuando hacía tan feliz a su

hermana, y tal vez aún más considerando su aversión hacia las solicitantes.

Esa misma noche, había regresado a su propia habitación después del nacimiento de la niña, y Rose lo aceptó en su abrazo como si nunca se hubiera ido. De hecho, parecía que cualquier tensión entre ellos solo había sido imaginada mientras comenzaban a planear para la siembra de verano y el regreso de un personal adecuado a la finca.

Él la observó mientras mordisqueaba sus huevos y luchó contra el impulso de encontrar su mano bajo la mesa. En su lugar, dijo en su tono formal habitual:

—Querida, espero que me acompañes esta mañana en el estudio para revisar el presupuesto de las renovaciones que discutimos.

Ella lo miró de reojo, con una chispa de travesura en los ojos, como si los recuerdos de su última sesión, demasiado improductiva, en el estudio flotaran entre ellos.

—Me encantaría —respondió dulcemente.

—Eres el peor coqueto del mundo —murmuró Alex.

—Creo que soy el único en esta mesa con esposa —respondió Gideon con facilidad—. ¿No es extraño?

—Tranquilos —dijo Heloise en tono aburrido.

—Alex —dijo Gideon, señalando los periódicos matutinos sobre su bandeja habitual—. Creo que exageré cuando prohibí la lectura de las noticias matutinas hace unos meses. ¿No nos harías el honor de traernos los titulares hoy?

Alex lo observó, sus ojos entrecerrándose sospechosos.

—Supongo que podría.

—Por favor —dijo Gideon, volviendo su atención a su esposa y, al fin, alcanzando su mano bajo la mesa. Ella aceptó el gesto y siguió comiendo con una sola mano libre.

Si fuera un hombre distinto, tal vez saltaría a la mesa y anunciaría su amor por ella al son de trompetas. Como estaba, parecía que los gestos más pequeños seguían comunicando sus sentimientos de manera efectiva.

Alex soltó un silbido bajo, sus ojos subiendo por encima del borde del periódico para encontrarse con los de su hermano.

—No creo que quieras que lo lea —dijo.

—¡Seguro que la sociedad ya ha olvidado nuestro escape! —exclamó Rose.

—Podrías pensarlo, pero... —Alex dejó la frase en el aire, extendiendo el periódico para que ella lo tomara.

Ella tomó la publicación ofrecida y desplegó con cuidado las páginas de las noticias adecuadas. Escaneó las hojas de chismes con ojo agudo hasta que encontró lo que buscaba.

—Pasiones reprimidas en Yorkshire —leyó, con sorpresa en su voz—. Una fuente cercana al Vizconde Somers y su famosa esposa nos ha escrito para contarnos la verdad detrás de su fuga tan notoria esta primavera. Después de varios años de perseguir a la dama sin éxito, el noble caballero ideó un complot muy astuto para hacerle una visita a su hogar bajo el pretexto de perseguir a una miembro más joven de la familia, mientras planeaba escapar con el verdadero objeto de su deseo mientras todas las miradas estaban en otro lado.

—Rosie —dijo suavemente Heloise—. Tal vez no deberíamos...

—Está bien —aseguró Gideon.

Rose lo miró para estar segura antes de continuar.

—Nuestra fuente, un tal Sr. d'Aubrey —¡quizás un pariente de Lady Somers misma!— nos ha informado con gran confianza que fue un plan que se fraguó durante años, todo ideado por el vizconde. Al parecer, quedó cegado por su pasión y su determinación de hacer esta mujer suya.

Tal vez incluso un noble enamorado puede terminar siendo un tonto —leyó Rose, con sus labios curvándose en una sonrisa reprimida—. Porque todos los hombres son tontos cuando están enamorados. En cuanto a la dama, no hay informes de que haya tramado nada, aunque el Post asegura que ella es una jugadora prolífica y hábil en los dados.

La mesa cayó en un silencio, con Alex y Heloise observando a su hermano, esperando el esperado disgusto. Sin embargo, Gideon se limpió los labios con la servilleta, tomó el periódico de su esposa, lo dobló con cuidado y lo dejó a un lado.

—Es cierto, sabes —dijo a todos los presentes—. Ella es una tramposa empedernida en los dados.

Capítulo Veintiocho

Un tiempo después, tras una demostración vigorosa de esa misma pasión que había lanzado a Gideon Somers y Rose d'Aubrey al escándalo, yacían juntos entre las sábanas, admirándose mutuamente en una dicha abierta.

—No puedes probar que hago trampa en los dados —dijo Rose—. Ese rumor me indigna particularmente.

—Bueno, eso es lo encantador de los rumores, ¿ves? —respondió él, depositando un beso en la punta de su nariz—. No requieren prueba alguna.

Rose suspiró, trazando sus dedos sobre las líneas desnudas de su pecho, y con sus ojos bebiendo cada detalle de su rostro en ese momento.

—El artículo no mencionó que Lady Somers sedujo al pobre vizconde antes de que se dijera los votos.

—Parece que recuerdo haber hecho la mayor parte de la seducción yo —replicó él, rodándola sobre su espalda y sonriendo ante su grito de sorpresa. La miró, su cabello extendido a su alrededor como un halo, con adoración absoluta.

—Me encanta tu sonrisa —dijo ella, levantando la cabeza para besar cada lado de su boca—. Me encanta todo de ti, de hecho.

—¿Incluyendo mi memoria a prueba de hierro de haber sido el seductor, no el seducido? —inquirió él, pellizcándole el costado.

—¡Tu memoria es algo cuestionable! —se rió ella, rodeando su cuello con los brazos—. Tal vez deberíamos intentar recrear esa noche algún día, y así decidir quién fue el depredador y quién la presa.

—No desearía nada más —confesó él, inclinándose para besar la curva de su cuello.

—Casi me rechazas, de hecho —continuó ella, pasando sus manos por sus hermosos rizos castaños—. ¿Lo recuerdas? Tal temor por comprometer mi castidad.

Él levantó la cabeza y le sonrió con suficiencia.

—Temo que el tema de las consecuencias estuviera bastante presente en mi mente en ese momento.

—Quizá no sin razón —susurró ella, dejando que sus dedos recorrieran su cabello y llegaran a cada lado de su rostro—. He pedido a Meggie que se quede por un tiempo.

Él se detuvo, el significado de sus palabras calando en su mente. Una sonrisa comenzó a florecer en su rostro, una expresión que Rose estaba segura de que nunca había visto antes de que él la llevara corriendo aquella noche fatídica en Mayfair.

—¿Con un hijo tan pronto? —suspiró, inclinándose para presionar sus labios contra los de ella, saboreando la perfección de ese momento—. ¡Piensa en lo que dirá la gente!

Nota de la Autora

¡Muchas gracias por leer! Como autora emergente de romance independiente, las reseñas pueden hacer o deshacer mi futuro como escritora. Si tienes un momento, por favor considera dejarme una reseña en Amazon, Bookbub o Goodreads. ¡Significaría el mundo para mí!

Estén atentos al próximo capítulo de los *Escándalos de Somerton*: El sinvergüenza y la Socialité, que estará disponible más adelante este otoño.

¡También me encanta saber de mis lectores! Si tienes comentarios, preguntas o simplemente quieres decir hola, puedes contactarme en Ava@AvaDevlin.com

¡Libro Gratis!

Descubre el escándalo que lo comenzó todo...

Lady Heloise Somers siempre ha sido salvaje, a pesar de los mejores esfuerzos de una docena de gobernantas, una escuela de etiqueta de lujo y su exasperado hermano.

Callum Laughlin es el hijo de una ama de llaves, cuyos sueños siempre han sido de grandeza: riquezas, gloria y, sobre todo, una diabla pelirroja nacida muy por encima de su posición. Haría cualquier cosa por tener a Lady Heloise a su lado y en su cama.

Mientras el sol de verano arde sobre Yorkshire, Callum y Heloise no pueden resistir el calor que los atrae, sin importar lo prohibida que sea su pasión. Encuentros secretos, tormentas rugientes y sueños de algo más se entrelazan en este dulce y ardiente prólogo de *Los Escándalos de Somerton*, desatando el romance que cambió la Casa Somers para siempre.

[¡ Haz Ckick Aquí Para Tu Copia Gratuita!](#)

(O diríget a AvaDevlin.com para reclamar tu copia exclusiva)